

Ensayo sobre la ilusión
Sealtiel Alatraste

de



Lectulandia

«Triste, melancólico y mareado, erró por varias calles como buscándose.»

Miguel Horacio Dreamfield asiste a una función privada donde se proyecta la película Casablanca, y al atestiguar el esplendor de esas vidas imaginadas pulveriza su idea del mundo, le arrebató el sentido, le roba el alma. Dreamfield, como le dicen todos, se ilusiona con una escena del filme, con una sola, y con un hambre de algo intangible y trascendente, que alcanza a columbrar en la pantalla y que quizá sea su destino, decide transformar su vida en una película y empieza a emular las hazañas de Bogart en la más famosa de sus cintas.

¿En qué radica el enigma de la vida?, ¿cómo podemos valorarlo, medirlo, pesarlo?, ¿cuándo, en qué situación, podemos decir que algo valió la pena?, ¿en qué situaciones podríamos afirmar que, aunque nuestro esfuerzo sea muy grande, en realidad no sirve para nada? Dreamfield se hace estas preguntas y sólo ve, en la persecución de sus anhelos, el modo de responderlas. Así pues, abandona su vida y se construye otra, se traslada paulatinamente a otro mundo en donde suenan desde siempre el tema musical de Casablanca y las palabras de Humphrey Bogart: I'm waiting for a lady, I know she is coming back.

En esta novela íntima como nuestros deseos, no importa cuándo llegan las ilusiones; sólo importa que, cuando llegan, hay que entregarse a ellas.

Lectulandia

Sealtiel Alatríste

Ensayo sobre la ilusión

ePub r1.0

Meddle-orhi 30.09.16

Título original: *Ensayo sobre la ilusión*

Sealtiel Alatraste, 2011

Editor digital: Meddle-orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Edna, en recuerdo de la madrugada
en Central Park*

¿Y entonces te das cuenta que lo imaginado
es siempre mejor que lo vivido?
CARLOS FUENTES, *Zona sagrada*

Prólogo

Llevamos mucho tiempo discutiendo el origen de su mal (déjenme por lo pronto llamarlo así, *mal*) y sólo estamos de acuerdo en que sus sueños —lo que yo llamo *sus delirios cinematográficos*— se convirtieron en su realidad. Supongo que después de todo lo que se ha expuesto aquí ya nadie se atreverá a negar verdad tan evidente aunque yo siga rechazando que su cambio de actitud, o mejor, que el cauce que le dio a su vida, se hubiera originado en lo que uno de sus peritos diagnosticó como narcosis^[1]. Da igual si fue un diagnóstico preciso o no, para dejar de discutir aceptemos que padecía un trastorno de conciencia, y para tipificarlo, o para saber qué tan responsable fue de lo que le ocurrió, tal vez sirva que cuente lo que estuvo detrás de mis artículos, o sea: mi versión de los hechos.

Permítanme empezar por decir que, con independencia de cuál fuera la razón de su conducta, para mí su presencia fue un asunto tan atractivo que de inmediato dio pie a las crónicas que todos los sábados publico en *El Periódico*^[2] Si durante años las he escrito tomando como pretexto diferentes efemérides de la historia, ¿por qué no lo iba a hacer partiendo de lo que conocía de —llamémosle de una vez por su nombre— Miguel Horacio Dreamfield, si todo en él parecía tan extraordinario? No soy experto en el comportamiento humano a pesar de que mis padres fueron psicoanalistas y algo conozco del asunto, pero pensé que ante los actos de aquel sujeto mi responsabilidad era simplemente literaria, y que nada tenía que ver con las variadas interpretaciones —policíacas y psicológicas— que por entonces comenzaron a surgir. Quizá tengan razón, señoras y señores, antes de publicar mis crónicas debí presentarme ante ustedes, pero está claro que no lo hice, y si durante todo este tiempo me di por satisfecho con mis textos, ahora que he vuelto a ver *Casablanca* me sentí obligado a explicar quién fue aquel hombrecito que un día llegó a vivir al Edificio Condesa a quien, sin más, juzgamos como un loco de atar.

Ustedes no ignoran que al poco de su arribo ya corría el rumor de que para mudarse a nuestro vecindario M. H. Dreamfield había abandonado su hogar, a sólo dos cuadras de donde vivíamos, tocado por un desvarío que bien pudo inspirarse en alguna escena de *Casablanca*, la famosa película de Michael Curtiz. No sé cómo, ni quién empezó a correr el chisme, pero al cabo de ese breve lapso todos nos referíamos a nuestro nuevo vecino como un tipo obsesionado por Humphrey Bogart, que mataba el tiempo pensando en Ingrid Bergman, o suspiraba por la hoy casi inencontrable versión que hace Dooley Wilson de *As time goes by* en el filme. Imaginar su historia a partir de estos cotilleos se convirtió en un juego, un pasatiempo como cualquier otro, al que dedicábamos las últimas horas del día sin tomarnos el trastorno de Dreamfield con la seriedad que implicaba. Ni modo, para cada uno de nosotros aquel hombrecito era un magistral prófugo de la vida conyugal, que había tomado de pretexto una cinta memorable para huir del agobio en que vivía.

¿Aceptan que presentada de esta manera —de modo tan rápido y un tanto abstracto— la aventura de Dreamfield sólo era relativamente extraordinaria, y a menos de que hubiéramos hecho un pormenorizado análisis de la misma no valía la

pena que la calificáramos de perversa o insensata? Después de todo, si cualquiera abandona casa y familia con pretextos más fútiles, ¿por qué no iba a hacerlo Dreamfield para, digámoslo así, vivir las fantasías que el filme de Curtiz había inoculado en su alma soñadora? Tengo que reconocer, sin embargo, que nunca me sentí satisfecho con nuestros insulsos comentarios, y durante un tiempo contuve el impulso de averiguar si había alguna otra motivación para su deschavetada conducta. No lo sé de cierto, pero quizás esa sea la causa de que al evocarle, su recuerdo me perturbe más de lo que estoy dispuesto a aceptar, y me haga bolas tratando de explicar lo que finalmente hizo. Créanme: cada vez que pensaba en él me preguntaba qué pudo haber visto este excéntrico personaje en *Casablanca* que lo condujo a la construcción de una utopía —si se puede llamar utopía a su acometimiento— que a todas luces fue incomprensible. Ustedes dirán que por entonces la cinta se había convertido en un filme tan de culto que incluso Cabrera Infante llegó a decir que “No hay más que dos películas en toda la historia de Hollywood de las que se sepa todo... una es *Lo que el viento se llevó*, la otra es *Casablanca* que Woody Allen y otros muchos cineastas habían pergeñado incontables sátiras y homenajes inspirados por su trama; y que aún ahora, de su decorado, diálogos y personajes, se siguen haciendo *souvenirs* de todo tipo, pero para los habitantes del Condesa de la última década del siglo pasado era solamente un buen melodrama de la Segunda Guerra Mundial, y su fama se debía a que hizo las delicias de los cinéfilos de los primeros años cuarenta. Ninguno de nosotros podría aceptar que produjera tal trastorno en un hombre, aún tratándose de alguien como M. H. Dreamfield, quien (según pudimos averiguar) fue un maniático del cine que podía comentar hasta el hastío los *gags* de Jerry Lewis, narrar al detalle las escenas casi de ballet de las primeras películas de Chaplin, describir el rostro melancólico que muestra Greta Garbo en muchas de sus películas, o volver y volver (como si su memoria fuera una cámara oculta capaz de enfocar nuevos ángulos) sobre la secuencia de *El hombre del brazo de oro*, donde Frank Sinatra se revuelca en una cama suplicando por una dosis de heroína.

Como mis supuestos son diferentes a los suyos, debería empezar por confirmar que el mayor placer de Dreamfield (tengo testimonios de ello) consistía en encontrarse en un cine o permanecer horas frente a un televisor viendo películas. Podría estar solo o acompañado, no importaba, cuando en el curso de un momento ocurría algo que lo transformaba, una de esas sensaciones (que la gente sólo experimenta cuando está expuesta a emanaciones perniciosas) que lo lanzaba a hacer comentarios asaz excéntricos. “María Cansino, conocida como Rita Hayworth, hizo de su actuación en *Gilda* una venganza contra sí misma. Canta su pasado, pero confirma, sacándose los mitones, su destino de mujer solitaria. La sensualidad que derrocha a raudales anuncia que se casará con Orson Welles y el príncipe Alí Khan, pero que estará sola, como Gilda, queriendo dominar un mundo que en la intimidad nunca se rendirá. Qué importa el amor, qué la seducción: la Hayworth baila el sortilegio de su desgracia”. Nadie me ha podido confirmar a qué se podría atribuir

que Dreamfield mezclara cine y realidad con tal facilidad (aunque hay que reconocer, también, que con tal certeza), y la raíz de este comportamiento sigue siendo un misterio. No descarto que al actuar así hubiera querido romper la secuencia del tiempo de su vida con el espacio donde vivía, pero no conseguía otro resultado que convencerse de la imposibilidad de ocupar un lugar en la estela cinematográfica que convocaba.

Convengamos (para dar una vuelta de tuerca a la explicación de su perito) que el cuerpo humano es una máquina formada por varios nódulos: uno sentimental, otro racional, uno más sexual; finalmente, aunque no en todos los casos, hay un nódulo ilusorio, un reservorio de anhelos que desde dentro de esa compleja máquina orgánica se abre paso a codazos, toca teclas y ocasiona percepciones extraordinarias, dando órdenes que el cuerpo acaba por obedecer pero que no conducen a la trascendencia que nuestras ilusiones persiguen. Aún así, hay quien nunca se siente derrotado, y como en el caso de Dreamfield, insiste en buscar un hueco por el cual romper la realidad y filtrarse en sus sueños. Hoy sabemos, por ejemplo, que a pesar de que frases como la usada para describir a la Hayworth eran corrientes en su vida, él continuó expresándolas a propósito de cualquier cosa aunque nunca llegaran al extremo de inspirarle la pasión que le provocó haber visto *Casablanca*. ¿Qué sucedió entonces cuando vio el filme de Curtiz? Digamos que si en esos *delirios cinematográficos* él filtraba la vida de los actores dentro de las películas que habían filmado, podemos suponer que en algún momento él mismo provocaría que se invirtiera el proceso para que fuera el cine quien se metiera en su vida para darle el vuelco a la realidad que su nódulo ilusorio quería romper.

Si esta interpretación es cierta, deben aceptar que para Dreamfield *Casablanca* debió significar mucho más que todo lo que el filme ha llegado a simbolizar, al punto de que pudo originar la experiencia central de su vida, y de paso trastornar la mía para siempre, ocasionando que cada vez que vuelvo a ver el filme regrese a mi mente su figura enjuta caminando por el patio central del Edificio Condesa. Evoco entonces su mirada ausente, el smoking blanco que siempre vestía, el frío de huesos que parecía consumirlo, y me digo que sí, su locura se inició cuando vio la película de Michael Curtiz. No puedo negar la posibilidad de que, como decíamos en el Condesa, Miguel Horacio fuera un tipo chalado, o que como ustedes han querido probar, su conducta obedeciera a un trastorno endocrinológico, y que por tanto, lo que he imaginado acerca de él se deba a mis propios desvaríos. Acepto esa posibilidad, y sin embargo puedo decirles que ha pasado el suficiente tiempo para que acepte que una tarde memorable el viejo entró a mi vida, se adueñó de mi mitología, y me ha obligado a darle incontables vueltas a su biografía tratando de explicar qué ocasionó que su existencia girara obsesivamente en torno a los diálogos de *Casablanca* y los anhelos portentosos de sus protagonistas.

Ninguno de ustedes desconoce el evangelio que dictó el Obispo de Santa María^[3] en que describió la tipología de los desesperados. Quisiera servirme de sus ideas para

trazar la geografía del polo opuesto a la caracterología que el prelado se propuso describir: la de los ilusos. Igual que los desesperados, hay dos tipos en los que podemos clasificar a quienes viven cautivos en sus anhelos: el iluso puro, y el iluso débil. Para cualquier investigador de la conducta humana es difícil encontrar un espécimen de la primera clasificación, pues el iluso puro está exento de vanidad al creerse colmado de dones verdaderos, por lo que mantiene sus ilusiones resguardadas en un capelo, y sólo las saca a relucir en soledad sin atreverse a llevarlas a cabo. Por ello, los expertos tienden a pensar que no existe más que el iluso débil, aquel que flaquea de tal manera frente a sus esperanzas que tiene la tendencia a atrincherarse en ellas. El iluso débil es un ser contradictorio que muestra su falta de esperanza en cada acto, en cada palabra, pero que tiene que recurrir a esas mismas esperanzas para fortalecerse. El iluso puro, aunque sufra infinitamente, no exhibirá nunca sus anhelos y terminará por crear el pequeño mundo donde podrá vivir plegado a la contemplación de sus ilusiones. El iluso débil, por el contrario, no cree que pueda realizar sus anhelos, y aunque esto le permite enfrentar su desesperación, en lo íntimo se atiene a la *posible* realización de sus ilusiones. ¿Cuál de los dos está más dotado para enfrentar la realidad? Ninguno, esa es la verdad, ninguno, pues para ambos la palabra *realidad* carece de sentido, o mejor, sólo tiene sentido en relación a sus ilusiones: mientras uno encuentra la fortaleza en la contemplación, el otro se regodea en su potencial realización.

Quizá M. H. Dreamfield no se ajuste a estas clasificaciones, quizá ambas resulten demasiado estrechas para cualquier ser humano, tal vez, incluso, cualquiera sea al mismo tiempo iluso débil y puro sin entrar en contradicción. El caso de nuestro héroe, empero, resulta extremo, pues sacó a la luz sus ilusiones para al mismo tiempo que las contemplaba buscar que se realizaran. Fue una mezcla insólita de puro y débil, original en un sentido, valiente o cobarde en otro. Sea como sea, no hay duda de que su historia resulta muy seductora. Me atrevería a afirmar que si cada uno de nosotros sabe que no sería capaz de llevar a un punto inconcebible sus ilusiones — digamos, por ejemplo, su entusiasmo por su película favorita—, cree posible que otro, Dreamfield en este caso, pudiera hacerlo. ¿O es que alguien no ha sentido, aunque sea fugazmente, el deseo de que su vida fuera una película?

Yo les pregunto, señoras y señores, ¿aceptan que la ilusión provocada por el celuloide es tan elocuente que podríamos embargarle nuestro destino? Aunque muy pronto emitirán su veredicto, antes de que eso suceda permítanme que dé un punto de vista que alumbre posibles objeciones a todo lo que se ha dicho acerca de Miguel Horacio Dreamfield. No pierden nada con escucharme. Tengo la impresión de que aun la fantasía más profunda esconde un punto de realidad, una hebra por la que podemos remontar el río y descubrir la fuente de la verdad. No se alarmen, dar respuesta a las preguntas que me han hecho es el único propósito de este relato, más que cómico, revelador; más que instructivo, falaz.

Un beso es, todavía, un beso

Tal como puedo recordarlo, cuando Miguel Horacio Dreamfield se mudó al Edificio Condesa debía tener alrededor de sesenta años. Era pequeño, magro, medio calvo, de grandes ojos negros que enmarcaba con los lentes de carey que tenía montados a la mitad de la nariz ganchuda, único rasgo que hacía pensar en una personalidad penetrante, pues por lo demás (las orejas de papalote o la frente cruzada de arrugas) su apariencia sólo suscitaba risa.

Quizá resulte extraño, pero era una de esas personas de quienes olvidamos la originalidad de su nombre porque su cara, su figura, su mismo carácter, estaban asociados a lo que más que apellido considerábamos un mote: Dreamfield, el hombre a quien apenas vimos por primera vez nos hizo pensar en un cómico de cine mudo. No era de modo alguno la única ocasión que le había sucedido esto: el pobre sufrió desde pequeño las burlas que provocaban tanto su nombre como su dolorosa figura, y sentía que el mundo había necesitado mucha caridad para perdonar su imagen enjuta y desgarrada. Consciente de este *handicap*, él se esforzaba por ocultar su innegable parecido, dijéramos que con Harold Lloyd o el joven Buster Keaton, acentuando el ritmo de su voz, mirando a su interlocutor con ojos torvos al estilo Gary Cooper, o dando muestras de su talento para los números repitiendo el gesto (aprendido en las tiras dominicales de Rib Kirby) de llevar la patita de sus gafas a la boca para que todo el mundo se percatara que estaba evaluando las cifras que tenía ante sí.

Podríamos dedicar varias páginas a explicar la serie de manías que caracterizaban a Dreamfield, pero irremediablemente acabaríamos hablando del drama de un hombre que fue por el mundo acumulando visajes vistos por acá, sonrisas imitadas de no sé quién, miradas al estilo de fulano o zutano, con el único propósito de inventarse una personalidad a partir de eso precisamente, de un robo. Pasión, ira, templanza, nuestro héroe tenía ensayado para cada emoción un ademán que cifraba la esperanza de ahuyentar al fastidioso cómico que se le escapaba por cada poro del cuerpo. ¿Quién hubiera supuesto que detrás de sus visajes de payaso se escondía un fanático de la ilusión? Nadie, ni siquiera él mismo, que a veces se preguntaba si no pertenecería al tipo de gente que había llevado a cabo un pacto con el Diablo, y a cambio de su sumisión al Maligno se le había capacitado para resistir la brutalidad de la vida a través de las ilusiones que se escondían en esos ademanes robados. Hacia el final de la década de los cincuenta, Dreamfield había escuchado un disco de un cantante que se convertiría en referencia vital para su generación, Frank Sinatra. En particular, una de sus melodías lo cautivó para siempre: *Wrap your troubles in dreams*, que no le costó trabajo traducir para hacer de la frase un epígrafe de su vida sentimental: *Envuelve tus problemas en sueños*.

No estoy seguro del provecho que obtendremos, pero quizá sea el momento de adelantar la siguiente consideración: si como propongo Dreamfield estaba dominado por sus ilusiones, deberíamos analizar aunque sea someramente las diversas acepciones de esta palabra. Según el diccionario, *ilusión* es una percepción errónea de la realidad, cuya raíz viene del latín tardío, *ilusionem*, acusativo de *illusio*. Resulta

curioso que en su forma primaria signifique “acción de burlar o engañarse”, y que su última etimología nos refiera a *ludere*, o sea, al acto de jugar. *Ilusionarse*, por tanto, podría ser el juego de suplantar una realidad dolorosa mediante la visión, tan engañosa y juguetona como consciente, que nace de la imaginación o la fantasía. Esta actitud *lúdica* es la que nos conduce a la última acepción de esta palabra: *ilusión* puede ser, también, el efecto que se produce en el espectador mediante un acto de prestidigitación. Ojo: la magia no es la ilusión, es su imagen, su símbolo.

Me doy cuenta de que he llevado al extremo los supuestos significados de esta seductora palabra, y por ello les pregunto: ¿aceptarían que con su actitud Dreamfield jugó a burlarse tanto de sí mismo como de todos nosotros?, ¿qué lo que calificamos de desvarío fue para él una acción *juguetona*?, ¿o que si sus ilusiones tuvieron su origen en un acto de magia, fue porque él pretendía embaucar la realidad? Y si aceptamos esta consideración: ¿qué fuerzas mágico-demoníacas actuaron sobre él para que, al parecer, enloqueciera?

Tendremos muchas ocasiones para examinar con lupa la conducta de Dreamfield a lo largo de este relato, pero para sustentar las preguntas que les he formulado vale la pena que imaginemos un hecho fortuito, un ejemplo de esos instantes que he atribuido a los *delirios cinematográficos* de Dreamfield. Trasladémonos *in mente* veintitantos años atrás, digamos que estamos en 1972: se acaba de celebrar el décimo aniversario de la muerte de Marilyn Monroe, el presidente Nixon está atrapado en los vericuetos de la guerra de Vietnam, en Santomás creemos que se consolida el milagro económico que nos sacará del subdesarrollo, y el gobierno israelí (que continúa de luto por la matanza de un grupo de atletas en la Olimpiada de Munich) ha pedido a su pueblo que guarde siete semanas de recogimiento. Nuestro hombre (miembro selecto de la comunidad sefardí, a quien ese día le habían concedido un nuevo ascenso en el banco donde, como él dice, se quema las pestañas) pasa por uno de esos días en que cualquier cosa parece digna de festejo, y decide hacer caso omiso del duelo impuesto desde la lejana Galilea. Claro que respeta las tradiciones de su pueblo, claro que está dispuesto a obedecer al rabino de la Sinagoga, ¿pero qué mal puede hacerle a nadie que festeje a escondidas su ascenso? Saúl Bellow, uno de sus autores preferidos, había esbozado una teoría que en ese momento recuerda pues se aviene de maravilla a sus justificaciones: “Supongamos”, escribió Bellow, “que el aburrimiento es una especie de dolor causado por fuerzas que no se usan, aburrirse sería entonces el dolor de los talentos desperdiciados”. Eso le va a pasar a él si se resigna a ir a su casa y se doblega al duelo: pagará con el dolor del hastío. “Nada de lo que existe satisface las expectativas en estado puro”, se dice a sí mismo remedando a Bellow, “porque esta supuesta pureza de espíritu, propagada por los Rabinos, es la gran fuente del tedio, la asesina de la imaginación”.

Ha dudado una media hora sobre lo que puede hacer, sabe que es un tipo que se regocija con sus culpas (o que se culpa con regocijo, nadie sabe cuál es el orden de sus sentimientos), pero finalmente decide mandar al diablo sus perjuicios aunque no

sepa todavía en qué consistirá su solitaria celebración. Lo encontramos, así, a la hora del crepúsculo, cuando sus empleados lo han dejado en su despachito leyendo el único periódico en yiddish que se distribuye en la ciudad, y una noticia —Elizabeth Taylor y Michael Caine vendrán al estreno de su última película: *Zee & Co*— hace estallar en su mente la idea de beberse unas cuantas copas. Observa por la ventana la penumbra de la tarde otoñal y se acuerda que su esposa estará fuera de casa parte de la noche, y que sus hijas cenarán con unas compañeras del colegio. Hace sonar los dientes como si mascara su sed, una vaga ansiedad (que sería incertidumbre si supiera cómo serlo) lo atrapa, pero igual, sale caminando de medio lado, con la barbilla apuntando a las nubes, y un cosquilleo en el paladar, específicamente en la zona de la campanilla, para poner rumbo al Café Tortoni, donde se reúnen los banqueros de la zona financiera.

Empezaba a oscurecer y la esquina ochavada de la calle se había llenado con un corrillo que celebraba que San Lorenzo de Almagro hubiera derrotado por goleada a los Potros de Hierro del Atlante. En alguna época, Dreamfield solía ir al Tortoni para corear la quiniela del fútbol, platicaba con el cantinero y los compañeros de la barra mientras un merolico cantaba los resultados de la jornada, pero después iba a almorzar a otro lado porque aquel rito había acabado por cansarle. No era muy sociable que digamos, y esta noche que ha venido al Tortoni para festejar su ascenso, saluda de lejos al grupo reunido en la entrada y va a sentarse en solitario a una mesa que se encuentra medio escondida tras de una de las seis columnas, estilo *Belle Epòque*, que habían dado fama al establecimiento desde principios de siglo. Dreamfield se encontraba bien pero sabía que no las tenía todas consigo (la culpa, aunque mínima, no lo dejaba en paz) y para mitigarla observaba el curioso decorado, las pinturas colgadas en las paredes, y las famosas mesas de mármol que eran tan alabadas por los *fans* del Tortoni. “Santomás es una ciudad extraña”, piensa, “sólo a alguien que vive aquí se le pudo ocurrir decorar un café de la zona ribereña como los que hay en Viena. Si fuera por nosotros la ciudad sería una mezcla de cuantas se nos vienen a la cabeza”.

Siguiendo la secuencia atrabiliaria de los argumentos que su mente le presentaba, se bebió los dos primeros güisquis. Él, como Santomás —se decía degustando el licor en los labios— era una mezcla de actitudes que lo habían marcado desde pequeño: por su cara daba la impresión de ser un loco suelto de la guerra, pero vestía como un catrín de lotería; era banquero a pesar de que, más que de finanzas, prefería saber de cine; y hablaba con tal cantidad de metáforas que en vez de dar a conocer lo que pensaba parecía redactar un crucigrama. Si el Tortoni daba la impresión de ser una paráfrasis (una sustituto de algo ausente), ¿era posible que él diera el gatazo de galán de cine aunque tuviera esa pinta de fante? Como por arte de magia, este pensamiento diluyó sus pesares y sintió unas ganas irreprimibles de adentrarse en los meandros de su festejo. No le costaba trabajo comprender que estaba demasiado entusiasmado, y quizá esa *demasia* lo hizo desear que, aunque el güisqui que bebía no

estaba mal, sería mucho mejor si fuera al Bameret (el bar del Hotel Bamer) para matar el resto de la noche bebiendo Balvenie, el mejor de todos los güisquis del mundo, que a pesar de la espléndida carta de licores del Tortoní sólo se conseguía en el Bameret.

Durante un largo periodo aquel bar fue el favorito de Dreamfield, y aunque se había prometido no visitarlo nunca más, todavía puede recordar sus detalles más significativos: el gesto severo de los meseros planteando el eterno dilema a los que beben güisqui: ¿solo, en las rocas, con soda, puesto, o divorciado^[4]?; la luz crepuscular de las lámparas escondidas en los rincones; la perturbadora belleza que adquirirían las mujeres (aun la chica que vendía cigarrillos) después de que había bebido cinco copas; todo, como si estuviera grabado en su cabeza. A pesar de que el Bameret era terreno vedado debido al anclaje que mantenía con épocas oscuras de su pasado, para Dreamfield llegó a ser no sólo un bar cálido y alegre, sino hasta un fragante refugio para las depresiones a lo Clark Gable con que transcurrió su juventud. ¿No era, por tanto, el sitio ideal para terminar de festejar su ascenso?

Deja dos billetes sobre la mesa, sale del Tortoní sin hacer caso a un tipo que lo llama por la espalda. Atraviesa varias calles protegiéndose del viento fresco que viene de la embocadura del río. Sospecha que se acerca una borrasca aunque la temporada de huracanes haya terminado. Sube el cuello de la gabardina, se acomoda los lentes, corre hasta alcanzar la entrada del Hotel Bamer, y como si estuviera huyendo, toma a toda velocidad el ascensor hasta el piso dieciocho. Apenas cruza el umbral, el barman lo reconoce y lo invita a sentarse en la barra. No necesitaba indicación alguna para saber lo que buscaba: pone frente a él un vaso *old fashion*, tres hielos, y vacía una ración doble de güisqui Balvenie mientras le pregunta cómo va el trabajo, hace tiempo que no lo ve y pensaba que se había ido a vivir a otra ciudad. Que el barman lo haya reconocido a primera vista halaga la vanidad de Dreamfield. Le contesta que ha estado muy ocupado pero que todo va bien, muy bien, que incluso lo han ascendido y ya es jefe de sección, de una sección chiquita pero sección al fin y al cabo, y ha venido a celebrar que tendrá una carrera fulgurante en su banco.

Ha hecho bien, piensa Dreamfield mientras brinda con el barman, festejar allí su ascenso era lo mejor que podía hacer y no tiene por qué sentirse culpable, después de todo, tres o cuatro güisquis más no pueden dañarlo si hace tanto tiempo que no toma.

No ha requerido más de un minuto para poner su humor a la altura del sitio. La lógica y la acción funcionan de un modo sincrónico, al menos por ahora, y deja vagar la mirada a su alrededor. Sentado a dos asientos de él se encuentra un hombre que no frecuentaba el bar en lo que él llama *sus tiempos*, que de golpe le parece el clásico bebedor de tarde noche: cuarentón como él^[5], solitario como él, con el cigarro acurrucado en la orilla de los labios y la mirada cargada de alcohol abandonada sobre una bebida de color pardo. Busca con la mirada pero no hay nadie más a tiro de plástica, y solamente distingue a una mujer sentada en una mesa del fondo, encorvada sobre su copa como si no tuviera ninguna gana de que alguien la acompañara. Las

viejas lámparas de los años cincuenta, de latón y cristal biselado, parecían contener todo el polvo de una década en la luz ocre con que alumbraban el exilio de cada mesa. Tal vez por el murmullo soso que se ha creado a su alrededor, el desconocido levanta su copa para brindar con Dreamfield; éste le lanza una mirada seca y apura el güisqui de un solo trago para que le sirvan otro. Algo en el gesto de aquel hombre le ha inspirado un recelo innato. El barman le llena el vaso y le cuenta quién sabe qué tantas cosas de la Serie Mundial que van ganando los Atléticos de Oakland. Dreamfield vuelve a mirar a su vecino, y al encontrarse con sus ojos escondidos en la sombra de su frente, suspende el trabajo intelectual al que lo somete el sesudo relato deportivo del cantinero. Su vecino no es muy alto pero sí de complexión robusta, de poco pelo y con una gran nariz roja en medio de la cara. Se parece a Karl Malden: la cara le brilla como si por las venas le corriera barniz de muebles en vez de sangre. Viste camisa roja a cuadros, chamarra de gabardina caqui, y pantalón de dril. Sin ninguna razón, por la mente de Dreamfield pasa la imagen de James Cagney saliendo de la cárcel (en *The roaring twenties*) para dirigirse al barrio donde vivía antes de que lo apresarán. El mundo entero, la tenue luz de neón que cae sobre el espejo de la barra, le hacen sentir que él está ahí para compartir la vida con tipos como Cagney. ¿Qué tenía que hacer Malden en ese sitio, a esas horas melancólicas, si no pertenecía a la especie de los actores *duros*, los actores que, como él, se emborrachan a solas en la barra de un bar de medio pelo? En su rostro se inicia una operación curiosa (como si sus gestos hubieran madurado en un santiamén o estuviera conteniendo un bostezo), siente una opresión rasposa en el pecho y un pálpito en las sienas. Se podría decir que tiene ganas de seguir bebiendo, pero él sabe que le sucede algo más, y que una combinación febril de diversas emociones lo obligará a dirigirse al fingido Malden en un tono a medio camino entre la displicencia y las ganas de golpearlo. “En realidad no tengo por qué realizar una deducción compleja, para la que de cualquier manera no estoy dotado”, se dijo o creyó decirse luciendo una sonrisa. “A fin de cuentas el no pensar no es letal”. Frunció los labios y se sumió en el silencio insomne que le permitirá pasar a la acción.

“Pues bien mi estimado”, dice casi cariñosamente, “para empezar, le aseguro que aunque quiera ocultarlo usted es un tipo solapado... Tómese otra copa, yo pago, pero no por ello me voy a dejar engañar... Ya sé que me va a decir que es un hombre decente, que fingirá ser un caballero, pero usted sabe para sus adentros que es un tipo ladino y escurridizo. Quisiera ser matemáticamente preciso: usted parece lo que yo llamo un ser pusilánime”.

En un tiempo récord, el aludido compañero de barra abandona su pose de funcionario con licencia y ofrece su gesto más enérgico: una ceja arriba y otra abajo, la manzana de Adán girando en sentido inverso a las manecillas del reloj, una mirada endurecida, y los puños cerrados a la altura de los pectorales. Se vuelve hacia el cantinero y algo (un ademán que Dreamfield no vio) lo detiene de tomar una actitud violenta. Haciendo un silencio de ridículo suspenso, Miguel Horacio disimula su

nerviosismo mirando en el espejo a la mujer que, envuelta en el relente sensual del humo de su cigarrillo, sigue bebiendo en la mesa del último rincón.

“Ya lo veo diciéndole a aquella chica que puede fiarse de usted, que siempre le dirá lo que piensa, que no es de los que engaña sino que dice las cosas de frente y a la cara, cuando, en verdad, lo que piensa es lo que oculta”.

Se detiene sin aliento y da un trago al nuevo güisqui que le acaban de servir, se acaricia la mejilla sorprendido de encontrarla todavía intacta, y carraspea para guardar la compostura. Se vuelve hacia su interlocutor pero no halla más que la estela del desodorante que ha dejado flotando en el ambiente (y que seguramente dejará tras de sí por tres días enteros). Sonríe satisfecho, enfoca la mirada, y se vuelve para apreciar mejor a la muchacha del fondo, y aunque se percata de que va vestida a matar, le parece más guapa que cuando la miraba en el espejo. Podría ser una atractiva señora (camuflada de vendedora) que tiene una cita con su amante y ha llegado con antelación; también podría ser una chica que necesita un ligue; o una prostituta nueva, no muy cara. Lleva puesto un vestido de muselina marrón que hace ondas sobre los senos. Tiene el rostro descubierto, el cabello restirado tras una balerina roja, y observa obstinadamente la copa que tiene frente a sí. Dreamfield la valora desde la barra y le da la impresión de que es una de esas mujeres sexualmente sobredotadas que, al tiempo que se hacen las mártires, consiguen de un modo u otro que los hombres se les acerquen. Esta imagen lo sobrecoge con un estremecimiento que le atraviesa la región de los genitales, y descubre que la joven lleva los labios pintados en forma de corazón: tiene un cierto aire de actriz de los últimos años del cine mudo, la Paulette Goddard del rumbo poniendo al tanto a los chicos de sus *Tiempos modernos*. Esas mujeres que pululan por los bares producen en él una sensación extraña, parece que le recuerdan a alguien que no acaba de identificar pero que lo hechizan con un magnetismo alquilado en su pasado. “Yo conocí a alguien así pero ya se me olvidó quien es”, comenta mientras regresa la mirada al barman y le alarga su vaso. Ve su rostro reflejado en el espejo, se cierra un ojo, y hace muecas para reafirmar que se siente radiante, con humor para dejarse llevar por sus emociones. Lo han ascendido, ha hecho caso omiso de un luto que se la tiene floja, ha repelido con éxito a Karl Malden, bebe güisqui Balvenie, fuma un *Gauloise* (que quién sabe quién le dio), y cuando uno fuma un *Gauloise*, levanta una ceja y entrecierra un ojo por el humo, los demás sienten que están frente a un tipo desalmado.

¿Era su naturaleza la que engendraba sus ilusiones?, ¿existía en su biología el famoso nódulo ilusorio?, ¿o acaso sus anhelos se originaban en esa sustancia que inexplicablemente producían sus glándulas de secreción interna, tal vez en la mucosa que acumulaba en el intestino, o aun en el estruendo de los gases gástricos que dejaba escapar sin intención? Fíjense bien en él: mientras espera que le sirvan un nuevo güisqui, hace una zambullida en el espejo y vuelve a pensar en Cagney presumiendo sus baladronadas a los niños del barrio, y confirma que él, como cualquiera, tiene un

destino ineludible. ¿No da entonces lo mismo el sitio donde nacen sus ilusiones?, ¿no es del todo irrelevante que los ilusos como Dreamfield sean o no responsables —o culpables si el calificativo les hace sentir mejor— de los motivos de su conducta? Es una ley de vida: cada quien convoca a su propio Mefistófeles. La mayoría es capaz de identificarlo cuando hace su aparición y lo aleja de inmediato, pero hay quienes se deslumbran con su presencia y se entregan a la idea —licor, fantasía, droga o ilusión— que ha de conducirlos a las tinieblas creyendo que van en pos de la salvación. No nos extraña por tanto que nuestro hombre vuelva a brindar con el barman creyendo que no le falta nada, pues debido a sus mucosas o al pacto que ha hecho con el Diablo, le bastará dejarse guiar por sus fantasías para terminar la noche abrigado de esplendores.

Se contempla en el espejo y como descubre una figura borrosa a sus espaldas, se imagina que es él quien está plantado al centro del bar admirando su espalda delgada y sus nalgas postradas sobre el banquillo de la barra. La emoción de encontrarse en dos sitios a la vez se funde con la alegría de beber su Balvenie, hace un cambalache con su conciencia —un traslado, un gambito con aquella figura borrosa que siente como *su otro yo*— y desde ese mágico punto de vista donde supuestamente se encuentra, mira cómo se levanta de su banco —cómo es él mismo quien se levanta— y camina tambaleándose guiado por el brillo madreperla de las mejillas de la chica que sigue encorvada sobre su copa en la última mesa de aquel océano bar. Es un momento, un instante que a él le encanta, el instante anterior a cualquier instante, el instante que tarda la inhalación en convertirse en exhalación, cuando todo es posible, antes de que el deseo tome el derrotero del pesar o la dicha, un segundo seductor, fantástico, donde todo puede suceder, que vale la pena preservar porque la vida vuelve a empezar. Mira que eres audaz, dice el otro yo sacándolo de su encantamiento; Bueno, no tanto, sólo lo necesario; Claro, lo que necesitas después de haber agredido a ese hombre es una conquista; No lo agredí, sólo le dije lo que pensaba; Da igual, lo que importa ahora es ella. Mientras habla, mientras *hablan*, no ha dejado de verse actuar, ni tampoco ha perdido detalle de la actitud de la chica. Su facha entera es para dar risa (pero nadie se ríe), y con una confianza invisible en que su actitud tendrá un sentido más vasto, Dreamfield descubre que el futuro está en ella —en el reflejo dorado del cabello ondulante que cae sobre su espalda, en la forma en que levanta la vista, en su respiración ligeramente agitada— aunque nada haya ocurrido aún, aunque se miren sin intercambiar palabra. Te está esperando; Sí, eso parece, eso creo. Lo ve en sus ojos. Todo está en esos ojos como si fuera un delito.

Han pasado desde esa ocasión muchos años —quince, veinte, quizá veintidós, los que ustedes quieran—, en este lapso han sucedido multitud de cosas en la vida de Dreamfield, unas tristes, otras cómicas, algunas seguramente fueron crueles, y muchas otras intrascendentes. Nos encontramos en la última década del siglo XX y

nuestro muchacho, quien ha continuado su carrera meteórica en el banco, ya es Director General de Análisis Financiero y sus escapadas a beber son cada vez más esporádicas; sus hijas (unas señoras de bien, casadas con varones destacados de la comunidad sefardí) lo miman para hacerle sentir que no ha perdido su protección; su esposa es tolerante, amorosa, protectora, y está dispuesta a disculparle todas sus extravagancias; para muchos es un filántropo, quizá el único de Santomás que pidió a su banco que colaborara con *Save Venice*, aportando fondos para la reconstrucción de La Fenice, el teatro de ópera veneciano que el 29 de enero de 1996 sucumbió al incendio provocado por la negligencia (o colaboración con La Mafia) de dos contratistas; la ópera no estaba entre las aficiones de Dreamfield, pero logró el donativo enterneciendo a los altos funcionarios del banco con una frase magistral: “La Fenice, para no destruir a Venecia, se había suicidado. Ayudemos para regresarla a la vida”, frase que le logró el respeto de la intelectualidad santomeña y le dio un insignificante prestigio internacional; por si todo esto fuera poco, en la Sinagoga lo respetan no sólo por su posición en el mundo financiero, sino porque se había convertido en un conocedor de las viejas leyendas del mundo judío, y era capaz de establecer conexiones de carácter filosófico (y a veces mágico) entre esas leyendas y la sabiduría derivada del Talmud. Se podría decir que de sus cuarenta a los sesenta años actuales, Dreamfield ha logrado todo lo que se había propuesto, a pesar de que en ciertas ocasiones perciba que algunos niños se ríen a sus espaldas. Es un hombre sensato y maduro que hace caso omiso de esta, digamos percepción, que algunos todavía tienen de él. No hay duda de que se siente un hombre afortunado, un genio de las finanzas a quien no le falta *casi* nada.

Es ese *casi*, tan imperceptible como doloroso, el que se ha convertido en una piedra en el zapato: su pasión por el cine está fuera de su vida y sabe que esté donde esté deberá dejarla en la puerta de la entrada. No es que en las reuniones a las que asiste no hable de las películas que le entusiasman, que no vea todo el cine que puede, o que la gente no se percate de sus vastos conocimientos cinematográficos, sino que hay algo imperceptible en su conciencia —en sus indescifrables deseos, en las ilusiones que lo embargan— que no acaba de manifestarse, una suerte de mal congénito que parece enquistado en su alma. ¿Cómo domesticar esa pasión si no la entiende?, ¿cómo satisfacerla si no sabe lo que le falta?, ¿qué o quién podría ayudarlo a saldar cuentas con sus esperanzas? Dreamfield ha ido acostumbrándose a caminar con su piedra en el zapato y supone que nunca cambiará, que cuando por ejemplo se vea en el espejo, intuirá que en el fondo de sus ojos hay una imagen perdida, un recuerdo olvidado, una promesa que agoniza, y vive como si estuviera esperando un salvoconducto que lo ayude a rescatar ese algo extraviado en su mirada. “No hay nada que hacer”, se dice con frecuencia antes de sumirse en el pesado sueño que le produce haber visto la función de madrugada del Canal 4 de la Ciudad.

En una ocasión sin embargo —el día preciso en que se inicia nuestra historia— recibió una invitación para asistir a una función privada de cine que hizo respingar

sus ilusiones. Para nadie era un secreto que Dreamfield había pasado semanas, tal vez varios meses, esperando que lo convocaran a las famosas sesiones cinematográficas que la esposa de don Gabriel Alarcón Zarasúa organizaba en su casa, y que por más que había hecho —hablar con amigos del medio, con conocidos de los Alarcón en el banco, con el distribuidor que les facilitaba las cintas— no había logrado nada fuera de una vaga promesa para que alguna vez lo convidaran. Podría decirse que había perdido toda esperanza cuando aquel día, al llegar a su oficina, descubrió un sobre que sobresalía en la correspondencia que su secretaria le había entregado. Al distinguir su nombre y la letra garigoleada que indicaba quién era el remitente, sintió que el estómago le daba un vuelco.

Quizá cause cierto asombro que algo tan insignificante como una función privada provocara a nuestro muchacho tal desmesura emocional, pero no era un asunto menor. Todos los jueves de aquel año memorable, en casa del matrimonio Alarcón se habían llevado a cabo unas sofisticadas reuniones cuyo momento culminante era la proyección de una película de culto. Don Gabriel era un nuevo rico que había comprado un caserón en Palermo Viejo, y tirando paredes, poniendo viguetas, ensanchando muros, había construido una sala de proyección, casi íntima, en la que se llevaba a cabo lo más parecido a lo que en un tiempo se llamó cine club, y que dio origen a lo que hoy conocemos como cines de arte. Sin que nadie se diera cuenta, Alarcón Zarasúa se había convertido en el zar de la industria cinematográfica santomeña, un ciudadano Kane de a mentiritas (como alguna vez lo definió Dreamfield) que tenía embobado al mundo entero con las trápalas con que se había hecho de una enorme cadena de cines de barriada a lo largo y ancho del país. Su mujer, doña Paulina Paniagua, era una gordinflona que tenía un fino olfato para el arribismo social, y en un raptó de inspiración había tenido la idea de convocar a esa tertulia de cinéfilos. Quién sabe cómo se le había ocurrido que sería muy original tener su propio cine y soliviantar el gusto de una punta de gorriones —tal vez quería modernizar las reuniones literarias que convocaban las familias de postín en tiempos de la Primera Dictadura; quizá le pareció muy *chic* eso de tener cine en su casa; o no quiso ser menos cuando la enteraron de que en la llamada Zona Rosa se había abierto la primera sala *V.I.P.* de la ciudad, donde la *high* podía ver lo ultimísimo de la producción mundial—, el caso es que, gracias a que doña Paulina había convocado aquella tertulia, su marido le construyó una salita para que sus invitados se deleitaran viendo el mejor cine que se exhibía en Santomás.

Los Alarcón eran ligeramente patéticos en su papel de representantes del refinamiento cultural de la clase media santomeña, pero sus reuniones cinematográficas conmovieron a la pequeña burguesía del fin de los noventa. Dreamfield estaba familiarizado con los sentimientos de rechazo que inspiran las clases opulentas, y todo lo que estaban dispuestas a hacer para agenciarse el favor de la gente; había visto actuar a multitud de políticos con taimada cautela en cada momento de la historia del país, desde el año 82 en que el presidente en turno había

nacionalizado la banca con el grito de “Ya nos saquearon, no nos volverán a saquear”, hasta que al cabo de seis años su sucesor volvió a privatizarla; o lo que sucedió tiempo después, cuando un nuevo mandatario, un galancete de origen libanés, encubrió a los terroristas que hicieron explotar un carro bomba frente a la sede de la Asociación Mutual Israelita (AMIA, por sus siglas), que tantos problemas le trajeron a su banco y a él mismo. Nada podía extrañarlo ya, durante aquellos años se había desesperado por el ir y venir de los intereses empresariales, por el ascenso y descenso de los nuevos ricos, pero como no se inmiscuía en el drama público prefería mantenerse al margen de quienes querían destacar en sociedad.

En ese lapso Dreamfield se había convertido no sólo en un mago de las finanzas públicas y privadas, sino también en un diletante cinematográfico de excepción, y hubiera sido más lógico darse a desear y esperar que los Alarcón —tuvieran los méritos que tuvieran o hubieran hecho su fortuna sobre quien sabe qué tantos chanchullos— rogaran su asistencia. Las anotaciones que se encuentran en su agenda (donde a manera de diario registraba sus impresiones sobre los sucesos más importantes de cada día) demuestran, empero, que la supuesta extravagancia de los tertulianos, lo que le decían que platicaban, el aura misteriosa que rodeaba cada reunión, lo seducían y sentía que era injusto que los Alarcón le privaran de entrar en contacto con los hombres y mujeres que, como él, daban todo por ver una buena película, gente con quien podría dejar volar su imaginación y no tendría que dejar ningún sentimiento en la puerta de la entrada. Intuía que buscar la invitación implicaba el riesgo de verse humillado, pero valía la pena correrlo: a lo mejor así conseguía el salvoconducto que le permitiera descifrar los anhelos que hibernaban en el fondo de sus pupilas.

¿Pueden aceptar, señoras y señores, que su desesperación y angustia frente a la tardanza de la convocatoria sería la primera prueba que demuestra que lo que le sucedió después no fue ajeno a una recóndita ilusión, que no por estar oculta dejaba de carcomer su conciencia? Miren ustedes: dada la excéntrica conducta que hemos estado describiendo, podemos estar seguros de que la larga espera a la que lo habían sometido los señores Alarcón tenía a Dreamfield hecho pedazos, pues cada semana crecía el rumor de que un selecto grupo de fanáticos *avant garde* se daba cita desde la hora de la comida en la mansión de Palermo Viejo, y en medio de platillos exóticos y toda variedad de bebidas, pasaban el tiempo comentando viejas cintas, chismes de actores, o la última Muestra de la Cineteca Nacional. Si entre los presentes se encontraba alguna luminaria del cine latinoamericano como Silvia Pinal o Sonia Braga, escuchaban hasta las tantas las indiscreciones que contaban sobre la vida de Luis Buñuel, o especulaban sobre la influencia de la literatura *seria* en el cine erótico. A nadie le extrañaba, por tanto, que para estar muy *up to date* los invitados fumaran marihuana, calificaran de pendeja desde Debbie Reynolds hasta Julia Roberts, e imitando a los personajes de un cuento de Julio Cortázar sólo reconocieran el talento histriónico de Glenda Jackson. Había que reconocer —le dijeron alguna vez a

Dreamfield— que eran reuniones que empezaban tiasas porque la mayoría de los asistentes no se conocían, y que muy probablemente algunos se hubieran detestado a primera vista, pero que para eso de las siete de la noche, gracias al güisqui, vino y coñac que se había servido, todo se componía, y si la gente no se llevaba de hermano para acá, hermano para allá, cuando la anfitriona invitaba a todos (bajo el cariñoso apelativo de “mi chusma”) a pasar a la sala de proyecciones, el trato era cordial y en ocasiones relajiento. Comprenderán que no haber asistido a ninguna de aquellas sesiones se había convertido para Dreamfield en una cifra más opresiva que su piedra en el zapato: no sólo tenía que dejar algo en la puerta de entrada, sino que él mismo permanecía afuera del mundo que anhelaba conscientemente. No descuiden esta expresión: *que anhelaba conscientemente*.

Al fin, el jueves de sortilegio en que se inicia nuestro relato, con una sonrisa ciega, M. H. Dreamfield recibió la invitación para asistir a una proyección de *Casablanca*, película que nunca había podido ver. De inmediato advirtió a su esposa que no lo esperara a comer y que no se preocupara si en la noche llegaba tarde. Pasó el día con un temor desmesurado (y acaso hiriente, como apuntó en su agenda), recordando el cartel de *Casablanca* que alguna vez había visto, donde Humphrey Bogart —sombbrero, nostalgia y ademán conquistador— miraba de medio lado a Ingrid Bergman.

¿Cuántas veces se habían frustrado sus ganas de ver ese filme? Tres o cuatro, no eran tantas, pero siempre habían sido significativas. Una vez en el cine Balmori de la colonia Roma se fue la luz y nunca regresó para que se pudiera iniciar la proyección; en otra, en un viejo salón de la calle Lavalle, la cinta se empezó a quemar apenas iniciada la película, y por un imperdonable descuido del proyeccionista una chispa saltó al segundo rollo, de milagro nadie murió calcinado en el incendio que siguió como sucede en *Cinema Paradiso*. En alguna otra ocasión se encontraba fuera de la ciudad cuando la proyectaron en un festival dedicado a los clásicos de Hollywood. De más está decir que si bien veía cine en televisión, era enemigo de las nuevas tecnologías y nunca se permitía ver una película en DVD. Para Dreamfield la pantalla cinematográfica era un altar donde se llevaba a cabo un rito esotérico. Por esas u otras razones, *Casablanca* lo había evitado durante años y nunca había podido verla. Con la invitación de los señores Alarcón en la mano, Dreamfield recordó la mancha de lumbre que fue extendiéndose en la pantalla de aquel viejo cine de Lavalle hasta destruir la película; tuvo el vago recuerdo de que la primera secuencia consistía en un mapa de África, y que de repente apareció el aro de fuego que derivó en la oscuridad y silencio que le escamoteó la que, según la crítica, era la mejor cinta de Bogart. Pero ahora ya no tenía que esperar: acababa de recibir un salvoconducto que le permitiría sortear los designios del destino y meterse en la elite de los cinéfilos.

Saber que había sido admitido en ese grupo de iniciados, en vez de darle confianza, atizó los temores de Dreamfield. Él mismo reconoció la descompensación anímica que lo embargaba apenas entró en casa de los Alarcón: se sentía lo que le

sigue a nervioso, le pesaba su inveterada timidez, y no encontró cómo responder a las preguntas de la edecán que lo recibió en la puerta. Pensó que no se había preparado para asistir a esa reunión y era capaz de salir corriendo de pura vergüenza. Sus sensaciones eran un barco con la quilla al aire, su imaginación un ancla medio sumergida, su ansiedad un remo roto, y sus ilusiones una red secándose en la playa. Cuando le sirvieron el primer aperitivo, sin embargo, empezó a sentir que el pánico se diluía: vio el reflejo de un candil sobre su copa, descubrió que su imagen le sonreía en la superficie del licor, y como su corazón galopaba por el prado de sus fantasías, supo que no necesitaba contestarle a ninguna edecán, ni hacer nada especial para pasársela de maravilla.

Es probable que ver el reflejo de su rostro le diera ánimos para dejarse llevar por eso que ya he llamado *sus delirios cinematográficos*, y aunque en la alegría que reinaba a su alrededor sospechara una nota falsa, leve pero falsa, algo escondido en el bullicio le trajo a la memoria la escena de *Días sin huella* en que, parado junto a la barra de un bar, Ray Milland entrega su mirada a un vaso de güisqui. Un *zoom in* a sus ojos cambia el licor por una visión idílica del mar, y ahí, güisqui y sueños son una y la misma cosa. Dreamfield cerró los ojos, acercó el vaso a la boca, él mismo atosigado por su mar, dejando que el licor resbalara por su garganta.

“*Días sin huella* es un filme trágico con aire de melodrama complaciente”, se dice dando vueltas con el dedo por la orilla de su vaso. “Es un *thriller* desencantado de la ilusión y el sueño fracasado. Sus cinco minutos memorables son aquellos en que, platicando con la prostituta que frecuenta el Bar de Nat, Milland (inspirado por el *volupté* de la chica, sólo una palabra en francés acierta a definirla) arriesga su anhelo en pos de sí mismo”.

Hablaba solo, vagando en una sala estilo Imperio (germano-olmeca), mientras veía a una gorda que aparecía en lo alto de una escalera en el siguiente orden: guarache derecho, robusta pierna enfundada en raídos jeans, blusa con bordados indígenas que cubría unos pechos bamboleantes, cara parcialmente oculta por anteojos oscuros en forma de corazón (como los que luce Sue Lyon en *Lolita*), la no menos robusta pierna izquierda enfundada en el resto de los jeans, y para terminar: el otro guarache. Esa pantomima hechizó a los invitados, que se lanzaron a besarle las manos diciéndole a *Madame Alarcón* que lucía elegantísima. Dreamfield sintió un nuevo ataque de miedo pero se quedó tieso cuando vio que la anfitriona venía a saludarlo apartando con la mano a quienes querían besársela.

En un comedor calificado por la anfitriona de “merendero inspirado en salones faraónicos”, nuestro héroe se dejó conducir a un asiento que estaba junto a una mujer extranjera (que a ojos vista tenía tanto *volupté* como la fichera del bar de Nat) que le fue presentada como Diana Bracho, la gran actriz del cine mexicano, quien gozaba de un creciente prestigio gracias a la multitud de premios que recién había obtenido. “La señora Bracho está de paso en Santomás”, dijo Madame Alarcón con cortesía podrida después de las presentaciones de rigor, “así que no la desperdicie”. Dreamfield

agradeció la sonrisa traviesa de la actriz mexicana, que él recibió como una invitación a decir cuanta barbaridad se le viniera a la cabeza.

Después del brindis que hizo don Gabriel Alarcón para iniciar la comida, Dreamfield empezó a hablar (¡con Diana Bracho que era una actriz multi premiada!) del Oscar que Ray Milland había ganado por su interpretación en *Días sin huella*. El silencio, las respuestas que ella le daba con desmayo, y aun las murmuraciones con que acogía sus comentarios, eran como un bálsamo para su entusiasta verborrea, al punto de que cuando vio que el vaso en que le habían servido un güisqui marcaba el mantel con pequeños círculos de agua, tuvo ánimo para recitar las líneas con que Milland empieza el viaje hacia sus sueños, pidiendo al barman que no quite los círculos de agua que cada uno de los vasos en que ha bebido esa tarde ha dejado sobre la superficie de la barra:

“No los limpies, déjame ver mis círculos viciosos”, dijo Dreamfield imitando la cara arrebolada con que Milland observaba las marcas acuosas.

¿Se acordaba Diana de la escena?, ¿qué quedaba en ella del muchacho atemorizado, del hombre simpático pero que bebe, que nos presentaron al inicio de la cinta? Unas cuantas copas habían bastado para que alguien, alguien que todavía no conocemos, asome a sus pupilas. Una copa y un círculo vicioso. Entonces, sin que la actriz mexicana acabara de salir de su estupor, Dreamfield continuó como si su voz recuperara la intensidad del filme:

“Acompáñame una con mis sueños”, dijo torciendo la boca como la había torcido Milland en la cinta. Levantó la mano y, en el vaso, el güisqui fue nuevamente un remedo del mar y la pasión. Diana Bracho entrecerró los ojos como si no viera bien (quizá no fuera que viera mal, sino que era miope y la vaguedad de su mirada le daba un cierto aire lánguido e interesante). “Soy uno de los grandes”, siguió Dreamfield con el parlamento de *Días sin huella*. “Soy Van Gogh pintando luz de sol. Soy Horowitz interpretando el *Concierto Emperador*. Soy John Barrymore en sus buenos tiempos”.

Frente a sí había un gordo que se palmeaba los cachetes, a su lado doña Paulina acomodaba el portabustos bajo la blusa de bordados indígenas, y en la esquina una pareja se besaba frotándose las lenguas. Era un espectáculo digno de comentar, pero Dreamfield no atendía más que al recuerdo de la voz poetizada con que Milland había hecho la declaración de identidad que el güisqui le sugería. La mirada de Diana Bracho era un tiovivo que arrastraba serpentinas y disipaba la niebla de humo producida por los cigarrillos. ¿Se acordaba de la cara del pobre hombre, de su mirada encendida de entusiasmo? No era ni con mucho la de un borracho, pues Milland se las ingeniaba para que nos diéramos cuenta de que su personaje era un hombre tocado en su espiritualidad: condenado, sin alcohol, a no imaginar nada; que atiza, con alcohol, su mundo de nostalgia.

“El bar de Nat”, comentó Dreamfield un tanto circunspecto, “es reflejo de la mediocridad de la clase media norteamericana, pero resalta la alegría de ese hombre

quien, transfigurado por el güisqui, emerge del éxtasis del licor como dueño absoluto de sus sueños”.

“¿Te sabes la película de memoria?”, preguntó Diana Bracho.

“Sólo algunas escenas. Es una de mis favoritas”, advirtió él.

“Cuando yo la vi me pareció horrible que el protagonista, que se veía tan buen muchacho como dicen sus vecinas, volviera a darse a la bebida”.

“No adelantes vísperas, querida, y déjame decirte que, en ese momento al menos, que beba o no resulta intrascendente”. Dreamfield se frotó las manos como si estuviera a punto de dar a conocer un secreto. “Mira, por lo que hemos presenciado deberíamos preguntarnos si es legítimo que alguien alimente la imagen de otro en sí mismo, y si al hacerlo no se está echando encima las cadenas de la ilusión tan sólo porque ha bebido unos cuantos güiscachos”.

La expresión provocó tal risa en Diana Bracho que no le quedó más remedio que tomarlo de la mano y decirle con una humildad desarmante que la encantaba. Sus labios —dilatados, medio húmedos, entreabiertos— revolcaron a Dreamfield de aquí para allá, de *Días sin huella* al comedor faraónico en que disfrutaba de aquella comida succulenta. Tal vez ella percibió que su asombro estaba cargado de perplejidad, que la luz se había vuelto un juego pirotécnico que estallaba en un arco iris en el filo de las copas, en la cuchillería de plata y en el candil que pendía sobre la mesa. En un raptó de inspiración erótica, Dreamfield puso su otra mano sobre la de la actriz y sintió de nuevo el galope de su corazón. La Bracho dijo que le seducía su forma de ver el cine y enlazó sus dedos con los de él. Una de las ventajas de envejecer, pensó él, es que uno no tiene necesidad de ningún objeto en particular para consumir sus deseos, y se conforma con la idea de los objetos en general, de este modo, al sexo le basta una caricia para experimentar un orgasmo.

“El secreto del personaje”, continuó Dreamfield como si jugara con la palabra *secreto* para exprimir su contenido, “nos será revelado unas secuencias más adelante, cuando Milland le confiese a su novia que es dos hombres a la vez: el escritor y el alcohólico, lo que significa, el hombre que *quiere* escribir, y el que *no puede* dejar de beber pensando que así escribirá. Pero antes de que llegue esa secuencia crucial, la cámara disuelve a los personajes en un *fade out* para que el pasado, *su pasado*, nos sea revelado. ¿Has experimentado alguna vez el sobresalto que producen esos pequeños momentos de incertidumbre de las películas, cuando todo se nubla, los contornos de la realidad se diluyen, y cualquier cosa puede pasar?”.

“Me parece un recurso del suspenso, una manera de contar una vida a partir de un instante o un recuerdo”, contestó Diana Bracho. “De no existir esos trucos, ¿de qué manera nos enteraríamos de la historia de los personajes?”.

“Tienes razón, pero cada *flashback* revela algo más. Hay un instante insignificante, como el segundo en que la inhalación se convierte en exhalación, en que la vida se detiene y uno siente que todo puede pasar, que el personaje, en este caso el que interpreta Ray Milland, puede ser cualquier hombre. Claro, como te dije,

pronto sabremos quién es en realidad, y por qué es así, pero en ese instante ínfimo todas las posibilidades se abren para él”.

“También a nosotros se nos abren esas posibilidades”, agregó la Bracho apretando la mano de Dreamfield. “Es eso lo que quieres decir, ¿verdad?, que también para el espectador se abre un futuro inesperado. Yo lo asocio con una sensación que he tenido desde niña, no sé si a ti te pasa lo mismo, pero me he dado cuenta de que pensamos con palabras pero sufrimos con imágenes, con esas imágenes tal vez que el *flashback* nos hace presentir”.

Nuestro calavera se sonrojó, quiso agregar algo pero no lo hizo, el comentario de la actriz mexicana lo había sorprendido pues en efecto había tratado de comunicarle esa sensación que producen los *flashbacks*, pero no importaba, pues lo que ella había agregado acerca del sufrimiento provocado por imágenes lo había dejado atónito.

“¿Has visto *Casablanca*?” preguntó ella. La sonrisa, ahora ausente de sus gestos, estaba presente en su voz.

“Pues no”, dijo Dreamfield un tanto apenado, “desgraciadamente no”.

“Te va a encantar”, agregó Diana. “Hay un largo *flashback* que es un prodigio narrativo. Tú sabes desde el principio que va a venir pero no sabes cuándo ni qué es lo que te van a contar, y en el instante en que empieza a diluirse la figura del personaje central, Rick Blaine, ocurre lo que tú dices: por un instante mínimo todo es posible. Ya lo verás tú mismo”.

En ese momento sonó la campanilla de la señora Alarcón, quien pellizcando a algunos comensales en el límite del saco los convidaba a pasar a la proyección: “Michusma”, gritó: “a disfrutar del *movie* de esta noche”.

Dreamfield se levantó pensando en la imagen que había utilizado para ilustrar lo que se siente cuando va a ocurrir un *flashback*: el instante que tarda la inhalación en convertirse en exhalación, ese instante donde la vida se detiene para fortalecerse, el instante inocuo donde la respiración vuelve a ser vida, pero que tanto se parece al principio de la muerte, al comienzo de la agonía.

Entró a la sala de proyección detrás de Diana Bracho y se sorprendió al ver, a los lados de la pantalla, dos estatuas de guerreros más o menos babilónicos, con escudo griego en un brazo, una inmensa hoz en el otro, gorro frigio hasta los hombros, y cascabeles en los tobillos. ¿Sería un insulto para su agudeza, señoras y señores, aclarar que hasta ese momento nuestro héroe se percató de que llevaba tres horas en un sitio que representaba el momento culminante de la tecnología decorativa del siglo XX? Viendo las cortinas versallescas de telón, los asientos cubiertos con brocados magenta y el cielo raso azul (con foquitos que semejaban estrellas), sintió vértigo, apareció en su cara una expresión de peligro, pero nada fue suficiente para apartarlo del calor, todavía vivo en sus manos, de los largos dedos de Diana Bracho. Fue sin duda esa sensación la que le impidió sospechar (aunque no podemos descartar la influencia que tuvo la visión de los guerreros de yeso) el mundo que lo aguardaba en la pantalla cuando se iniciara la película.

Para la mayor parte del auditorio de esa tarde, *Casablanca* no pasó de ser un brillante filme, muestra de lo mejor del cine norteamericano, todo un clásico digamos, pero para Dreamfield resultó una experiencia alucinante. La escena que le había anunciado la señora Bracho, en la que Rick Blaine, después de consumir una botella de güisqui (o más de una botella, no podemos saberlo), espera reencontrarse con su antigua amante, le anunció el inicio de un largo desvarío. No supo cómo, pero de repente se vio arrasado por un vértigo de imágenes que estaban, y no, en la pantalla, por sonidos aguzados que no sabía de dónde venían, por un universo lastimoso que parecía esconder otra realidad. ¿Le atemorizaba lo que sucedía en la película o lo que ahí pasaba era un emblema en el que intuía otra realidad? Todo había empezado cuando apareció un hombre seguido de una mujer en cuyo gesto era fácil distinguir una pausada angustia; fue una visión fugaz que le hizo intuir una hipótesis de felicidad y, como en la salita de cine se elevó un murmullo de incertidumbre, Dreamfield recordó el anillo de fuego que se fue extendiendo por la pantalla en aquella remota función a la que asistió en un cine de la calle Laval. Era claro que la historia se había revuelto con la aparición de esa mujer, nadie tenía elementos para descubrir por qué Rick (Humphrey Bogart) se enojaba tanto con su inesperada llegada; él vivía de lo más tranquilo administrando su bar americano en la neutral ciudad de Casablanca, y como era un cínico de marca mayor se suponía que se había hecho tanto de un refugio infranqueable como de una personalidad de hierro: parecía el clásico personaje insensible que puede ser generoso si le apetece, descarado si le viene en gana, o indiferente al dolor humano si esa era la actitud que le convenía exhibir. “Parecía”, pensó Dreamfield, pues la aparición de Ilsa (Ingrid Bergman) atravesando el atestado bar, había dado al traste con las suposiciones de todos (personajes y auditorio incluidos). Basta con que Sam, el pianista que ameniza el lugar, la reconozca para que intuyamos que ella tuvo algo que ver con Rick en el pasado, y que su relación está cifrada en *As time goes by*, la melodía que le pide a Sam que interprete *for the old time's sake*. Todo está dicho en esa escena magistral: la timidez de Sam, la sonrisa de Ilsa tocada por la última luz del anochecer, la melancolía que ambos exhiben (contadora del pasado que ignoramos), y no se necesita dar muchas vueltas para barruntar que el reencuentro de los amantes centrará de ahí en adelante la trama, y que todo en el filme ha sucedido para llevarnos a la secuencia en que Bogart siente que la realidad que con tanto esfuerzo ha construido está por venirse abajo, que la visita nocturna que seguramente Ilsa le hará cuando hayan cerrado el local puede destruirlo.

Diana Bracho había tenido razón, era inevitable que de un momento a otro ocurriera un *flashback* para enterarnos de lo que había pasado entre Rick e Ilsa. El orden del libreto no tenía fisuras, pero no era la secuencia argumental lo que trastornaba a Dreamfield, sino que no podía contener la sensación de que otra cosa iba a suceder, algo diferente, algo ligado, paralelo, equivalente, pero diferente.

“Pensamos con palabras”, dijo, “pero sufrimos con imágenes”. No era que Ilsa fuera a regresar al bar de Rick para aclarar por qué había desaparecido hacía unos años, sino que algo o alguien con mayor calado que ella entraría en escena, y si eso sucedía, él, Miguel Horacio Dreamfield, no sabría qué hacer. Su conciencia, repentinamente alejada de las sensaciones físicas, parecía concentrarse en el mecanismo del miedo como único objetivo. Se remitió a la imagen de los aros de agua que vio sobre la mesa del comedor faraónico (que le recordaron los de la barra del bar de Nat) que él como Milland califican de círculos viciosos. ¿Mientras espera a su amante, Bogart estaría pensando en otros círculos viciosos?, ¿cómo podía un rostro como el de Rick, casi inmóvil, violentar tal cúmulo de deseos?, ¿qué tenía que ver un pobre banquero con aquella tormenta sentimental?

Fue en ese instante —cuando Rick le pide a Sam que interprete *As time goes by* y le reclama que si pudo tocar esa melodía para Ilsa también podía hacerlo para él; antes de que empiece a recordar la vida que tuvo en París como un próspero negociante; antes de que la Bergman, bajo una luz de bruma y calor, abra la puerta y su figura quede recortada en un haz luminoso— que Dreamfield columbró que estaba a punto de sobrevenir una catástrofe, que el *flashback* que en unos segundos iba a iniciarse era como el instante mínimo en que la respiración se detiene para transformar la inhalación en exhalación, y antes de que todo eso sucediera se levantó de su asiento y a tropezones caminó hasta la pantalla. Había dejado de ser él, no era su yo quien se había levantado de su asiento sino un sucedáneo que tomó su forma y su conciencia. Por un instante que no tuvo duración su sombra cubrió exactamente el cuerpo de Humphrey Bogart mientras decía “*I’m waiting for a lady, I know she is coming back*”. Dreamfield quedó hipnotizado observando el drama que se establecía en la película y del cual él —su sombra o su yo sucedáneo— fue un protagonista involuntario. Repitió como si supiera desde siempre las palabras de Bogart: “*I’m waiting for a lady, I know she is coming back*”. Habían bastado la insignificante cantidad de cuadros en que se incorporó a la cinta para columbrar su destino. La pantalla se convirtió en un enjambre de fantasmas: ahí estaba, no sabía qué o quién, pero ahí estaba al acecho, atemorizándolo, descomponiéndose en la música, anunciándose, anunciándose, anunciándose...

El señor Alarcón regresó a empujones al imprudente Dreamfield a su asiento, pero apenas logró que se diera cuenta de la solemnidad de la escena que acababa de malograr. A pesar de que había pocos espectáculos más divertidos que ver a Alarcón Zarasúa balbuceando groserías entre espumarajos de saliva, el resto de los invitados pidió a chiflidos la repetición de la última secuencia, perdiéndose para siempre la evolución de los estropicios que la contrariedad cobraba en el cuerpo del anfitrión.

Dreamfield vio el resto de la película tamborileando con los dedos en el brazo de su asiento, taconeando como si bailara un zapateado de asiento, con el temor de que su nariz reventara bajo la presión de su respiración alterada. Al finalizar la exhibición salió de la sala sin despedirse de nadie. Escuchó la serie de aplausos con que el

público agradecía la proyección, y se preguntó cuál sería el sonido que producía una mano, solamente una, en el acto de aplaudir: quizá algo ligado, paralelo, equivalente, a lo que había producido su sombra insertada en la cinta que acababa de ver. Observó de lejos a Diana Bracho, recordó la mirada miope que lo envalentonó para sentirse Ray Milland, y creyó que se llevaba en el bolsillo sus ojos de terciopelo negro.

Triste, melancólico y mareado, erró por varias calles como buscándose. La ciudad parecía una taza de porcelana arrojada al vacío que su mirada convertía en añicos. Las avenidas se iban abriendo paso —pastosas e inconformes— entre el zumbido de aplanadoras y picas que nunca terminaban una remodelación permanente. Tuvo la impresión de que su existencia se había desbarrancado en un mundo dado a la molicie mientras una lluvia menuda marcaba el ritmo de las imágenes que aleteaban en su mente. No sabía si evocaba una aventura que algún amigo le había contado, la de alguien medianamente conocido en el pasado, si empezaba a dar sentido a alguna extravagante aventura vivida en un bar, o si estaba recomponiendo su vida como si fuera una película de Alfred Hitchcock. Ahíto de esa cauda de imágenes, sólo sacaba en conclusión que estaba sufriendo a causa de una sensación —parecida al miedo— que no podía descifrar; quizá era el miedo atávico de alejarse y partir, o el pavor receloso de llegar a algún sitio desconocido, o sólo un temor que le encogía la piel con un inexplicable deseo de poder sentir en plenitud todo eso que sentía. La imagen de sus ojos sorprendidos se mezcló con la niebla de una plazoleta al amanecer, donde el letrero de un salón de baile brillaba como un único asidero de la vida. Sintió que todo se alejaba, que aquellas figuras perdidas eran parte de algo que pronto volvería, ese algo que iba a aparecer en *Casablanca* y que su sombra disipó. Cerró los ojos, trató de imaginar dónde se originaba esa escena misteriosa, pero no vio sino una fracción inmovilizada de Diana Bracho, un encanto recóndito que desapareció de su mente como una película que se quema para dar paso a la imagen fosforescente de Ingrid Bergman recortada en el haz de luz de la puerta del *Rick's Café Américain*.

Cuando llegó al bulevar de Los Niños Héroe le pareció que había caminado durante horas por otra ciudad —ajena, fantástica, rascuachona— en la que podía descubrir los fantasmas que aparecían encima de los techos. Se detuvo en la vereda y la marquesina del cine Bella Época lo tomó literalmente por asalto. En la contraesquina estaba el Edificio Condesa, pero como no tenía ojos para admirar su seductora arquitectura, se concentró en la luz que iluminaba el bulevar con un resplandor etéreo. Se quedó encandilado por los foquitos que daban vueltas alrededor del título de la película que exhibían ese día: Hoy Un tranvía llamado deseo Hoy. El agua le escurría por el rostro y sin embargo parecía que solamente lloviera frente a la enorme luz blanca de la marquesina. Se sacó los anteojos y trató de limpiarlos con su corbata. Sin lentes, todo aparecía como un tumulto de estrellas, un azar de luces donde sonaba una sirena en la que se fundía el universo. Ver algo sin anteojos era

como descubrirle otra esencia, como mirarlo en una dimensión insólita. Creyó que la calle era un río luminoso en cuya superficie flotaba una gran sábana que agitándose al aire arramblaba lo que salía a su paso: edificios de paja, calles empedradas, perros muertos, pordioseros ahogados. “Las cosas”, dijo en voz baja, “se entienden entre ellas con imágenes que ocultan”. Los objetos parecían tener memoria. Vio aquel pandemonio de colores creyendo que se había trasladado —o estaba a punto de trasladarse— a la dimensión insólita que tiene la vida observada sin gafas. Nada se salvaba, todo era arrasado por la corriente de luz creada por su mirada estrábica. “Lo mismo ocurre con el amor, le haces un gesto, trazas una ruta hasta que llega una corriente de colores fosforescentes que estalla contra el acantilado de tu corazón”. Quizá en ese momento, precisamente en ese momento, sin que estuviera consciente del todo, M. H. Dreamfield decidió cerrar la caja de sus contradicciones y abrir la que llamamos de Pandora.

Se sentó en el camellón y se colocó de nuevo los lentes. Hoy Un tranvía llamado deseo Hoy. Recobró la realidad en la quietud luminosa de la marquesina. Varias personas se guarecían de la lluvia al lado de la taquilla, algunos miraban al cielo y otros sacaban la mano para confirmar que seguía lloviendo. Parecían títeres bailando al ritmo del viento que mecía sus hilos. Una pareja salió corriendo y pasó a su lado. A Dreamfield le pareció que iban riéndose de él y no supo qué pensar, pero se dio cuenta de que le importaba un comino porque llevaba puesta sobre los hombros una tristeza que le escurría, como el agua, por todo el cuerpo.

Advierto, señoras y señores, que acabo de utilizar la palabra tristeza muy genéricamente, pues el estado de ánimo de Dreamfield debió de ser algo mucho más complicado que un simple *touch of sadness*: se había vuelto un payaso con alas, un ángel que remedaba un saltimbanqui, un comediante a quien el miedo le había hecho percibir otra realidad, y ésta era tan pesarosa que le dolía hasta en los dientes. Él mismo apenas se daba cuenta del cambio en que estaba sumiéndose: confundía su soledad con añoranza y languidez. La guadaña de Saturno flotaba sobre él, el futuro se disolvía anulando el presente, y se sabía condenado a escuchar la llamada del pasado. Su conciencia —lo intuye— se encontraba extraviada por alguna experiencia, ya pasada, en la que tal vez el amor tuvo el rol central.

“Después de todo, ¿por qué tengo tanto miedo?”, se pregunta destilando lo más selecto de su obviedad. “Sólo soy un oficinista que quiere ser un aventurero, un hombre tímido que lleva dentro a un muchacho bragado que le ve posibilidades fantásticas al más mínimo suceso. ¿Qué me podría pasar con este talante?, ¿cuál es el diagnóstico que se puede emitir ante tantos signos de fracaso?”. Se quedó mirando la marquesina del cine con expresión de absoluto vacío. Había estado equivocado cuando alguna vez supuso que era capaz de ocultar sus pesares, los llevaba claramente escritos en su cara de cómico y no se había dado cuenta de que todo lo que había hecho hasta la fecha no servía para nada. Evocó la imagen de Bogart: la mirada esclavizada en un punto muerto, escarbando en las sinrazones del tiempo,

esperando el regreso de la amante recién reencontrada. El fetichismo es absoluto, piensa Dreamfield, y aunque quiere no puede desembarazarse de los sentimientos que Rick ha despertado en su alma. “Los viejos símbolos son siempre ciertos”, comenta sin atinar a desvelar el encanto de Bogart sentado a la mesa, bebiendo y escuchando la melodía que Sam toca para él una y otra vez. Aquello, lo que sugerían sus pupilas, todas las esperanzas fallidas, su mirada que quiere romper a base de mesmerismos los sinsabores del pasado, era más fuerte que Dreamfield y se había vuelto incontrolable.

“¡Qué predecible soy!”, murmuró. Hubiera podido escoger otra película, otro actor, Jean Gabin, por ejemplo, en *La gran ilusión*. Sin embargo, fue Bogart en *Casablanca* la gota que derramó el vaso. “Ni siquiera Clark Cable en *Mogambo*. Tanto aprender escenas para nada”.

De casualidad vio su reflejo en un charco y le pareció que su cara, en perpetua oscilación por las gotas de lluvia, se parecía a una ubre de vaca. Creyó escuchar la voz de uno de sus antepasados —quizá su padre— en el rumor del aguacero: “Muy bien, dinos qué has logrado con esta conducta tan ridícula. Aquí en el cielo todos estamos muy avergonzados”. ¿Cómo explicarles (aunque en cierta forma coincidiera con esa voz) que no era ridículo que el miedo lo obligara a comportarse así? A lo mejor podía parecerles inaudito pero nunca ridículo. “La gente tiene miedos que la obligan a hacer cosas. ¿Por qué tendrían que sentir vergüenza?”.

¿Era posible —aunque sólo fuera una hipótesis— que sus decisiones, sus afectos, sus pesares, hubieran siempre estado regidos por ese miedo que ahora lo abrasaba? Pensó en su mujer, en sus hijas, en los ritos religiosos que lo empujaban hacia una vida bien reglada; pensó en la sensación de rebeldía que lo había dominado en contadas ocasiones, de la que se reponía acogiendo los fundamentos de su pueblo. ¿Había tenido que ver *este miedo* con esa forma de conducirse? Si era cierto, debería aceptar —al menos de esa manera, hipotéticamente— que nunca había actuado de acuerdo con sus ideales, lo que quizá se ligaba con la sensación de que siempre dejaba algo afuera de la entrada del lugar donde se encontraba. No le quedaba otro camino por lo tanto que arriesgarse a ver de cerca sus fantasmas, o lo que fuera aquello que le daba tanto miedo.

La conclusión, estarán de acuerdo conmigo, señoras y señores, era más o menos evidente; pero si sus conjeturas eran ciertas, primero que nada Dreamfield debía aceptar que ignoraba lo que tendría que hacer para volver a ser él mismo (aunque tampoco supiera qué iba a significar de ahí en adelante esa expresión: *ser él mismo*); y, segundo, lo que resulta fundamental para nuestra historia, que estaba en este estado por haber suplantado al personaje representado por Bogart en *Casablanca*.

“Un muro se levanta entre él y yo”, dice Dreamfield pensando en Rick Blaine, “porque, vamos, no me puedo imaginar viviendo a Casablanca”. Aunque era posible que no existiera el muro, o que ya no existiera y Santomás se hubiera convertido en Casablanca; o que en caso en que hubiera existido fuera un muro de cartón, un muro de utilería que al recargarse en él se había venido abajo tan estrepitosamente que él

había caído del otro lado; o quizá, por qué no, que ese *otro lado* (que podría llamarse *Casablanca*) se había introducido a hurtadillas dentro de éste.

Sentado en el bulevar de Los Niños Héroes lo encontró la señora Dreamfield. Él no pudo explicarle nada, tan escasamente abandonó su expresión a una indolencia humorística, que en su cara brilló la entusiasta resignación de los fracasados. ¿Podría revelarles que el mundo entero, la realidad en su conjunto, se había puesto en su contra?, ¿podría decirle, por ejemplo: “Verá usted, señora esposa, todo se ha vuelto tan tremendo que me veo forzado a confesarle que mi vida ha sido un cuento”? No, esas fórmulas estaban prohibidas entre ellos. No podía siquiera alegar que era la clase de hombre que ha querido parecerse a Errol Flynn aunque todo el mundo lo confundiera con Cantinflas, ni siquiera que estaba intentando hacer creíble una biografía que parecía contener los estremecimientos de cien películas, pero que ya no podía más y todo se iba a ir al caño. Ahí estaba el peligro: al darse cuenta de que había negado durante años el miedo que ahora lo abatía, la realidad en la que había vivido estaba yéndose por el caño. Dreamfield intentaba traducir en palabras lo que sus ojos percibían, pero sus palabras eran emitidas de tal forma que la mitad iba a parar a los oídos de su mujer y la otra mitad a los suyos; o dicho de otra manera, la mitad caía del otro lado del muro que lo separaba de Rick, y la otra mitad de éste, donde él y Rick eran uno y el mismo, y sus labios sólo podían moverse de una manera tan lenta que era imposible retener las que iban a parar a uno u otro lado, menos aún las que caían al lado de allá, donde el tiempo había dejado de ser su aliado.

La señora Dreamfield lo ayudó a levantarse. No comentó nada, sólo pasó su brazo por los hombros de su marido en una actitud más que comprensiva, pero le alarmaba que apenas se levantó empezara a preguntarle si el cine se hace con los vivos o con los muertos, que qué pensaba de Bogart, que si lo había visto en *Tener y no tener*, que si pensaba que él, a pesar de su figura, podía dar el tipo para Rick. La inquietó la retahíla de sus preguntas, pero como me dijo meses después, cuando la entrevisté^[6], sobre todo le alarmaba que Dreamfield hubiera vuelto a beber y ella no hubiera notado nada.

Debo decirles, aunque seguramente ya lo saben, que su mujer nunca le había hecho el más mínimo reclamo ni se quejó jamás cuando llegaba a casa hasta las tantas de la madrugada, pero tal vez ignoren —o no hayan valorado del todo— que el silencio con que lo acogió le dio a Miguel Horacio una clave, una explicación secreta, para conocer una verdad sorda: donde quiera que se hallaran en ese momento los propósitos de cada uno se estaban transportando en el flujo subterráneo del tiempo para separarlos. La conclusión es degradante, pero ese 26 de agosto, cuando ella lo encuentra tirado en la banqueta, Dreamfield rechaza las fuerzas que los han ligado durante toda la vida: ha descubierto que en otra forma de ser está el camino de su

salvación, y que la invocación que tarde o temprano tendrá que hacer para *ser él mismo* acabará en una despedida.

En algo puedes confiar: no importa lo que traiga el futuro

La mañana lo sorprendió como si estuviera afiebrado. Había soñado que vagaba por una calle estrecha, no se escuchaba ningún ruido, y en la copa de los árboles el sol mezclaba azules y morados con naranjas encendidos. Iba acompañado por una joven que le recordaba a alguien pero que, cuando despertó, no pudo reconocer quién era. Tiene la impresión de que se dirigían a casa de sus padres para celebrar la Pascua. Caminaban en callecillas angostas (tal vez se encontraban en el ghetto de Praga, no podría saberlo pues nunca había estado en Praga) en las que flotaba un intenso aroma a comida judía. De repente se encontraba en el comedor de la casa que su familia habitó durante su infancia. Su padre oraba y su hermano hacía las cuatro preguntas. Si antes, cuando deambulaba por las calles laberínticas de aquella ciudad desconocida, todo le había parecido difuso y extraño, ahora era pasmosamente claro. “Como si se hubiera detenido el tiempo”, pensó Dreamfield. Sobre la mesa había pan de matza, su papá vestía el talit con que lo enterraron, y su madre lucía el vestido que siempre usó para la celebración del Sabbath. Veía el refulgente candelabro de plata, el vino, las delicadas copas de vidrio, y el plato con kharoses, hierbas amargas y huevo cocido, todo fantásticamente iluminado por dos menguadas velas. “Dime, Rabí Eleazar, hijo de Azarinah”, decía su padre con voz de trueno: “si ya tenía diez años de muerto y nunca vi la tierra prometida, ¿por qué tengo que padecer las locuras de este hijo infame?”. Al principio Dreamfield no se apenaba en absoluto aunque supiera que él era el hijo infame, muy al contrario, se reía diciéndose: “Mi padre ha resucitado, todo estará bien para nosotros, ni siquiera hubo Segunda Guerra, el Holocausto no sucedió”. Después, sin embargo, se hincaba para pedir perdón. Por el callejón de una puerta veía a la mujer que lo había acompañado (que en algún momento se había apartado de él o quizá ni siquiera había entrado a la casa). Sentía el impulso de volver con ella y salir corriendo. Por desgracia no podía moverse y empezaba a recitar la oración de los muertos como hacía de pequeño el segundo día de Rosh Hashanah. Súbitamente recordaba que no era la ocasión propicia para tal oración (después de todo su padre era un recién resucitado) y la vergüenza, alentada por la mirada de fuego de su madre, lo cubría de ignominia. La mujer que lo había acompañado, mientras tanto, seguía parada en el mismo sitio, como invitándolo a dejar su teatrillo de una vez por todas. Dreamfield se percataba de que a espaldas de ella se extendían las calles sinuosas de aquel ghetto como pintadas en perspectiva medieval, y que una neblina espesa subía entre las casas enroscándose como una trenza de listones. Por un instante tuvo la sensación de que alguna vez había conocido esa ciudad viendo una película que hablaba de un doble que uno lleva escondido en los rincones del alma. Estaba por recordar el título de la cinta o del director que la filmó, cuando ella se iba cantando *I'm singing in the rain* (tomada de la cintura por un hombre corpulento que de alguna manera se parecía a él, o mejor, que era contraparte de su pequeñez, de sus rasgos de cómico insomne, de sus gestos aprendidos en el cine). Dreamfield enmudecía, las palabras se ahogaban en su garganta, quería llamarla y no podía, lo que le provocó miedo a morir de asfixia. En ese momento la chicharra del

despertador lo trajo a la realidad con el corazón saliéndose de su pecho enclenque.

Fuera de la resurrección de su padre (que tenía más bien algo cómico) no recordó que hubiera sucedido nada atemorizante en el sueño, ni siquiera podía decir que, antes de que se iniciara, hubiera pasado algo escabroso con la mujer fugitiva, pero Dreamfield se levantó sudando, con dolor de cuerpo, y sabor a centavo en los labios. Tenía la sensación de que para llenar la ausencia de su padre su sueño había creado a otro hombre con la forma de su padre. Se sentía crudo, con resaca, enfermo por haber bebido tanto. Hubiera querido quedarse en cama, comprobar que no tenía fiebre, pero no le quedaba tiempo, eran las ocho y en una hora a más tardar tenía que estar en el banco.

Pasó el día distraído, como si la gente le hablara en otro idioma. Su usual eficacia se transformó en una cadena ininterrumpida de torpezas: finalizó un dictado a media carta porque se le olvidó lo que tenía que decir, se excusó de mal humor con su secretaria, diciéndole que había cambiado de parecer, iba a pensar mejor su respuesta y por lo pronto la carta se quedaría platicada. No pudo hacer un simple análisis de estados financieros que urgía para el comité de créditos, y canceló una junta porque se daba cuenta de que en su estado era capaz de decir cualquier barbaridad.

A mediodía, sin embargo, sucedió algo notable. Estaba sentado en su escritorio cuando a través de la rendija de la puerta vio pasar a una mujer vestida de blanco. La imagen efímera de ese cuerpo atravesando su mirada lo remitió con un sobresalto a la atmósfera enigmática de su sueño, y no se le ocurrió otra cosa que salir al recibidor. Una de las secretarias se le quedó mirando como si hubiera descubierto que en su cara había manchas de sarampión. Dreamfield le dirigió una mirada en que gastó una parte del desprecio que le inspiraba. La puerta de los elevadores estaba vacía. ¿A dónde había ido?, ¿planta baja?, ¿segundo piso? Instintivamente bajó corriendo por las escaleras. Desesperado, cruzó el vestíbulo de la entrada, salió a la calle y miró a izquierda y derecha sin fortuna: la mujer de blanco no aparecía por ningún lado. Caminó hacia donde la calle 11 de Julio se cruza con el Paseo de la Reforma, pero igual, se había evaporado. Si la hubiera encontrado, pensó, sentiría un desvío de la voluntad, un aire helado en los intestinos, y escucharía palabras en un idioma que no podría ser traducido a ningún otro.

El sol se ocultó tras una nube gris que presagiaba tormenta, y un viento adormecido cruzó la glorieta que se extendía frente a Dreamfield. El gris usual de las calles de Santomás se había convertido en una amalgama negra y blanca. Mientras veía con mirada perdida al horizonte, sus pensamientos derivaron hacia el filme que, en su sueño, le había sugerido que estaba en el ghetto de Praga, pero no pudo recordar ni el título, ni de qué trataba, ni por qué lo asociaba con las calles que crecían como una enredadera a espaldas de la joven que lo esperaba en el quicio de una puerta. Hasta ese instante se preguntó por qué había soñado todo aquello y cuál podía ser el significado de cada una de sus imágenes; hasta ese instante se preguntó, por otro lado, por qué había seguido con tal desesperación a la mujer que cruzó frente

a la puerta de su despacho. ¿Porque como la de su sueño le recordaba a alguien?

Dreamfield, pequeño y desgarbado, regresó al piso de su oficina pensando en la estrechez de su vida llena de anhelos, incapaz de controlar la súbita, temblorosa, viciosa, vasta, violenta oscilación de la manivela de su imaginación. Los escritorios, las secretarias, y un colega que lo saludó desde el fondo, se perdían en la luz que reverberaba tras el ventanal. Todos se movían como si estuvieran adormilados por los rayos de sol que los difuminaban. Estuvo a punto de preguntar a su asistente si había visto a la mujer de blanco, si sabía a cuál de los directivos había venido a ver, pero prefirió disimular su turbación. Era como un fantasma que se movía en el vacío: hablar, explicarse, encender un cigarrillo, no hablar, pensar y no pensar, soñar o no, ya eran una y la misma cosa. La razón y sus ensueños, que han vivido un matrimonio desdichado, andan a la greña en un proceso de divorcio bastante mal llevado. La secretaria que antes lo había observado como si hubiera contraído sarampión le preguntó si podía ayudar en algo. Un pudor atávico le impidió sonreír. A lo mejor pensó que su desconcierto estaba evolucionando del sarampión hacia el delirio. Estaba equivocada, pensó Dreamfield: a pesar de su semblante se sentía al borde de la dicha. Apretó los labios, le dolió la garganta, sintió seco el paladar, y se le avivó un nudo en el pecho que sólo apagaría con un trago.

Entró a su privado y pidió que no lo molestaran. Su oficina casi no está decorada, su mirada barre cada detalle como si se hubiera vuelto una cámara que quisiera captar todo. Es una habitación aséptica que no permite adivinar la personalidad de su dueño, no aparece por ningún lado un cuadro, la fotografía de un familiar, ni siquiera un afiche cinematográfico. Cerca de la ventana hay un viejo escritorio de madera y una silla giratoria; sobre el escritorio resalta una lámpara de latón, con una pantalla verde que dirige la luz sobre los papeles que se amontonan al centro, el ordenador en que Dreamfield lleva a cabo sus operaciones y registros cotidianos, y algunos bolígrafos que están en un vaso de madera que le regalaron sus hijas, un día del padre que se pierde en su recuerdo; en un rincón hay un archivero en el que guarda un estudio que le encargó el banco; durante tres años le habían pagado una maestría para que dirigiera un equipo de profesionales que encontrara nuevas formas financieras a partir de las tecnologías disponibles en los últimos años; los resultados permanecían dentro de ese archivero, en varios cartapacios que nadie había leído todavía; cada vez que él observaba los cajones cerrados sentía dolor al pensar en el tiempo que había invertido para nada.

Confundido por los sentimientos que lo han tomado por sorpresa, Dreamfield se dirige a la puertecilla del librero donde oculta un bar, saca una botella de güisqui y vierte un poco en un vaso, con la boca abierta y las cejas a media frente, como esperando que sucediera un cataclismo. Tenía que ser un loco, un ser infinitamente melancólico, con un tumor pernicioso en las entrañas de la imaginación y una llamarada de voluptuosidad encendida en la base del espinazo (y más adelantito también) para que hubiera reconocido en la imagen fugaz de la mujer de blanco el

diseño ligeramente felino de sus pómulos, la delicadeza de sus párpados, el nacimiento del busto crispado por una respiración excitada, y otros muchos elementos físicos que la vergüenza no le permitía enumerar, pero que pertenecían al pequeño catálogo de los atributos mortíferos de las mujeres anheladas.

Toma un largo trago de güisqui. “Bebemos para olvidar tanto como para recordar”, dice. Un acto que resulta el anverso y el reverso de una sensación que de un lado se llama dicha y del otro sufrimiento. No acababa de esbozar la idea cuando, en un abrir y cerrar de ojos, recordó la escena que tanto le había inquietado de *Casablanca*. Volvió a experimentar el terror que le produjo la inminencia del regreso de Ilsa al Café de Rick. Era como si él hubiera intuido, desde ese momento, que ella traería consigo un lastre de tragedia, y esa intuición hubiera guiado sus sentimientos escena tras escena. El espíritu, la carga peculiar de la existencia de los amores de Rick e Ilsa gravitaban sobre él como una excrescencia, un fardo o una joroba; estaba predispuesto a sentir en aquel peso una aglomeración de cosas sin nombre que seguramente había llevado a costas desde mucho antes de ver *Casablanca*, pero que de repente, como un inefable testamento, se le hicieron patentes en la función a la que lo invitaron los señores Alarcón. La mujer que hacía un instante había perseguido — que ni era Ingrid Bergman ni se le parecía en lo más mínimo— se había convertido en el rastro de ese anhelo perdido: en la fatalidad, en la imagen de alguien que creía haber visto alguna vez pero de quien no recordaba nada. *Casablanca* se mezclaba con esa evocación y era como si algo —desdibujado, irreal— tomara forma en las actuaciones de Bogart y la Bergman. No recordaba haber visto unido tal rencor (el de él, Rick), ni tanta melancolía (la de ella, Ilsa), en la que un sueño resbalaba de los ojos a los labios. Tuvo que aceptar que su personalidad pastiche había estado en la mirada con que Bogart espera el regreso de su amante, y que ahora, la de Bogart estaba en él mientras quería reconocer a la mujer que cruzó fugazmente frente a la puerta de su oficina.

Sorprendido por un ruido, escuchó una lastimera voz preguntando al aire por una melodía. Apretó la botella con ambas manos hasta devolverla a su escondite y fue a sentarse a su escritorio. ¿De qué hablaba, si aquello se llamaba hablar?, ¿por cuál melodía preguntaba?, ¿a quién se la pedía? Brotaron una y otra vez, en la inmovilidad de su propio rostro, las pasiones que Rick ofrece en la pantalla en una especie de contra deseo, en el que pervertidamente está colgado el desencanto al que todo habrá de conducirlo. ¿No es el cociente del dolor suficientemente espantoso para que le agreguemos una dimensión artística?, ¿no son nuestras actitudes ya intensas de por sí como para cargarlas con un resto de ficción? Lo cierto es que a este señor llamado Miguel Horacio Dreamfield —sesenta añitos, un metro sesenta y tres, padre de dos hijas, amantísimo esposo— se le había asignado llevar a cabo en vida algo que solamente debería ocurrir en el cine, por lo que intentó imitar el gesto de desamparo de Rick que tanto le había atemorizado en *Casablanca*. Colocó el vaso con el güisqui entre sus manos, entrelazando los dedos se encorvó, y vio hacia el frente como si no

mirara nada. Por un instante sostuvo el vaso haciéndolo girar lentamente, esperaba que su tacto le trajera algún recuerdo pero lo único que alcanzó a percibir en la yema de sus dedos fue la sed de su corazón. No supo cómo, pero las palabras vinieron a su boca buscando el sortilegio que rompiera su inanición: “*I’m waiting for a lady, I know she is coming back*”. Una corriente eléctrica le entiesó las piernas, y en su mente, tal vez en su mirada, surgieron mil fantasmas. Imaginó a un hombre levemente parecido a él que estaba entregado al dolor del desamparo; lo vio como si estuvieran sentados frente a frente; tal vez se encontraba en la oscuridad de un cuartucho de hotel, quizás en el bar de Rick; estaba entristecido porque había perdido a una mujer, posiblemente ella lo acababa de dejar, quizá estaba a punto de regresar a un exótico país en guerra o una ciudad perdida que por indescifrables razones tenía que visitar. Fuera lo que fuera lo que le tenía así, Dreamfield creyó ver una huella de desesperación en los pliegues del desencanto que arrugaban su cuerpo. Permanecía allí, podía verlo a unos metros de distancia —inmóvil, trémulo y fantasmal, con la expresión nostálgica de los desvalidos— en aquel simulacro de consolaciones que estaba representado, confundiendo todo: la ternura que le había causado ese posible amor perdido con la pasión que podía sentir por otras mujeres, la desilusión con la indolencia, la agudeza con la memoria, el deseo con la melancolía. ¿Cómo era posible que con tanta claridad supiera que estaba en su oficina y al mismo tiempo se encontrara en aquel sitio lejano en que esperaba el regreso de una mujer infausta? “Pobre, no sabe que está viviendo el momento más feliz de su vida”, dice Dreamfield, “aunque en realidad nadie sabe que está viviendo el momento más feliz de su vida mientras lo vive”. Una insinuación atisbada en el sabor del güisqui le indicó que él (ya no Bogart, ni siquiera ese hombre inmóvil que observaba sumergido en el dolor) albergaba un añejo presentimiento, que el licor resbalando por su garganta parecía despertar haciendo que cada acto, todos sus pensamientos, la multitud de sentimientos que lo acosaban, tendiera a la ensoñación. ¿Regresaría la mujer de blanco para develar su identidad?, ¿estaba seguro de que lo haría?, ¿tan seguro como Bogart la noche de su entrañable desventura en *Casablanca*?, ¿volvería a vivir el momento más feliz de su vida? Se aferró a la esperanza que se había encendido en la boca del estómago, y recordó la imagen fugaz que cruzó la abertura de su puerta. “Uno no ve tantos detalles de una escena si está equivocado”, se dice. Aunque estuviera dispuesto a explicar la lentitud seductora que descubrió en la mujer como un malentendido debido a su miopía, el resto de sus sentidos no podían haberlo engañado en aquel instante crucial de su existencia.

El final de la tarde encuentra a Dreamfield frente al cine Bella Época. Ha ido hasta allí errando por barrios inconcebibles, deslizándose sobre calles saturadas de olores extraños, sorprendiéndose con los rincones inesperados que aparecían cada dos pasos, bebiendo de una botellita que guarda en la bolsa del saco, confundiendo lo que

ve con lo que imagina: las casas, los edificios, los prados, con otras casas, edificios y prados que desconoce o no recuerda. Cuando abandonó el banco, agosto se mecía en la copa de los árboles y el Paseo de la Reforma se ahogaba en los gritos de la multitud que se amontonaba para abordar los colectivos. Un autobús de la policía pasó rumbo al Obelisco que celebra la fundación de Santomás. La gente chifló y un grupo de universitarios coreó insultos con sonsonete repetido. Dreamfield los miró con desaliento. Se sentía mareado y no fijaba la vista en ningún lado. Echó a caminar con las manos en los bolsillos tratando de evitar un frío de huesos que se colaba a su alma. Tuvo la sensación de que se encontraba en otra ciudad, la de México, tal vez Buenos Aires, pero no en Santomás, donde ha transcurrido toda su vida. Pensó que era víctima de un efecto óptico en que las cosas aparecían reflejadas en un objeto deformante, todo familiar e irreconocible al mismo tiempo.

Eran más de las cinco cuando cruzó la plaza de Santelmo. Casi no había gente aunque algunos parroquianos empezaban a llenar sus sombríos cafetines. Se sentó en la banqueta, observó el viejo adoquinado de la calle y encendió un cigarrillo. Su gesto revelaba la desazón por todo lo que estaba pasando. Trató de dormir pero tenía los párpados llenos de imágenes flotantes, y una tenue luz, semejante a la de un candelabro, se acurrucaba al centro de su frente. Sintió los ojos irritados y los restregó para mitigar el ardor. Parecía hablar consigo mismo de las náuseas que le estaban volviendo en ese instante. Un grupo de jovencitas pasó gritando a su lado y él las miró con la vaga esperanza de que entre ellas estuviera alguna de sus hijas. Mientras las seguía con mirada esquiva, toda la amargura del mundo fue agolpándose en sus pupilas: sus hijas eran señoras bien casadas y hace mucho que dejaron la escuela. Las chicas desaparecieron en la esquina y él se quedó viendo el edificio que tenía enfrente. No era nuevo ni estaba cuidado, como todo en ese barrio, tenía una pátina de suciedad e indolencia que opacaba el otrora rojo brillante de sus ladrillos. Era un edificio marchito, como abandonado, mercenario y vulgar, de parecerse a algo era más bien a algo repelente aunque seductor, insidiosamente repelente y seductor, como el vicio. “¿Si viviera allí”, se preguntó, “sería más fácil que viniera a visitarme la mujer de blanco?”. No supo distinguir por qué, pero entre el cochambre reluciente en la fachada del edificio le pareció leer la palabra ilusión. Se levantó tambaleándose, daba la impresión de ser un tipo que acababa de salir de una enfermedad, feliz de estar levantado pero no lo bastante fuerte para mantenerse en pie; o de ser uno de esos madrugadores que salen a la calle so pretexto de que al que madruga Dios lo ayuda, pero que tienen la horrible tendencia de irse de bruces sobre su vecino en el colectivo.

Por un rato, Dreamfield se entretiene caminando por calles vagamente familiares, pero a medida que el tiempo pasa se van haciendo extrañas, hasta que tiene la certeza de haberse internado en un barrio desconocido. Por poco lo atropella un tranvía, se golpea la cabeza con un muro, y cae sobre el basurero donde acaba de tirar una botella. En un cruceo descubre una glorieta con un pedestal y una estatuita de no

más de cincuenta centímetros de altura; es casi imposible verla desde donde se encuentra y no hay manera de cruzar las calles para acercarse; resulta tan inútil haber colocado una figura tan pequeña en un lugar inaccesible a la mirada que siente que alguien lo quiere engatusar. “En qué ciudad tan arbitraria he envejecido”, se dice. El cielo empezaba a adquirir el tono anaranjado y azul que permitía el asalto de las primeras sombras de la noche. Imaginó que una cámara le encuadraba el rostro en un *close up*, que sus rasgos de cómico se disuelven en una mueca entre sincera y retadora mientras la lente se desplaza hasta la estatuita inútil. “Tal vez uno es como esa estatuita: estás ahí, en la glorieta, pero los transeúntes no alcanzan a verte aunque tú te creas el centro del mundo”. Levantó alternadamente los hombros como haciendo torpes prestidigitaciones, se palmeó las mejillas, y con las manos en los bolsillos empezó a silbar. “Una vez que uno empieza a resbalar”, agrega, “da lo mismo ser un poquitero que un desgraciado en grande”. Una sonrisa amarga sella en su rostro toda huella de memoria, y ya no sabe (ni quiere saber) a dónde lo llevan sus pasos: vaga como un barco al zarpar del puerto, evitando obstáculos ocultos en el mar. Se mete sin pensarlo al primer bar que encuentra, pero sus deseos son tan erráticos que más bien parece que entra buscando algo perdido que con el propósito de beber otra copa. Se descubre hablando con gente extraña de lugares que nunca conoció, con toda su vida confundida en cada diálogo.

De repente el bulevar de Los Niños Héroes se ilumina con el resplandor de las lámparas de neón y en pocos segundos la luz de la marquesina del cine Bella Época termina por adueñarse de su mirada. Dreamfield está bajo un farol y un escalofrío le hace percatarse de que lleva un largo rato ahí, como floreciendo en una encrucijada de voluntades. Tiene miedo, pero un pensamiento —volátil y vanidoso— lo enardece: necesita salirse de su casa para hacer un ajuste de cuentas con sus sueños. No sabe a qué hora concibió tan peregrina idea, y se pregunta si fue en el bar que acababa de dejar, si se lo sugirió un compañero de barra a quien confió sus desvaríos, o si había llegado espontáneamente a solución tan prodigiosa para el problema de su vida. El caso es que tiene la impresión de que lo han invitado a fugarse (aunque no sepa quién propuso la fuga) y no tiene más alternativa que aceptar. Más que invitación, reconoce con amargura, es una orden dada por medio de una ventriloquia trascendental, por la cual algo dicho en la imaginación debería ser obedecido en la realidad. Al abrigo de esa voz se ha calentado la tarde entera aunque el frío en los huesos no lo haya abandonado ni un instante. Un estremecimiento de autocompasión expresa su estado de ánimo, pero al cabo se vuelve un estremecimiento de hielo, de un hielo interior que no tenía nada que ver con que estuviera empapado.

Un perro pasa junto a él ladrándole a un ciclista que lo aleja de una patada. Dreamfield lo sigue con la mirada hasta que se topa con un pequeño letrero que está en una ventana: *Se renta departamento en el último piso. Informes con el portero*. Sus ojos recorren la fachada del Edificio Condesa hasta que encuentra el balcón que pertenece al piso que se alquila. Está en contraesquina del cine Bella Época. “Si

como se afirma, el demonio está en las coincidencias, *coincidencia* no es precisamente un vocablo kosher”, dice recordando la cara que ponía su abuelo cuando la fortuna le sonreía y murmuraba esa frase para ahuyentar la envidia de quienes lo rodeaban. Se le ocurre que podría rentar el departamento, presentarse con un nombre falso, pagar seis meses o un año por adelantado. Nadie le iba a preguntar nada si era capaz de entregar una suma lo suficientemente atractiva como para avalar su solvencia y ocultar su identidad. Un nuevo escalofrío hace que sus piernas tiemblen y vuelve a pensar que si quiere que afloren sus anhelos tiene que huir de su hogar y declararse un forajido. Quisiera detener sus ideas, pero conforme había avanzado el día dejó crecer la certeza de que tenía la oportunidad de realizar un festín desesperado, y aquel departamento podría convertirse en el set de su imaginada orgía. Vio la entrada del edificio, sus desgastadas paredes, y el vidrio roto de una ventana del tercer piso. Caminó por la acera de enfrente hasta ver, a través de la reja de la entrada, un patio donde varios prados simétricos daban la impresión de que la realidad espejeaba desde el fondo. El número 60 que aparece junto al zaguán le recuerda que *coincidencia* no es un vocablo kosher. “En unos meses esa será mi edad. Si supiera numerología estaría del otro lado”.

Se echó para atrás, aquella frase le hace volver a ser el hombre razonable, el banquero que todo lo analiza, y duda de lo que está imaginando. “¿De otro lado?, ¿en qué lado estaré?”. Desgraciadamente para él (o para la secuencia de sus reflexiones) descubrió la silueta de un hombre corpulento que se acercaba a la reja de la entrada. Mientras hurgaba en sus bolsillos se volvió hacia el sitio desde donde él lo veía. Por su mirada, por la sonrisa que iluminaba su rostro, parecía darle la bienvenida desde la otra acera, como si hubiera repetido ese rito todas las tardes, una tras otra, esperando que por casualidad se cruzaran sus miradas. Era como un Dreamfield entre bambalinas, un poco más fornido, es cierto, que vestía como a él le hubiera gustado vestir: con un hermoso traje de *tweed*, camisa beige con cuadros rojos muy pequeños, corbata de lana, y un sombrero de fieltro con el ala rígidamente curvada hacia abajo. No creo que seas tú, dice Dreamfield, tendría que escuchar tu voz como la escuché el otro día en el Bameret y no la escucho; ¿Y por qué crees que te voy a hablar?, dice el otro, eres tú quien debería hablarme, eres tú quien me busca, no yo. Lucía un gesto amigable a pesar de la barba mal rasurada y el pelo alborotado bajo las alas del sombrero. En su boca sobresalían los dientes de una sonrisa burlona en todo su esplendor. ¿De verdad no sabes quién soy si tantas veces has soñado conmigo?; No, no sé quién eres, o mejor, no me acuerdo cuándo nos conocimos; Es una tontería que lo digas, ¿cómo no te vas a acordar de mí si siempre me has tenido al lado? Era una mezcla de protagonista de alguna novela de Fitzgerald con el de un cuento de Hemingway, cuya voz estaría entre la de Montgomery Clift y la de George Raft. “A la realidad le gustan las simetrías, como diría Borges”, murmura Dreamfield entre dientes para interrumpir el diálogo en que se ha embarcado, pero es inútil, el otro continúa hablando como si nada. Deberías verme a los ojos y reconocerme de manera

franca; Te veo, de eso no tengas duda, pero no hay nada franco en ti, si nos atenemos a lo que dice el diccionario, franco es o ciudadano de origen francés, o algo sencillo y sincero, y tú serás cualquier persona pero no eres ni sencillo ni sincero ni pareces francés; Cuidado con lo que dices, que acabarás por adjudicártelo a ti mismo, ¿acaso no has oído hablar de la ley de confabulación de los objetos? No acababa de descifrar esta sentencia cuando sintió que uno de los dos habitaba un mundo atroz, y que tal vez uno u otro se encontraba en ese otro lado que podría revelarle la numerología. “Parece que se hubiera detenido el tiempo”, dijo Dreamfield, y de inmediato se percató que era una frase emigrada del sueño que tuvo la noche anterior para instalarse en ese momento. ¿Sería ese hombre de mirada obstinada el mismo que se alejó tomando de la cintura a la chica que lo había acompañado hasta la casa de sus padres?, ¿todo se debía a que la dichosa ley de confabulación de los objetos había empezado a controlar la realidad?, ¿el origen, el motor, la combustión de esa ley fue su sueño? Ante sus ojos, su propia sonrisa puesta en el rostro de aquel sujeto cobró un aspecto alucinante. Un camión pasó frente a él, ocultó la figura del hombre corpulento, y Dreamfield tuvo la esperanza de que desaparecería de su vista, o que cuando menos lo vería correr como Charlie Chaplin, dando en la esquina brinquetes sobre una pierna antes de alejarse para siempre. Pero no fue así, el tipo seguía ahí, con un cigarrillo en la boca y un cerillo encendido cerca de la cara. El fósforo trazó en el aire una parábola de luz y su rostro quedó oculto tras el punto rojo del cigarrillo. Aspiró varias bocanadas profundas hasta hacer brillar su cara de mago a la luz de la colilla. ¿Te has puesto a pensar que podría ser obra tuya?; ¿Mía?; Sí, tuya, es más que probable que tú me hayas creado y yo exista gracias a tu voluntad. Dreamfield vio sus ojos vivos y escrutadores, como si quisieran obligarlo a que reconociera su responsabilidad en ese encuentro. La luz, rebotando en todas partes, vino hacia sus ojos para desaparecer enseguida. Ante su estupor, el hombre dio media vuelta y entró al Edificio Condesa. El número 60 adquirió una significación malévola, una significación revolucionaria, rebelde, signo de que la confabulación de los objetos había empezado.

¿Había convocado otra alma o sólo el lado oscuro de su alma?, ¿era eso lo que significaba tener un doble? Pensó que la relación que había guardado con aquel hombre —con él mismo, o en todo caso con aquel otro que también era él mismo— sería como la que guardaban el sol y la luna: nunca se habían perdido de vista pero nunca, tampoco, habían podido observar su cara oculta. “Siempre hemos girado uno en torno del otro con movimientos isócronos, observándonos al tiempo que escamoteamos nuestras ilusiones”. Todo resultaba incierto, ni lógico ni absurdo, a medio camino entre la luz y la sombra. “Si de veras fui yo su creador parece que me hubiera servido de un muñeco desproporcionado para darle vida”. Sacó la botellita de a cuarto del bolsillo y dio un trago largo como si quisiera emborracharse hasta el punto de una lúcida sobriedad. “Lo que ocurre”, dijo pensando en aquel hombre, ahora desaparecido tras la puerta del Condesa, “es que el mundo de las ilusiones está

escondido en un alma gemela a la que nunca le hemos visto la cara”.

Si siempre se observó desde un punto remoto de su imaginación, estaba seguro de que ahora se vio ocupando otro sitio: en esta ocasión no hubo fantasía, hubo *otra* realidad frente a su mirada. Curiosamente este razonamiento —llamémoslo así, razonamiento, sin profundizar demasiado en su naturaleza— predispuso su ánimo para que deseara enfrentar a sus fantasmas, pero al recargarse con indolencia en el poste de un farol, con una mano sosteniendo su cabeza como si intentara evitar que se le escapara, sintió que su mirada se helaba atrapada en un gesto de recelo. ¿Era posible que la escena central de un filme, dos frases dichas al azar, lo hubieran trastornado al grado de que había encontrado a su otro yo —a su doble— para que viera la cara oculta de sí mismo? Dreamfield tenía la impresión de que siempre había conocido esa fuerza, el misterio, o mejor, la fuerza del misterio que le impediría conducirse con maldad, pero ¿qué haría si la fuerza, el misterio de esa fuerza, se derrumba y la balanza se inclina hacia el mal?, ¿sería capaz de discernir su naturaleza, o estaría a merced del otro misterio, ése que muchos llaman el lado fáustico de los hombres?

De donde pudo, Dreamfield tomó fuerzas y se echó a andar zigzagueando. Dos cuadras más allá estaba frente a una nueva cantina tratando de diferenciar el alboroto de unas fichas de dominó de los gritos que venían de todos lados. Parecía que estaba yéndose de este mundo, como si su vida se hubiera vuelto una historia de terror. ¿Hasta cuándo durará este desvarío?, ¿cuándo se atreverá a irse de su casa?, ¿cómo se lo dirá a su mujer?, ¿bajo qué excusa le esconderá su huida? Tiembla antes de abrir la puerta, siente miedo y entusiasmo, el miedo y entusiasmo que produce el deseo desconocido. Da el último trago de su botellita y se percata de que no está tan borracho como parece y que apenas ha iniciado su delirio.

Nunca pasará de moda el brillo de la luna

Imaginemos a Dreamfield despidiéndose de su esposa. Han pasado varios días, tal vez han transcurrido dos o tres semanas desde que descubrió que en el Edificio Condesa se rentaba un departamento. Estamos, en el crepúsculo de una tarde de septiembre, frente a la puerta de su casa. Una ligera niebla cubre el sol que se insinúa con tenues sepias en los espacios abiertos de la calle y con negros que cambian tímidamente por azules esfumados en los rincones. Por las arrugas bajo la nuca, el ceño fruncido y las manchas en la calva, pueden ustedes descubrir, señoras y señores, que nuestro héroe tiene presente (dijéramos que como una idea mnemogénica) a la mujer de blanco cruzando por el callejón de luz de la puerta entreabierta de su oficina, y seducido por esa imagen —etérea y sensual— está siguiendo un plan que parece proyecto de campaña: alquiló el departamento del Edificio Condesa aunque se encuentre a sólo dos cuadras de donde vive y será muy difícil que no se tope alguna vez con su mujer. No le importa, está decidido a dejarse llevar por sus delirantes ilusiones, y en los últimos días surtió la despensa con latas y botellas de güisqui. Sigilosamente fue comprando algunos muebles (una mesa, dos sillas, una cama, un pequeño refrigerador), que llevó en una destartada camioneta que consiguió en el mercado de Medellín. Finalmente sacó alguna ropa del ropero sin que nadie se diera cuenta del pequeño hurto.

Yo lo conocí en una de esas furtivas visitas. Me encontraba sentado en una de las escaleras que cada cincuenta metros conducen a las nueve secciones de tres pisos con los que cuenta nuestro edificio, cuando él apareció entre los prados simétricos del patio interior y caminó hacia mí. Me llamó la atención su mirada asustada, las orejas coloradas, y el gesto que hacía volviéndose sobre su hombro para comprobar que nadie lo seguía. No presté demasiada atención a su saludo, me dio risa pero no noté nada especialmente extraordinario en él. ¿Cómo iba a imaginar que venía de una sucursal de su banco en la que había retirado sus ahorros, *por lo que pudiera ofrecerse*, pues al poco tiempo (ese día en que lo estamos viendo en la puerta de su casa) pasará la primera noche en su nuevo domicilio?

Sonriente y distraído, como si no viniera a cuento, le repite a su mujer el nombre de la ciudad a la que se va. El Director General, agrega a modo de justificación, le pidió que analizara *in situ* la factibilidad de otorgar unos créditos para el agro. Al principio piensa que una sola noche será suficiente (y así se lo hace saber a su esposa), pero a causa de un acelerado latido de su corazón le suplica que no se alarme si se demora cuatro o cinco días. Sólo una parte de él parecía estar ahí mientras que el resto se había convertido en un observador de la escena en que justifica su fuga. La señora Dreamfield, por su parte, no se inmuta (es el tipo de mujer que cree que todo lo que se hace con cara seria es razonable), y aunque quisiera averiguar la duración del viaje y la hora del regreso de su marido, guarda silencio pues conoce el poder de su mudez recriminatoria. A ninguno de ustedes le extrañará por lo tanto que, complaciendo su amor al misterio, sólo interrogue a Dreamfield con la mirada y se limite a alcanzarle el maletín negro. Su equipaje consiste en dos mudas, algunos

libros, un estuche de aseo, la cartera con las fotos sus padres, y la de una tía (a quien no conoció pero que había admirado desde que le dijeron que murió en un maratón de tango), y la gabardina beige que lleva colgada del brazo.

Cuando está a punto de decirle adiós y darle un beso de despedida, Dreamfield (o lo que queda presente de él) observa a su mujer. Le parece que sus gestos se diluyen en el recuerdo. Su rostro contraído tiene una expresión nueva, como pintada sobre otra que no puede recordar. ¿Cómo era aquella expresión primitiva?, ¿cuál era su imagen cuando se casaron?, ¿de veras se parecía a Katharine Hepburn? La costumbre ha transformado su memoria, no sólo él y ella son más viejos sino que el retrato mental que guarda de ambos ha envejecido, y las pocas ideas de su juventud le llegan con una luz asustadiza.

Antes de conocerla, Dreamfield se había casado con una compañera de escuela a quien frecuentaba desde niño, su compromiso había sido una suerte de pacto de kermés hecho entre sus familias. Su matrimonio no duró más de seis años, los mismos que habían sido novios. Se separaron de común acuerdo, con unas cuantas recriminaciones de por medio, respetando la amistad que se habían jurado desde siempre. Se casó de nuevo dos años después porque conoció a una chica que, a pesar de ser rubia, era idéntica a Katharine Hepburn. Se topó con ella en la escalera del edificio donde vivían sus padres y de inmediato quedó cautivado por su belleza. Había ido a visitar a su familia en una de las tantas fiestas religiosas que celebraban juntos, pero como tenía otro compromiso salió de prisa y chocó con la joven en la escalera. Después de intercambiar alguna frase (con la que se pidió perdón por haberla atropellado), se alejó mientras repetía: “Es igualita a Katharine Hepburn”. Sintió que el futuro se sesgaba. Sus padres, que conocían a la familia de la chica de tiempo atrás, concertaron su compromiso sin dificultad en muy pocos meses. Mientras tanto, Dreamfield se las arregló para concertar citas a solas con ella, y poder decirle cuánto le había impresionado su belleza. Al poco tiempo, cuando todo estaba formalizado, empezaron a besarse y acariciarse en los pasillos de su casa. La madre de su novia era una viuda que a propósito de nada contaba que en una época remota de su vida había sido amada con locura, lo que le había dejado un carácter atolondrado que no acrecentaba el brillo a sus grandes ojos negros de emigrada del Cáucaso. Una vez a la semana, Dreamfield y su novia jugaban *gin rummy* con ella, y entre tanda y tanda, la vieja les platicaba de la fiereza (así decía) de su difunto marido, quien le hacía el amor a cada rato aunque tuvieran que guardar la abstinencia impuesta por las fiestas religiosas.

Esta vez, el noviazgo de Dreamfield fue corto, demasiado corto tal vez, y cuando visitaba a su novia le repetía como cantaleta que era igualita a Katharine Hepburn, ante la complacencia de su madre, que bordaba un rato a su lado, para después dejarlos solos y que “no se sintieran cohibidos”. La chica alegaba que no se podía parecer a la Hepburn porque era rubia, y Dreamfield le contestaba que, después de todo, la llamada *diva de la arrogancia* tenía el pelo castaño y que ese sería, al cabo

del tiempo, el color de su cabello. Tuvieron una boda discreta que se celebró en casa de unos amigos, tal como él lo había soñado siempre. Dreamfield tenía horror a las convenciones, tal vez porque su comportamiento era muy convencional. Podría decir que los primeros años de matrimonio fueron de escándalo, que su relación fue tan festiva y sensual que los ayudó a superar las diferencias de sus puntos de vista. Dreamfield reconoce esta tarde de su despedida un estremecimiento al aceptar que si su vida marital empezó con grandes expectativas, con el tiempo se redujo a unos cuantos momentos de tono más bien íntimo, en que la amistad fue la cadena que lo unía a su esposa, y que tuvo razón, su cabello ya era castaño claro: igualito al que luce Katharine Hepburn en *La Reina Africana*.

Ante esa serie inconexa de imágenes que se le han venido a la cabeza, Dreamfield esboza una sonrisa que alborea (a través de la mueca que tuerce sus labios) como un sol distante, mientras vuelve a advertir a su mujer que su viaje no será muy largo y que podrán contar con él para la cena del Sabbath. No miente, él mismo quisiera que esta aventura fuera lo más corta posible, pero limitarla a lapso tan breve lo hace sentir un cobarde. ¿Por qué referirse al fin de semana como fecha límite? Tal vez para no herir a su esposa, tal vez para salir del paso con una fórmula sobada, o porque en el fondo está inseguro de lo que puede suceder. En cualquier caso, tiende la mano derecha y ella le entrega las suyas, cambian un beso que corresponde a un matrimonio de treinta años, y ya tenemos a Dreamfield dispuesto a poner de cabeza al Universo. El chasquido de la puerta se convierte en la cifra del tiempo que abandona, y aunque ella vuelve a abrirla y a través de la rendija ve su cara, su imagen se desvanece sin dejar huella. ¿Pueden los afectos ser tan frágiles?

Da dos pasos de espaldas. No siente tristeza, sólo pena, sabe que nunca volverá a sentir este pudor que lo atenaza, ahora que ha estado, tal vez por última ocasión, cara a cara con una mujer que sabe todo acerca de su vida. El daño está consumado y el tiempo hecho trizas. Quisiera encontrar una fórmula para evadir las consecuencias del perjuicio que se ha infligido, cuando a su mente viene el sonido de la voz que escuchó hace poco frente al Edificio Condesa: ¿Te has puesto a pensar que podría ser obra tuya?, había preguntado su doble; ¿Mía?, contestó él atónito; Sí, tuya, es más que probable que tú me hayas creado y yo exista gracias a tu voluntad. ¿De veras era responsable de la existencia de su otro yo?, ¿gracias a esa voluntad está abandonando su casa? Dreamfield recordó los ojos —vivos y escrutadores— que lo miraban como si buscaran obligarlo a que aceptara su responsabilidad en el encuentro que lo llevó a esta despedida, y se pregunta si se parecen en algo a los de su mujer, esos ojos que lo miraron por última vez antes de que la puerta de su casa se cerrara para siempre.

Mientras avanza a lo largo de la calle intenta acomodar los pedazos triturados de su conciencia. Cuando siente las primeras gotas de lluvia se pone la gabardina, levanta el cuello y prosigue su camino. Siempre había pensado que para abandonar a alguien que se ama, la gente comprendía *primero* que vivía un amor desdichado, pero no era así: con una pareja las cosas pueden ir mal a pesar de que uno se sienta bien, y

cuando nos damos cuenta tenemos que plantearnos, *luego*, si somos o no felices. “La vida es como un juego de ajedrez, nunca sabes qué sorpresa te deparará la casilla que ocuparás en tu siguiente movimiento a pesar de que tengas tu juego planeado”. No puede decir que sea una idea nueva, alguna vez había pensado que, como si la vida pudiera equipararse al ajedrez, había experiencias que le dejaban la sensación de haberlo trasladado a un sitio desconocido donde experimentaba un golpe de conciencia tan grande que sentía que a partir de ese momento iba a llevar la vida de alguien que no era él, o ese alguien iba a volver a vivir la vida que él ya había llevado. Es una sensación que explican muchos ajedrecistas: un movimiento de una pieza cualquiera los hacía intuir que a partir de ese movimiento empezaban a jugar —de nuevo— ésa y todas las partidas que hasta ese día habían jugado como si fueran un jugador diferente. Dreamfield no sabía exactamente por qué ni desde cuando aplicaba esa enseñanza a su vida: de repente se encontraba en una situación —en una casilla, digamos— en que creía que lo que le había sucedido en el pasado, o estaba por sucederle en el futuro, se presentaba ante su mirada incrédula como si se hubieran mezclado, como si el pasado fuera el futuro o ya supiera lo que va a suceder en los siguientes días. “Lo imaginario no es lo irreal”, decía, “lo imaginario es lo posible, lo que todavía no es, pero que en esa proyección aparece, al mismo tiempo, como lo que existe y lo que no existe. Lo imaginario es la ilusión de ser, de convertir en realidad todas las posibilidades”. Precisamente eso le pasaba mientras se alejaba de su casa: no sabía si quien había sido hasta ese día sería el mismo hombre a partir de esa noche, o si otro hombre volvería a vivir todo lo que ya le había sucedido a lo largo de su vida. Tiene la sensación de que la existencia que ha llevado —su existencia *real*— es una suma de lo que es ahora y lo que no ha sido en el pasado, de lo que ha hecho y lo que había dejado, por decirlo así, como flotando en el éter, y que de ahora en adelante será, o querrá ser, esa suma. De nuevo, señoras y señores, se presentaba la duda que lo martiriza: ¿qué tendría que hacer para *ser él mismo*?

Hemos llegado a un instante central de mi alegato, y eso me obliga a señalar que estas especulaciones que lo atosigan se deben a que Dreamfield no sabe que ha vivido, o está viviendo, una epifanía. Déjenme explicarme. En su expresión literal las epifanías son la manifestación inesperada de algo; en el plano literario, en cambio, se las considera una experiencia mística, donde la aparición de ese algo nos permite tocar los límites de lo sagrado. Tomemos un ejemplo memorable para la historia de la literatura: el 10 de junio de 1904 James Joyce se topó con Nora Barnacle cuando paseaba por Nassau Street, en su natal Dublín. Intercambiaron unas cuantas palabras y quedaron de verse a los pocos días. Joyce tenía veintidós años y Nora veinte. Esa noche él escribió que había visto una interminable cabellera rojiza. Se volvieron a encontrar el 16 de junio, y ocurrió algo tan trascendental para Joyce que dedicó su vida a descifrar en sus novelas lo que había vivido con esa mujer desconocida. ¿Lo que apareció ante él era una ilusión o, por decirlo con otras palabras, era semejante a lo que muestra un mago cuando hace un truco frente a la mirada atónita de su

auditorio? Más o menos, pero preferiría expresarlo de la siguiente manera: en el instante que Joyce conoció a Nora Barnacle cayó en la casilla donde un presente cargado de futuro era una promesa de recuerdos, e intuyó que además de sí mismo era Homero y Racine; que Leopold Bloom, el personaje que crearía en el futuro, sería tanto Ulises como un dublinés cualquiera, y que Stephen Dedalus (el artista adolescente que había aparecido en su primera novela) podía ser simultáneamente Telémaco y el joven Joyce. Dio forma de esta manera a su vocación de novelista, y en sentido estricto (no sólo en el instante en que encontró a la Barnacle, sino de ahí en adelante) fue todas las opciones y todos los autores: el tiempo y el recuerdo, la realización y el anhelo, lo cierto y el olvido, y describió cada instante de aquel 16 de junio como si narrara las aventuras de Odiseo mientras volvía a Ítaca^[7] lo que hasta entonces le parecía intrascendente se volvió fundamental. Es la paradoja que encierran las epifanías: eliminan la morosidad de lo banal. No estaba engatusado por el arte de un mago, él mismo se había convertido en mago.

A primera vista lo que vivió James Joyce con la señorita Barnacle fue un enamoramiento común y corriente, no muy distinto de otros enamoramientos, pero si hacemos un análisis de cómo lo recreó en sus novelas, nos daremos cuenta de que algo más intenso, de mayor calado, ocurrió entre los dos, y podríamos deducir que posiblemente hay dos tipos de enamoramiento. En el primero y más general, un hombre queda cautivado por una mujer que parece esconder todos los enigmas de la vida. Nos maravilla el misterio, lo ignorado que nuestra amante representa, y nos enamoramos porque creemos que ella será la clave que nos permita descifrar el misterio de la vida. En este tipo de amor importa el futuro, lo desconocido, el porvenir. Hay otro modo de enamorarse que ocurre cuando conocemos a alguien que nos provoca la sensación de conocerla de tiempo atrás, alguien que parece que siempre hubiera estado cerca de nosotros pero que de repente ha tomado el cuerpo de la mujer que recién hemos encontrado. Ese amor, lo sabemos desde el primer instante, no va a transformar el futuro sino fundamentalmente el pasado. Gracias a lo que hemos llamado epifanía —y el enamoramiento puede ser una de ellas— nos damos cuenta de que tiempo atrás, al tomar un camino definido habíamos dejado vivas otras alternativas, y nos percatamos de que cuando decidimos, por ejemplo, casarnos, nuestra vida de soltero no había acabado del todo sino que había quedado suspendida en el éter; que en otra situación, digamos al divorciarnos, al parecer dejábamos inacabada nuestra vida de casado, pero que de alguna manera incomprensible había seguido latente en algún lugar etéreo de nuestra conciencia. En ambos casos, la existencia que hemos llevado —nuestra existencia *real*— es una suma de lo que somos y lo que no hemos sido, de lo que hemos hecho y lo que hemos dejado flotando en el éter: somos al mismo tiempo el casado y el soltero, el divorciado y el casado, el olvido y el recuerdo, pero sólo nos damos cuenta de esta multitud de existencias cuando vivimos una epifanía, porque gracias a esa experiencia hemos caído en la casilla donde convergen todos los tiempos. La epifanía

es una vivencia tan potente que sentimos que las personas que no fuimos cohabitamos con las que sí fuimos, y que somos a la vez, uno y muchos más.

Volvamos entonces, con este bagaje teórico, a nuestro relato: cuando Dreamfield se casó con la joven que se parecía a Katharine Hepburn dejó pendientes, por decirlo así, los amores con las Greta Garbo, las Lana Turner, o las Ingrid Bergman a quienes podría haber conocido. Tenía un pasado pendiente —un no pasado— que lo había acompañado siempre, y que acaso acentuaba su presencia cuando sentía que había dejado algo afuera de la puerta. Era una sensación que tenía que ver con el cine, pero es igualmente probable que estuviera relacionada con los amores desperdiciados que se habían aglomerado en su conciencia. Un día, sin embargo, por la casualidad de una película —su epifanía— reapareció el no pasado, y eso que estaba suspendido en el éter se presentó como algo vivido y no sólo imaginado. “Lo imaginario es la ilusión de ser, de convertir en realidad todas las posibilidades”.

Su caso, en más de un sentido, vuelve a ser extremo: una película le permitió montar y desmontar su propia vida para abrirla a todas las posibilidades. La palabra *permitir es*, si ustedes quieren, inexacta, pues nunca hubo una intención precisa en sus actos: al ver la escena crucial de *Casablanca* (en el instante previo al *flashback* que explicaría la trama) dejó de tener libertad para elegir y apareció un pasado que se había conformado a sus espaldas esperando el momento de aparecer sin que él tuviera otra opción que aceptarlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Nada, imitar a Joyce, pero como no tenía su vena, como su genio no era literario, no escribió una novela sino que se obligó a hacer de su vida una película, o al menos intentarlo.

No quiero ni de lejos sugerir que estos fueran los pensamientos que Dreamfield albergaba mientras se alejaba, sin apresurarse demasiado, de su casa, pero sí, que lo más probable es que tuviera al menos la vaga conciencia de estar buscando algo que existe engatusado en el pasado, y no puede, por tanto, dejar de pensar en lo que va dejando atrás: el caldo con bolas de matza de los jueves, el emparedado de pastrami que encontraba en la cocina cuando llegaba tarde, los trajes pendiendo en el guardarropa (donde su cuerpo parecía rígidamente multiplicado en una sucesión de formas con los hombros cuadrados), la bañera con sus grifos de bronce y patas de garra de león en la que se recuperaba de las largas horas de trabajo, la copa de la noche (un buen vaso de Balvenie para hacer andar los motores auxiliares), que en alguna época repetía frente al televisor viendo la última película que transmitían en la madrugada, pues hubo un tiempo en que acostarse sobrio antes de las dos de la mañana fue para él una derrota. A sus espaldas quedaban las incontables pláticas del viaje de luna de miel que hizo con su mujer a Israel, del que después de agotar los recuerdos tanto él como ella habían empezado a adornar con detalles inventados. Quizá hasta ese momento se percató de que su vida de casado había derivado en una serie de instantes nutridos de un cómplice compañerismo, alentados por una ternura teñida de romance. Qué curioso, se había casado en primeras nupcias con una amiga, y había acabado en las segundas haciendo migas con alguien de quien estuvo muy

enamorado. ¿Podría comenzar de nuevo, desde cero, para que la vida fuera diferente a como ha sido hasta ese día? “Ya no tengo edad para nuevas aventuras”, se responde, sólo para preguntarse de nuevo cuántos años le quedarán por delante antes de que el destino le pise los talones, ¿diez, quince, cinco?, cualquiera que fuera la cifra representaba la última etapa de su vida y no quería gastarla en vagas amistades sino invertirla en algo fructífero. ¿Invertir la vida?, ¿invertirla en qué?, sigue preguntando con atenuada desesperación. En su imaginación —en dónde más— invertiría en su *imaginario* esos años que le quedan para descubrir que todo lo que no había vivido podía convertirlo en realidad. “Voy a derrochar mis últimos años en transformar mi pasado”. Lo que le lleva a pensar, de manera igualmente irracional, en el número 60 —la dirección del Edificio Condesa, la edad que tendrá en pocos meses— y en el significado de la palabra derrochar. ¿Habría alguna razón numerológica que anticipaba en 60 la idea de derrochar?

Es un ignorante en estos temas, como ya sabemos, y lo más probable es que sólo buscara justificar su desvarío, pues como no era para nada joven, emprender esa aventura requería que la justificara. A veces le dolía la columna vertebral, un disco abombado le producía un intenso dolor de pantorrillas, la falta de vesícula biliar le ocasionaba vértigos, su próstata estaba en declive, y los riñones empezaban a jugarle malas pasadas: era un hombre de sesenta, es verdad, pero se sentía poseído por un joven de dieciocho, o mejor: aún con esos sesenta años se sentía poseído por el ánimo de derrochar los años que le quedaban enfrente como si sólo tuviera dieciocho.

En síntesis, señoras y señores, Miguel Horacio Dreamfield era un hombre que, a pesar de que estuviera entrando en la vejez, aseguraba que la aventura que estaba a punto de emprender podría compararse con un viaje de juventud, como el que en 1924 emprendió André Malraux a Camboya, o con el que hizo André Gide al Congo un año después, para no citar el que llevó a cabo el mítico Paul Nizan a Adén, en Yemen (que registró en una novela que a pesar de pertenecer a la mejor literatura existencialista está olvidada). Sí, justificado o no, lo suyo tiene el carácter de las grandes empresas, y se siente como Antonin Artaud cuando, ascendiendo por la sierra tarahumara del norte de México, iba en pos de lo imposible.

Al llegar a la esquina observa la avenida apretujada de viejas casonas convertidas en cafetines, sastrerías, restaurantes o *drycleanes*. Ni el camellón del bulevar de Los Niños Héroe parece conservar algo de lo que tuvo en el pasado, convertido en improvisado estacionamiento de automóviles en batería. Solamente se oye el silbido del viento y el ruido de un periódico que es arrastrado por el suelo. A las fachadas se sobrepone la imagen de una calle derruida y polvosa, con un bar iluminado débilmente. Intenta identificar el sitio del que se trata, pero la visión desaparece y vuelve a observar las fachadas descoloridas, atrapadas por la neblina. Se pregunta si así vio esa calle hace treinta y seis años, cuando llegó a comprar su casa, si le produjo melancolía pedir el préstamo que lo comprometió durante diez años a pagar una mensualidad irrisoria pero que para él fue una fortuna. Supone que hubiera podido

botarse en güisqui el dinero que dio de enganche, y que ahora está en la misma situación en que podría haberse encontrado entonces: con los sueños por delante y el miedo calándole los huesos.

Al final de la calle un grupo de chiquillos suspende un partido de fútbol. La lluvia empieza a arreciar y entre gritos los niños corren a refugiarse bajo un tejado. “Se van a poner a cantar”, piensa Dreamfield. Le parece admirable que a la menor provocación suponga que la gente puede sentirse en una comedia musical, que le daba un aire cómico a la calle pero que también parecía desvelar la tragedia que estaba viviendo. “Sobreponerme a esta separación debería tener un efecto dramático”. Suelta una carcajada que le recorre el cuerpo hasta adormecerse en la boca del estómago. La cabeza le da vueltas inundada de un *swing* que suple el olor húmedo del pasto y las voces de los chamacos. Abrocha el primer botón de su gabardina y atraviesa la calle entre goterones. Ve algunos rebotar sobre el pavimento convirtiéndose en efímeras imágenes de una corona, y se le viene encima, un poco a contramano, una angustia, una especie de reciente culpa, una niebla de sentimientos en que la tristeza brilla entre la bruma, y lo envuelve como el recuerdo de otra persona —eso, *como el recuerdo*— que hubiera sido misteriosamente suya. No se detiene, sin embargo, hasta hallarse en la puerta del Edificio Condesa. Debe traslucírsele la mezcla de buen humor con cierta melancolía que esta sensación le ha producido, porque un hombre que pasea con un perro lo saluda cordialmente como si lo conociera años ha.

La noche pasa y Dreamfield siente que alguien a su lado habla por él. Es una voz que, adueñada de la situación, murmura a su oído: No prendas la luz, delítate en la oscuridad. Está sentado en una mesa solitaria, al centro de la estancia, cerca de nada. Las paredes son blancas y el piso cuadriculado, con grandes mosaicos de granito blanco y negro. Es el principio, Miguel, ya nadie nos detendrá; ¿Nadie?, ¿de veras no habrá nadie?; Te lo aseguro. Al fondo queda la recámara y frente a él la puerta de la entrada. No hace ningún gesto, es más, no sabe qué gesto hacer. Sobre la mesa hay una cubeta con hielos, un vaso y dos botellas del güisqui que sigue tan campante. Pone hielos en el vaso, abre una botella y vierte su contenido con el vaso inclinado, como si quisiera evitar que se formara una capa de espuma en el licor. Tengo que agradecerte estar aquí; Ni lo digas, es cosa de los dos. El tinte de la soledad pinta sus pupilas como si fueran un lago en que se reflejara la quietud de su piso.

Como asegura un libro tibetano que le pasa a los que van a morir, su vida transcurre frente a él como si la estuviera viendo en una pantalla, con la ventaja de que alguien la ha editado para su mejor comprensión, y las tomas se van multiplicando para que elija las que mejor se ajusten al futuro que le aguarda. Ve un gran *close up* de su rostro mirando a un teléfono como si esperara una llamada. Observa la plaza de Santelmo, apenas iluminada por un farol, enfocada en el lento

dolly de una cámara que se detiene exactamente en la fachada cochambrosa del edificio donde creyó leer la palabra *ilusión*. Corte al Paseo de la Reforma a la hora del crepúsculo donde puede ver un limpiabotas hojeando el periódico. *Long shot* del cine Bella Época, con mucha gente agolpándose en la puerta para entrar a ver *El tercer hombre*. Un corte más hacia sus hijas sentadas a su lado mientras ven la televisión; están transmitiendo *Yo quiero a Lucy*, un programa todavía en blanco y negro de los muy remotos años cincuenta, se ríen a carcajadas, Desi Arnaz les cae bien, les caen bien los vecinos, tienen debilidad por Lucille Ball porque dice y hace chistes que se están perdiendo, si no en la noche, sí en el atardecer de los tiempos. Se ve a sí mismo a punto de dormir, cuando de repente algo lo sobresalta; le parece escuchar un ruido en el cuarto de las niñas; no lo puede creer pero cuando se presenta en su recámara escucha que su hija mayor pronuncia ocho o diez veces un nombre que no comprende; tiene una voz gutural, muy distinta de su voz habitual; él se queda parado junto a su cama hasta que ella deja de hablar; luego escucha nuevos ruidos, voces, el silbar del viento, un ladrido lejano, y le parece que nunca ha tenido tanto miedo. Nuevo corte a una playa en la que una pareja tendida en la arena se abraza bajo el cobijo de la luna; piensa que son Burt Lancaster y Deborah Kerr en *De aquí a la eternidad*, pero de inmediato se reconoce besando a una camarera que le gustó durante un viaje de negocios pero con la que nunca cruzó una palabra.

Disfruta la placentera sensación que le produce la borrachera. Escucha *As time goes by*. Ha puesto un disco en un aparato que no recuerda dónde compró. Traduce la letra aunque en español no suena bien, casi ninguna canción suena bien en español. “Debes recordar esto: un beso es siempre un beso”. La voz —ahora sí es su voz— es la que canta en su memoria acompañando la inconexa serie de imágenes que desfilan frente a él. Seguramente no pudo conseguir la versión original, pero ésta, un tanto de piano bar, le va mejor. “No importa lo que traiga el futuro”, murmura como un eco que da sentido a ese momento, y se pregunta cómo se traducirá *As time goes by*: ¿a través de los años?, ¿mientras el tiempo se va?

Se siente extraordinariamente bien, esa noche toma todo lo que sucede con alegría. Se ve manejando un chevrolito del cincuenta y ocho. Va rumbo a los grandes llanos del sur de Santomás, donde los pastizales se pierden en el horizonte. ¿Te acuerdas de aquella cantina?, dice la otra voz, ¿dónde quedaba la casa que buscabas?; No lo sé, ¿cuándo fue?, ¿tú te acuerdas?; Desayunaste en una tienducha creyendo que seguías las huellas del cónsul Geoffrey Firmin que por un tiempo fue tu héroe; No me acuerdo, de veras, no me acuerdo de nada; Cómo es posible que lo hayas olvidado si *Bajo el volcán*^[8] te metió en su laberinto aunque muchas páginas te las pasaste de noche, ¿recuerdas el juego en que imaginabas quién lo interpretaría si se hiciera la versión cinematográfica de la novela?, pensabas en Gregory Peck, en Richard Burton, en Albert Finney, incluso en ti mismo; ¿En serio me pasó todo eso?, ¿tú crees que haya perdido la memoria?; Para nada, la estás recuperando. Dreamfield ve un cúmulo de hojas de calendario pasar frente a su mirada, un ferrocarril, y una carretera

perdiéndose en una loma. La luna, parejas bailando estilo Fred Astaire, y letreros de cabarets: El Viejo Almacén, La Fuente, La Casa Rosada, El Farolito. Lo invade una atmósfera de desolado esplendor, lo rodean todos los recuerdos arruinados que va recuperando el cuerpo. Intenta resistir a una insidiosa plaga de nostalgia, esa emoción reblandecida que descompone el corazón en el momento menos oportuno, haciendo aparecer puntos negros que dejan un regusto ácido en los labios. Toma otro trago, y su vida —su otra vida— resurge en su mente. En cierta forma, podríamos decir que está remodelando su pasado al ritmo de la música, y que ésta surge de la mano que sostiene el vaso frente a sus ojos. “*Im waiting for a lady*”, dice repitiendo el sortilegio, sin atreverse a decirlo en español por miedo a romper el hechizo. “*I know she is coming back*”. Bebe, deja que el licor se quede en los labios pues así se ayuda a comprender mejor la melodía. “Nunca pasará de moda el brillo de la luna ni las canciones de amor”.

Un corazón lleno de pasión y celos

Volvemos a encontrar a Dreamfield al día siguiente de su huida. Es una mañana que se despereza en los charcos de la calle, en los rostros ausentes de los hombres y mujeres que caminan presurosos hacia el trabajo, en los gritos de algún vendedor que se confunden con el rugido de camiones y automóviles. Está parado frente a la puerta de una boutique de ropa para hombre. Tiene puesto el mismo traje con el que salió de su casa, tan arrugado que parece que hubiera dormido vestido, su mismo gesto está arrugado como si no se lo hubiera quitado de encima en toda la noche. Recuerda cuando de niño iba a las matinés del cine Royal y pasaba la mañana metido en la sala viendo películas a destajo. En la oscuridad rota por el chorro de luz del proyector le parecía ver una contravida que parecía sustituir la existencia que había llevado hasta el momento anterior a entrar al cine. Cuando después de haber visto tres películas salía a la calle y observaba que los espectadores se protegían del sol que los deslumbraba, tenía la impresión de que sus gestos desarticulaban aquella vida —esa contravida— que hacía un momento le había parecido tan intensa. El rostro de Dreamfield adquiere un aire de súplica desamparada. El mundo exterior, como cuando salía de la matiné, le parece la imagen inaprensible de una desgastada copia de película vieja.

Titubeante, da dos pasos al frente, se detiene y vuelve a ver la entrada de la tienda. Observa a una joven que está sentada tras el mostrador hojeando un periódico. Como ella le sonríe, invitándolo a pasar, siente un orgullo mezquino crecer dentro de sí, que no es suficiente para animarlo a seguir adelante. Se siente como si llevara puesta la librea del hambre y la miseria, cuando lo que esperaba era ofrecer un aspecto, si no deslumbrante, al menos simpático. Nunca, hasta ese día, había prestado demasiada atención a su forma de vestir y sus memorias de hombre elegante tienen casi todas sus páginas en blanco. Es cierto que se sorprendió cuando vio que Tyrone Power ya no usaba camiseta en *Al filo de la navaja*, y que recordó que Burt Lancaster había lucido esa prenda, la camiseta, como una suerte de brassiere masculino que ocultaba los pectorales y el vientre de los hombres en *Criss Cross*^[9] y que al comparar la desnudez de Power con el pudor de Lancaster, aun con su cuerpo de alfeñique, Dreamfield decidió dejar de usar para siempre el brassiere de los hombres. Si esto no muestra el interés *real* que nuestro héroe tenía por las prendas de vestir, habría que recordar que si en una ocasión, estando de viaje con su mujer en Santa Fe de Bogotá (asistía a una reunión de banqueros latinoamericanos), insistió en comprar una bata igual a la que usa James Stewart en *Vértigo*, no fue porque le gustara sino porque obedecía los preceptos de su pasión por el cine: tantos gestos robados a sus actores predilectos le habían enseñado que, como en la película de Hitchcock, el mundo era un juego de espejos en el que nadie parecía ser quien era, sino su doble: compró aquella bata, o dejó de usar camiseta, como quien se hace de un amuleto.

Nada de esto, sin embargo, tenía que ver con su arreglo personal sino con una suerte de fetichismo cinematográfico al cual, ya lo sabemos, ha sido un adicto. Lo usual, en cambio, es que su esposa le compre la ropa y que, incluso, le escoja en las

mañanas lo que se va a poner. Dreamfield prefiere no ser el responsable de su porte, pues aunque siempre ha vestido buenos trajes, en cuanto se los pone cada prenda parece irse por su lado, y él, sintiéndose delatado por un mal gusto que raya en la delincuencia, no puede hacer nada por detenerlos. Lo de hoy por eso es diferente, se ha propuesto trascender la vacuidad bajo la cual ha permanecido escondido toda la vida, y la necesidad íntima de vestirse al arbitrio de sus apetitos lo ha traído paso a paso hasta la puerta de la tienda. La riqueza emocional también se obtiene ahorrando verdades de a centavo y él es hoy un millonario. Con esta convicción levanta una ceja, sacude las solapas de su arrugado saco, y observa a la dependienta. Como si fuera un sastre que corta trajes a ojo, saca mentalmente la ficha técnica de la muchacha; extiende el brazo, con el puño cerrado levanta el pulgar, entorna los ojos, y dice: “cadera de cresta a cresta, 88 centímetros; cintura, 60; pecho, 85; cuello, 18; altura, 1.65 metros; peso 55 kilogramos; I.Q. 130; molares sanos; calza del 24; monte de Venus tenue, sin exagerar en lo plano. Está más buena que el pan”. Le llama la atención su falda corta, demasiado corta, de rayas anaranjadas y azules, que le hacen suponer que es daltónica. Moviendo la cabeza de un lado a otro entra a la boutique con la mirada puesta en las piernas de la chica. Tiene la impresión de que ella parecía estar en su conciencia antes incluso de que la hubiera analizado.

¿Cómo decirle que no quiere jugarse su destino con la torpeza que va vestido y necesita un smoking blanco? Los ojos verdes de la joven iluminan su renovada vanidad, y aunque ella lo mira con provocación (a la parte inferior de la cara, como si tuviera algo chueco en la boca, labio leporino por ejemplo) parece no estar segura de atenderlo, pues le estrecha la mano con flacidez cuando él le tiende la suya. Al volver a imaginar esa pequeña escena frente a ustedes, señoras y señores, veo dos muñecos que ocupan los asientos delanteros de una historia que no les pertenece, y me doy cuenta que al sentir la mano guanga de ella entre las suyas, Dreamfield piensa que saluda como los rabinos. Este pequeño detalle, tomen nota, acaba por confundirlo.

Como respuesta a sus tímidas preguntas, la chica lo conduce a un apartado y le muestra los smokings que tiene a la venta. Dreamfield pide probarse el que más se asemeja al que usa Bogart en *Casablanca*. Entra a un vestidorcito, medio cierra la cortina de manera que por el espejo pueda vigilar los movimientos de la dependienta, y mientras se cambia empieza a silbar *As time goes by*. Recuerda el rostro de Ilsa pidiéndole a Sam que interprete su melodía favorita. La música se mezcla con el rostro de Ingrid Bergman en la memoria de Dreamfield y sin querer recrea la escena de su reencuentro con el cínico de Rick. Podría pensarse que es una Venus incapaz de entregarse a la sensualidad a causa de una rara forma de estoicismo; es, ya no le cabe la menor duda, una diosa asida, no al amor que podría brindar a manos llenas, sino a la melancolía que se escapa de la música del filme. Pero si su desamor no tiene escapatoria, ¿qué quiere de Bogart, quien, impotente frente a ella, se debate entre odiarla o alegrarse porque la ha visto de nuevo? La reunión de los amantes no puede ser casual, pues personajes tan poderosos difícilmente se regirán por la discolería del

azar. No, hay algo más, algo que los supera, que los domina, y de lo que ninguno parece estar a salvo. Distraídamente, Dreamfield observa el reflejo de la joven dependiente (que mirando de reojo hacia donde él está, intenta bajar la minifalda perteneciente a la variedad llamada *trepadora*) y este hecho provoca que haya una especie de *zoom in* mental sobre el rostro de Ilsa. Más tarde, incluso después de algunas semanas, al acordarse de esa escena, sentiría el mismo desconcierto que lo abate en ese instante. Durante una fracción de segundo, con tanta fuerza que Dreamfield acusó el impacto del cambio como una sensación física, estuvo en otro lugar, mucho tiempo atrás, y confirma que no es a la Bergman a quien espera, a quien está buscando o recordando o imaginando, sino que es a otra mujer que, como ella, lleva grabadas en los ojos las luciérnagas de la resignación; una mujer etérea que vive en el aire: cenizas de Vulcano llevadas por vientos alisios. ¿Quién es?, ¿la conoces?; Eres tú quien la conoce, quien me la presentó incluso; ¿Yo te presenté con ella?; Sí, claro, no me digas que tampoco de eso te acuerdas. Una imagen empieza a cobrar forma en el espejo, una imagen que parece inclinarse como letra cursiva; él la observa con atención, sabe que va a delinearse con precisión, pero no, la imagen desaparece igual que una llama después de un soplo. Se me escapó; Es verdad, para la próxima pon más atención, necesitas identificarla; No tienes que repetirlo. De inmediato, luego luego como dicen los jóvenes, vuelve a iniciarse el proceso, y aunque la imagen no logra cobrar forma cierta, Dreamfield sabe que un rostro nuevo se construye en el espejo a partir de las ruinas del de Ilsa, como si se estuviera recomponiendo una fotografía hecha pedazos. Está regresando, es tu oportunidad; No me distraigas; Se parece a la Bergman, eso que ni qué; Sí, pero no es ella; Claro que no es ella, ¿no te dije que tú me la presentaste? Uniendo trocitos de esa imagen va conformando otra cara, otra melancolía, otros deseos, a pesar de que el rostro se distorsione como si su antena receptora fuera sacudida por un fuerte viento. Siente vértigo y deja de silbar abruptamente de manera que el silencio que lo invade pareciera un monótono golpeteo de tambores. En ese momento ve con claridad el rostro de la joven como iluminado por una embaucadora luz arlequinada prestada del pasado. Es la clase de visión que puede uno tener ante el escaparate de una tienda, donde al ver los objetos tras el cristal se le sobrepone el reflejo de la cara de alguien famoso que está a nuestras espaldas —Elizabeth Taylor, Jacqueline Kennedy, Betty Boop— y no nos volvemos para comprobar la aparición porque nos parece fantástica y nos da miedo que no haya nadie. Su Venus, aprehendida por la nostalgia, arroja su alma, la de Dreamfield, a la búsqueda de su propio héroe, como si no supiera que ella era la causa de toda aquella silenciosa alteración. Que estuviera ahí con él, mirándolo en el vestidor de la sastrería (no de carne y hueso, pero sí de ilusión y sueño), queriéndole hablar directamente, era un acontecimiento que él era incapaz de asimilar pero que demostraba que tampoco se dejaba llevar por los caprichos del azar. Se queda muy quietecito, mirando el rostro pálido de la mujer, los ojos que parecían pedirle una justificación, o que quizá solamente suplican perdón, y aunque parpadean

largamente, revelan una sensualidad incontenible, del mismo modo que un galgo echado en el suelo revela habilidad para correr. Como si la imagen fuera corporizándose, lo mira con certidumbre de adivina, moviendo los labios en un auténtico diálogo de sordos. ¿Sólo era una mujer herida, atormentada, rota, batiendo sus desvalidos gestos con voluptuoso desasosiego? El corazón de Dreamfield empezó a latir aceleradamente, pues no sabe qué podía decirle a una imagen que se va corporizando. Lo asaltan de nuevo los mareos y apoya la espalda sobre la pared. Es el vértigo de vivir un espejismo en el que puede moverse *físicamente* desligado del tiempo y el espacio^[10]. Piensa que el rostro de ella puede ser el de la mujer con la que soñó, o quizá el de quien horas después se apareció en el banco, pero en cualquier caso no la conoce, no la recuerda, aunque su otro yo le acabe de informar que fue él quien los presentó. Le dirige una mirada de ojos entrecerrados, con la que quería expresar algo así como: “No nos engañemos, nena, ya me di cuenta de que me andas siguiendo”.

Siempre estamos haciendo algo que ignoramos y Dreamfield se siente sorprendido por su propia imagen en el espejo que tiene enfrente: ya no es a la mujer, sino a sí mismo a quien le hace muecas. Sin que se diera cuenta, tal como vino, su musa lo ha abandonado. El mundo se columpia a sus pies, al tiempo que la incertidumbre le cosquillea a lo largo de las piernas y le obliga a cubrirse el vientre con ambas manos porque una sensación vaga le toca los intestinos. Da un paso atrás para mirar cómo le va el smoking blanco, y a la luz mortecina del foco que cuelga sobre su cabeza ve en el espejo la expresión de un cándido Jack el Destripador que hace gestos como si estuviera buscando un atuendo que disimulara su mal de amores. ¿Es posible que ese hombre sea él? Han bastado unas horas para que su figura resulte irreconocible: aquella holgura de hombros, la flacidez siempre indiferente de sus brazos, no sugieren más el tedio que su esposa le hacía notar con cierto tono de reproche, sino que ahora —aún sin ser un porte distinto y sin descartar la influencia que pudiera tener el smoking— no es a la voluntad, sino a los golpes en el cuerpo a los que debe su aspecto de inconformista fuera de servicio: su cuerpo es el de un anarquista en vacaciones, en el que la desesperación ha cedido paso a una elegancia hasta cierto punto caduca, que no hace sino resaltar que Dreamfield se ha vuelto un indolente desesperanzado, que conserva el incurable orgullo de casta de los soñadores. La forma en que se mueve para ajustar el smoking a su cuerpo habría sido altanera, por no decir bravucona, si no hubiera sido por su estatura y su complexión ridícula. Parecía que le era necesario levantar un hombro a la altura de la oreja para meter la mano en el bolsillo del saco. Se acerca al espejo y observa su rostro, pasa una mano por su barba, palpa sus pómulos, y se restriega los ojos. Tiene un grato estado lastimero y decadente. Cualquiera que se considerara derrotado, desahuciado, sin recursos, cobraría ánimos comparándose con él. Dreamfield sigue atónito ante su cara, como si en ella fueran exhibiéndose todos los sentimientos que se debaten en su interior. El tiempo se derrumba, el cine se derrumba, las mujeres se derrumban, los

ídolos se derrumban, hasta su vieja personalidad se derrumba. Todo se derrumba como el sonido de una mano, una sola, en un aplauso.

Afuera del probador encuentra a la dependienta —parada, con los talones juntos y las manos atrás— sonriéndole con la misma intensidad con que lo veía la Venus del espejo. Dreamfield, envalentonado por todo lo que indica esa mirada verde mar, le cierra un ojo, le dan ganas de invitarla al Bameret, pero solamente le pide que le envuelva dos smokings iguales. La displicencia con que ella lo atiende le parece traicionada por las miradas de rebote con que lo vigila, mientras sus pechitos suben y bajan al ritmo de su respiración nerviosa (Dreamfield escribió alguna vez en su agenda que ese movimiento de los senos sólo era posible en el cine, pero ahí tenía la prueba de que se había equivocado). El hombre más feo o más indigno, se dice sin apartar la vista del escote de la chica, ha de triunfar si está dispuesto a dar la última gota de su sangre por vestirse de smoking blanco. Ninguna mujer puede rechazar tal muestra de amor absoluto.

Sale de la tienda con la bolsa de los trajes en sus espaldas, tan feliz como si hubiera firmado un contrato con la Twentieth Century Fox. La fanfarria de la famosa productora resuena en su cabeza como si los encabezados de su imaginación anunciaran su regreso al mundo del celuloide. “Que la suave ilusión permanezca en mí como estuvo por dos minutos y me acompañe esa delincuente aura que brillaba a través de la dependienta.”

No hay falsedad más grande que una verdad ligeramente deformada, y Dreamfield ha quedado a merced de su engaño: se vuelve y tras la vidriera de la boutique ve a un hombre, vestido con traje de *tweed*, platicando con la joven. Al verlo lo sabe: es el mismo —él mismo— que hace días lo miraba desde la puerta de su nuevo domicilio. ¿Conocía a la chica de tiempo atrás?, ¿la estaría invitando a salir?, ¿si estaba conversando con él en el vestidor por qué se quedó en la tienda? Para su sorpresa, y sin que la muchacha lo note, el tipo le dice adiós por la espalda con un cierto aire retozón. Dreamfield es incapaz de discernir en cuál de los dos mundos, el de él o el de su doble, se encuentra en ese momento su centro de gravedad.

La música lo despertó a media noche. En ese momento que separa la vigilia del sueño, cayó en cuenta de que su doble (aunque para este momento ya no comprende el alcance exacto de la palabra *doble*) había invitado a salir a la dependienta de la boutique donde compró su smoking blanco. Sin duda, cuando Dreamfield dejó la tienda acordaron encontrarse a eso de las diez para irse de copas, y ahora estaba con ella —vestido con un traje de franela, botines de charol, una camisa de tenues rayas grises, corbata de seda estampada a mano y sus tirantes cafés— sentado en la penumbra de un bar mientras una orquesta interpreta una melodía que describe lo grato que es fumar mientras se espera a la mujer que uno quiere. Su respiración

cortada y sus manos febriles no eran las de un hombre confiable. “Como no es tonta, debe haberse dado cuenta de que este tipo es tan candoroso como sólo un pervertido puede serlo”, pensó Dreamfield, pues cualquiera que se vistiera de esa manera no podía ser más que un perverso camuflado de cordero.

M. H. Dreamfield sintió un escozor en la garganta, se levantó de la cama, y se vio con sorpresa. No sabe a qué hora se fue a dormir pero no había tenido el cuidado de quitarse el smoking. ¿Se vistió de punta en blanco para tirarse a dormir? Recuerda que llevaba mucho tiempo escuchando una voz que como un eco resaltaba sobre la melodía de *Casablanca* que se escuchaba a sus espaldas, cuando sintió una punzada que martilleó su nuca. Le parece que empezó a buscar un vaso para servirse más güisqui, y que cuando lo encontró, lo sostuvo entre los dedos como si fuera un arma. A la espera de que su temperatura lo transformara, reinició la conversación con ese alguien del que no tiene la menor idea quién era. Puede ser que entonces haya sentido frío, que se pusiera de pie y tambaleando se dirigiera a su cama haciéndose amargos reproches, y aunque gritó para mantenerse despierto, cerró los ojos y no pudo evitar caer en un profundo sueño. A partir de ese momento no tuvo conciencia de nada hasta que lo sobresaltó su ronquido fragoroso, volvió a escuchar la tonada de *Casablanca* e intuyó que su doble andaba de bares con la dependienta.

“Soñar significa que nada ha comenzado”, dice tratando de descubrir lo que le ha pasado, “pero soñar un sueño significa darle vida a lo soñado. Es un axioma, igual al que, en álgebra, se expresa como: menos menos menos da más”. Era una idea atractiva, por la que quizás estuviera dispuesto a dejarse llevar, o incluso tratar de comprobar.

Media hora más tarde está en un cabaretucho que encontró en la colonia Escandón, a unas cuantas cuadras de su casa. Después de su breve monólogo había enloquecido porque no aparecía ninguna de sus botellas de güisqui. Unas sombras surgían del vacío, farfullando, frotando su encrespada superficie contra su rostro, y él era incapaz de moverse, se agarraba el pescuezo con sus dedos mugrientos, y se hubiera estrangulado para calmar su desasosiego si no se le ocurre una idea genial: ¿por qué no, ya que estaba vestido como Bogart, salía a buscar el bar donde su doble trataba de seducir a la dependienta? “Voy a tomarme un cuba libre”, se dijo, “o moriré de un sofocón”. Vaga rumbo a la lejanía —le dice alguien, la voz de alguien— viaja hacia fuera, hacia la distancia abstracta, por la noche misteriosa y honda, llevado como polvareda entre los vientos. Y con esa fantástica instantaneidad que se produce al cortarse una escena cinematográfica en proceso de sucesión, se encontró bajo la luz de unas farolas que lo iluminaban con un tono mortecino de película de terror. A lo lejos, una calle vibraba con el sonido de una orquesta típica, y Dreamfield caminó hacia ella con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, los hombros apretados, la garganta seca, las sienes palpitantes y la mirada fija en el suelo como queriendo matar arañas desveladas. Al cruzar la esquina se dio cuenta de que la gente cambiaba de cara por el hecho de sentirse menos observada. Como en las zonas de

tolerancia, había una frontera de cristal que liberaba los deseos de quienes iban ahí, que ya puestos a desear lo único que querían era ver un espectáculo de colores y gritos. “El deseo carnal es una pregunta cuya respuesta nadie sabe a dónde conduce”, se comenta dejando vagar la mirada para observar el lugar al que ha venido. Tras un celaje de polvo fino que levantaba un vientecillo, ve que un grupo de hombres —con pantalones negros y chaleco de jaqué encima del torso desnudo— se mueve lentamente, sacudiendo al aire unos manteles de paño verde. En la entrada de un restaurante hay una escalera recargada en la pared, con un señor sentado en lo alto esperando que un niño le pase un martillo para afianzar un letrero que Dreamfield no puede leer. En la acera de enfrente descubre una confitería con dos o tres parroquianos sentados frente a sendos platos. Más allá, al lado de la puerta de persiana de una cantina solitaria, una señora sopla sobre un anafre en el que se fríen empanadas (de vez en cuando se limpia la grasa de las manos sobre el mandil que oculta sus grandes senos); junto a ella, un borracho hace lo posible por meterse un pedazo de choripán en la boca, y un sargento duerme sentado en el suelo con la cabeza entre las rodillas. “Esto parece un ghetto”, murmura, “como si estuviera en Praga y no en Santomás”. Atolondrado e incompetente, miró hacia el final de la calle donde el espectáculo culminaba en el letrero iluminado de un cabaret: *El burro que tocó la flauta*. Todo tenía aspecto teatral, con los músicos aporreando sus instrumentos, y un enanito que iba del cabaret a la cantina pidiendo lo que sea su voluntad para los músicos. Entre la polvareda cree ver que su doble le guiña un ojo mientras abandona aquel cabaret de mala muerte. M. H. Dreamfield se estremece y se toca los labios con la yema de los dedos porque se da cuenta de que era muy posible que su otro yo y la dependienta hubieran tomado la última copa en ese bar, y que si ello era cierto, y él lo sabía desde antes, quería decir que había adquirido la capacidad de soñar la realidad, crearla, o algo por el estilo. “Soñar un sueño significa dar vida a lo que se sueña. Es un axioma”.

Se ha dicho muchas veces que el destino encuentra sentido en las casualidades que descubrimos en lo que nos ocurre, podría añadirse también que se disfraza en los augurios con que presentimos otra realidad. Dreamfield creyó que en esa visión —en la que descubrió la huida de su doble— empieza la reconciliación de sus sueños con la realidad. Un nuevo orden, otra lógica para sus viejos presagios. Sonrió por primera vez en la noche, una vez más se invitó a ser cauto, pero una vez más rechazó la invitación.

Se sentó en un rincón apartado de *El burro que tocó la flauta*, donde se acumulaban mesas rengas y sillas con asientos rotos. A su derecha quedaba la entrada, y al otro extremo la barra, donde el cantinero permanecía inmóvil apoyado sobre los codos, como una estatua, observando un tarro rebosante de cerveza. Dreamfield gritó que le trajeran una cuba puesta con brandy Presidente^[11]. Al frente, separado por una cortina de flecos, había un reservado. Tratando de encallecer el gesto y disimular su torpe sorpresa, en la cara de Dreamfield brotó un enjambre de

pasiones: quería imitar a Humphrey Bogart dando un nuevo matiz a su caracterización de Rick, quería estar solo y acompañado al mismo tiempo, sentía miedo de que algo malo le pasara. En la pared que se extendía a un lado de la cortina de flecos había un mural que pretendía estimular a los parroquianos para que dejaran de lado sus inhibiciones. En un estilo de disparatados colores pastel, un hombre con capa y sombrero de copa declamaba hacia un balcón donde una joven en camisón transparente lo escuchaba transida de emoción. “Cuando miro tu cuerpo no vacilo”, se podía leer sobre la escena de amor, “claro veo que un parecido toma al de Venus, que fundió allá en Roma un escultor que se llamaba Milo”.

“Me llamo Jazmín”, dijo la mesera que le trajo su cubita. Era morena, no muy alta, de unos dieciocho años. Sus ojos verdes daban la impresión de ser técnicamente inmorales. Vestía un uniforme de popelina bordado con lentejuelas. “Lo que llaman realidad no es más que pedantería”, dijo Dreamfield viendo a la muchacha sin el menor recato. Tenía piernas flacas, cadera ancha de nalga chata, y pechitos puntiagudos. Si Jazmín se sentía orgullosa de su trasero (que levantaba con un esfuerzo sobrehumano) era pura chifladura, pero de todas formas le dieron ganas de nalguearla. “Debe tener buen corazón”, siguió pensando, “pero va a morir tísica. Las mujeres que ejercen profesiones inconfesables siempre mueren de tisis o de tos ferina, no hay vuelta de hoja”.

“Jazmín qué”, preguntó Dreamfield, después de beber la mitad de su cuba, sintiendo cómo la garganta cedía ante la hinchazón de la sed. Las lentejuelas del vestido de la chica eran como esas bolas de espejitos que en los centros nocturnos lanzan rayos sobre los trasnochados bebedores.

“Me llamo Jazmín Maldonado para servir a usted”, respondió la mesera parpadeando a velocidad récord, entregándole la mano para que la besara.

“¿Por qué no te sientas a platicar conmigo?”, sugirió Dreamfield chasqueando la lengua en el paladar. “Llámame Humphrey, o Boggie, como mis amigos”, agregó al momento que escuchaba —¿en su sueño, en su capacidad para soñar el sueño, en su memoria escabrosa?— la voz de la dependienta preguntando a su doble: “¿Y qué dice de mí?, ¿le parezco una mujer intrigante?”. Los imaginaba como si hubieran estado sentados a unos cuantos metros de él y su presencia hubiera quedado vibrando en el ambiente para que él diera testimonio de la sincronía de sus vidas, o mejor, de la forma en que su sueño había quedado flotando —etéreo y fantasmal como la música de la orquesta típica— en aquel cabaretucho. “Para usted debo ser solamente una mujer más, ¿no?”, decía ella con el aire contrito de quien está un poco borracha. “Pero no se crea, a veces he modelado para el dueño de la sastrería y tengo más de un secreto”. Aquellas palabras se extendieron como una nube que lo abrazaba. Dreamfield entró en aquella niebla, alargó la mano como alguien que anda a tientas. La mano tocó a Jazmín y ella suspiró mientras permitía que le acariciara las rodillas. ¿Se habrá dado cuenta de que no era Bogart?, ¿habría visto *Casablanca*?, ¿podía, como él, escuchar lo que decían el par de enamorados que seguramente habían estado

ahí, sentados en la mesa de al lado?

“Creo que usted es una persona peligrosa”, había dicho su doble. “No me sorprendería que hubiera seducido a un productor de Hollywood y en los próximos días pasara de modelo de sastrería a estrella internacional. Tiene usted ojos de mujer fatal”.

“Jazmín Maldonado...”. Dreamfield sonrió. La flaquita empezaba a gustarle. Era como Ida Lupino si Ida Lupino hubiera estado desnutrida. “Naciste para corresponder a ese nombre, preciosa. Jazmín.”

“Eres una mujer fatal: presumida, teatral, malcriada, devoradora de hombres”. Las sombras del bar se confabularon para que el seductor de pacotilla fuera cautivándose con el *volupté* de la dependienta, con quien ya lleva varias horas sin haberle hecho ninguna proposición. Observándola bajo la luz mortecina que los cobija, le pareció que se parecía más a Hedy Lamarr que a Ida Lupino, pero en cualquier caso el licor le ha dado un aire de diva (que correspondía muy bien con su papel de mujer pasiva y complaciente) que le permitirá, cuándo él se le insinúe, aceptarlo con un poco de vergüenza, como enseñan en Hollywood, sin que ninguno de los dos hubiera pronunciado la palabra sexo.

La música de la orquesta típica (una milonga tradicional del año del caldo) había quedado en el olvido porque un parroquiano (uno de los pocos que estaban en *El burro que tocó la flauta*) había echado una moneda a la rocola y el tono melodioso de una guitarra y un bandoneón empezó a disipar el ambiente que reinaba en el cabaret. Una mujer cantaba, más bien decía una canción sin cantarla, hasta que después de un solo circense de piano dijo: “¿No ves la luna rodando por Callao, que un corzo de astronautas y niños, con un vals, me baila alrededor?”. Una gorda salió de un pasillo del fondo y fue a la barra echando gritos: “Al fin. Eso es música. ¡Todo aquí estaba reteaguado!”. “Que no lo albureen, compadre”, comentó el cantinero, hipando, a quien había puesto a rocola. La intensidad de la melodía se mezcló con la luz de un reflector giratorio y Dreamfield cerró los ojos para no encandilarse.

“Tu voz me encantó”, dijo susurrante la ahora modelo (pero antes dependienta). “¿Por qué no sigues cantándome?”. Él arrimó su silla, sintió la mano de Jazmín en su entrepierna, y acompasó su voz con la del cantante de la rocola: “Trepate a esta ternura que hay en mí, ponete esta peluca de alondra y volá conmigo”. “Siento rico rico. Sus palabras me dan cosquillas en mi d’esa”.

Dreamfield se había tomado ya cuatro o cinco cubas, apenas sin sentir las, para apagar la sed que por ratos le incendiaba la garganta. “Quereme así, abrite a los amores que vamos a intentar la magia total de vivir”. Se sentía tan sofocado que no veía derecho, pero aceptó bailar el tango que le proponía la buena de Jazmín. Puso su mano a la altura del hombro, miró al frente, y cuando su pareja se subió a la nube de la música, se la llevó en vilo hasta el tétrico pasillo que estaba al fondo. Ahí, abrazado a ella, besándola en los pechos, estallaron en espuma sus anhelos y su carne, batiendo como una ola los acantilados de su corazón. Descubrió que la piel de Jazmín

había adquirido de súbito la tersura afrutada de la seda, era deseable, y fue más deseable aún cuando ella soltó al aire una cifra ridícula que le alcanzó el escroto. “Esto no lo vamos a poder cambiar”, pensó, “el hombre es aventado y la mujer sublime”.

“¿Dónde vive usted?”, había preguntado la modelo. “Creo que es momento de que nos hablemos de tú, ¿no crees?”, dijo el otro a manera de respuesta. Ella lo miró mientras él deslizaba su mano bajo la sisa de su escote hasta meterla bajo el sostén de seda y tocar el botón de rosa de su pezón joven. “Por favor, por favor”, suplicó sin hacer mucho esfuerzo por zafarse de la mano hechicera, acariciándolo a su vez como si leyera algo en braille sobre la bragueta. “¿Me va a deshonorar en público? Vamos mejor a su casa”. “Sólo un beso más, cariño. Este lugar me vuelve loco. El amor en público me saca de mis casillas”. Estaban en la entrada de un cuarto maloliente. No le dejó cerrar la puerta. La empujó suplicándole que levantara los muslos. Sintió cómo sus dientes le hacían sangrar la oreja. Tenía los brazos alrededor del cuello y lo atrajo con fuerza, suspirando apasionadamente. “Jazmín sabe amar por lo que le ha dado Jumprey... jazmín se dejará hacer cualquier cosa por su Jumprey adorado.

“*Embrasse moi!*”, dijo la dependienta y/o modelo, que en algún momento debe haber confesado una vocación políglota pues había empezado a pedir que la abrazara en francés. El galancete la había llevado a su departamento (al de él, al de Dreamfield) y le estaba arrancando el vestido al ritmo de sus “*je t’aime*”, para dejar al descubierto su cuerpo tembloroso. Sin darse tiempo a distinguir más que un triángulo de oscuridad rojiza, como si su habitación fuera un cuarto fotográfico, Dreamfield se asombró del atrevimiento de su doble. “Qué cosa tan rara”, pensó, “que la realidad se pliegue a nuestros deseos por descabellados que sean”. La belleza de esa mujer lo puso fuera de sí y la aventó contra la pared. Su violencia le despertó una lascivia que al principio de la noche apenas hubiera imaginado. “*Plus forte, chéri, plus forte*”.

Se quedó en el cabaret hasta la madrugada, ya no había nadie más que él, quien seguía pidiendo cuba tras cuba porque había puesto muchas monedas en la rocola para que la misma canción se repitiera una y otra vez: “Por la ribera de tu sábana vendré con un poema y un trombón a desvelarte el corazón”. Se había vuelto a sentar a la mesa que ocupaba cuando conoció a Jazmín, tomaba su cuba y dejaba su mirada miope en un punto incierto mientras escuchaba al bandoneón calando su melancolía; hacía arabescos en el aire como si quisiera encontrar con ese gesto el rostro desesperado del amor perdido, el sentimiento sublime, romántico o cuando menos triste, que inspiraba su situación.

Es probable que no haya pasado mucho más aquella noche, pero a la vista de los hechos que tenemos a la mano, señoras y señores, podemos imaginar que aquella aventura pudo finalizar de una de las siguientes maneras:

A) Bebiendo la última cuba, Miguel Horacio Dreamfield examina lo ya hecho, y

(a la pálida luz de lo que todavía tiene que hacer) los ojos se le llenan de lágrimas. Llora con la cabeza sobre la mesa porque todo es horrible y atroz, pero saca fuerzas de flaqueza y le dice a Jazmín, limpiándose los mocos con la manga de su smoking blanco: “Sabes qué, voy a convertir mi casa en un cabaret. Ahora no te invito porque están ahí unos amigos y no quiero interrumpirlos, pero cuando lo haya arreglado organizaremos un pachangón”. Esa promesa resucita la fanfarria de la *Fox* en su memoria, y tal como esa mañana salió de la boutique, abandona *El burro que tocó la flauta*.

“Da igual lo que haya pasado”, dice para sí mismo cuando va rumbo al Edificio Condesa, “dejé suficiente dinero como para pagar el doble de lo que consumí. No tengo la menor idea de qué película habré sacado todas estas actitudes pero la verdad es que no me quedaron nada mal”.

B) Dreamfield ve a Jazmín de medio lado y tiene la impresión de que queda disuelta en la luz que brilla a sus espaldas, para luego reaparecer ataviada como si fuera otra persona, y ante lo que parecía una perspectiva de juego de espejos delirante, decide recuperar algo de su cordura y le hace la historia de los amores con su esposa: “Me estoy recuperando de una dolorosa separación de una chica que es igualita a Katharine Hepburn”, dice fijando una mirada de maniático en sus caderas. “La conocí en la colonia Condesa, en esa especie de ghetto que se formó alrededor de la calle de Ámsterdam. Me casé en segundas nupcias con ella”. Dreamfield tuvo la impresión de que había leído algo similar, algo que de alguna manera asociaba con su matrimonio, y que bien podría servirle para presentarse ante Jazmín como un descreído del amor, medio indiferente al sufrimiento ajeno, que conservaba una sensualidad más bien cínica frente a una mujer que, como Jazmín, lo arrebatava. “Sólo ahora”, agrega con voz nasal, apenas moviendo la boca como si se le hubiera paralizado el labio superior, “se me ha hecho patente la historia de este amor frustrado. Le hice creer que era otra persona. La dejé porque necesitaba ser yo. La engañé, he sido envidioso, soy un estafador.” Como no era posible hacer una declaración con tantas palabras que empezaran con *e*, buscó una frase que lo pusiera a buen resguardo. “Envidia, engaño y estafa empiezan con *e*, qué curioso, ¿no?”. De un modo torvo se sintió representando al Groucho Marx de *Duck’s soup*. “¿Y qué te parece envilecer?”, comentó Jazmín con astucia cruel. “¿La envileciste o te envileciste a ti mismo?”. Sus ojos verdes tenían algo de la sustanciosa sequedad de las mujeres que siempre dan al clavo. “Ambos. La envilecí y me envilecí”, contesta él pensando en otras palabras con *e*: estragar, empanizado, encalar. Le pareció una enumeración sádica. Encoge los hombros sintiéndose el eterno payaso de pies planos, con su pechera postiza asomada sobre el chaleco. “Pero voy a ser otro hombre, te lo juro, un hombre nuevo hasta el punto del elogio”. “Elogio empieza también con *e*”, constata ella agitando su falda. Dreamfield inclinó la cabeza con un movimiento letárgico, y la boca de Jazmín, como crispada por una pócima que le hubieran puesto en la bebida, se acercó a su rostro con una intensa aspiración. Él sintió sus rodillas y

se dio cuenta de que había ido a *El burro que tocó la flauta* para inspirarse, y que el siguiente paso sería redecorar su departamento. La luz que despiden el vestido de Jazmín le sugiere los detalles que van a darle a su piso el aire exacto del *Rick's Café de Casablanca*.

Es probable, en efecto, que así hubiera finalizado todo, y que Dreamfield volviera a su departamento y sanseacabó. Sin embargo, tal vez hayan pasado otras cosas en algún momento indefinible de la noche, por ejemplo, que los sueños que lo han metido en este embrollo hubieran ganado ventaja sobre el final de la historia, o que el brazo velludo de la coincidencia lo haya tomado de la mano para sorprenderlo con un encuentro alucinante, o que simplemente el lóbulo temporal complejo hubiera sufrido una leve transformación con la música y él viviera aquella experiencia sumido en el vértigo y se entregara a una última escena, la fatídica escena que lo afirmará en toda su locura. Por tanto, señores del jurado, antes de que tachen a nuestro héroe de borracho o alucinado empedernido, los invito a imaginar esa posible escena con todos sus pormenores triviales y fatales.

C) No sabemos a qué horas salió de *El burro que tocó la flauta*, pero un leve sopor de madrugada anda por el aire racheado, y Miguel Horacio Dreamfield deambula por calles solitarias pensando que tiene que convertir su departamento en el *Rick's Café* si quiere llegar a algo (aunque no sepa qué sea ese algo). Admirando la noche, que como en las películas en blanco y negro se pudre en un pleito de luces que la hacen aparecer tan iluminada como el día, ha llegado a una plazoleta, sin estatua ni placa conmemorativa, tan sólo adornada por una fuente que le parece, vayan ustedes a saber por qué, traída de Venecia. Una neblina baja cubre, como si fuera algodón, todo el piso. Se percibe un viento cálido que lo envuelve todo, y en una ventana, un pantalón colgado sobre un alambre se hincha por el viento en un simulacro de vida artificial. Es una hora imprecisa, cercana al amanecer, marcada por una luna amarillenta que ilumina objetos que no se deberían ver. Aunque la plazoleta está inundada de luz es difícil distinguir el contorno de las cosas, y Dreamfield descubre que abrazados al lado de la fuente —rugosa, acartonada, de la que emerge un chorro de listones de colores— están una mujer y un hombre. Él viste smoking blanco, y ella un camisero amarillo con una pañoleta que, al flotar en el aire, esparce el zarpazo dulzón de su perfume. Puede ser la modelo y/o dependienta a quien conoció esa mañana, podría ser Ingrid Bergman, Diana Bracho, o incluso la mujer de blanco a quien salió persiguiendo al Pasco de la Reforma. Es casi una silueta a la que le faltan ciertos rasgos para ser identificada, es como una obra de arte a medio terminar, camuflada de luna y sombra, un tanto deslumbrante por el claroscuro de su identidad. Sea quien fuere, está descomponiendo un abrazo para que su compañero descorche una botella de champaña, en una secuencia amorosa de película de Frank Capra falsificada por un incompetente. El amanecer impone nuevos límites al mundo y el sonido hueco de la botella al ser descorchada es como un estallido de luces pirotécnicas. A falta de copas, el tipo entrega a su compañera la botella para que beba

a pico, ella mantiene su indecisión por un instante, hasta que levanta su falda, y a la luz solferina de la luna, con una aureola delincuente cruzándole la cara, limpia con el borde de la tela el cuello de la botella, dejando al descubierto su torneado muslo derecho. Desde esa postura —con mirada de nostalgia— se vuelve hacia Dreamfield para descubrirle la lujuria en que vive atrapada.

Tarde o temprano el hombre encuentra lo real maravilloso, y él lo vio en ese momento. “Si bebiera de esa botella mi felicidad sería perfecta”, dice sintiendo la sangre inyectando su mirada. Embairado por la caída de ojos que ella le ha propinado, se siente lo bastante hombrecito para avanzar hasta donde está el intruso observando el muslo descubierto de la joven. Quería hacerlo a un lado para huir con su pareja, pero al acercarse sintió que el tipo llevaba puesta su alma, que era un Dreamfield cuya personalidad aparecía escondida entre su mirada lúbrica y su elegancia de otro tiempo. En ese momento preciso se volvió para mostrarle la imagen inmaculadamente pura de su cadáver, llena de gestos y ademanes robados. Dreamfield desvió la mirada y descubrió en la luna unos ojos de yodo con ojeras de calavera, escuchó el aleteo de un ángel volando en derredor de la plazoleta, un disparo perdido en la lejanía, y sintió el golpeteo de una ola que le caía desde el cielo. Una ráfaga de aire terminó por levantar del todo la falda de la mujer que, abrazada de su amante, desapareció en el *fade out* que provocó la neblina de la madrugada.

Sólo transcurrieron uno o dos minutos, pero permítanme asignarle a ese momento tanta duración como puede sobrellevar la vida.

Te están mirando a ti, nena

Pocos días después Dreamfield empieza a acondicionar su departamento. Por su mente pasa la escena de *Casablanca* en que Rick espera a Ilsa y, mientras chifla *As time goes by*, hace bocetos en los que adapta el escenario de la película al espacio de su hogar. Recuerda el rostro de Bogart consumido en el recuerdo, su mirada perdida en la nada como si el tiempo se hubiera volcado a otra lógica, esperando a la mujer que encierra el sabor de la esperanza y la posibilidad del amor. Un prurito consume sus desquiciadas imágenes y comprende que necesita terminar su *set*. Lo ahoga el vacío de la estancia y dibuja sin reposo hasta definir los detalles de cada rincón: construirá un lugar apropiado para que él, como Rick, espere a su amante.

En las mañanas lo asiste un muchacho que contrató afuera de un teatro de la calle Corrientes. El joven era ayudante de tramoya y estaba encargado de dar los últimos toques a la escenografía de la obra que se iba a estrenar en poco tiempo. Sus conocimientos de carpintería y acabados eran suficientes para que Dreamfield le confiara la construcción de su *set*, así que, sin pensarlo dos veces, lo invitó a trabajar inventándole varios pretextos en los que el joven no reparó a la luz del sueldo que ofrecía pagarle. Pasan los primeros días comprando madera, clavos, tela de gasa, yeso, y pintura. El chico ve los bocetos de Dreamfield y dice lo que hay que adquirir. Después, trabajan ansiosamente en la construcción del escenario: levantan arcos que dan a la estancia el sabor de un laberinto; hacen varias mesas iguales a la que Dreamfield llevó al departamento antes de mudarse; el piano, o mejor dicho, la armazón de lo que parece un piano, sirve para esconder dos bocinas y una vieja grabadora de carrete. Al fondo construyen un simulacro de barra con un gran espejo detrás, cuya única función es duplicar la pequeña sala que poco a poco se va pareciendo al *Rick's Café* de *Casablanca*. Han traído macetas con todo tipo de plantas y tras ellas han colocado reflectores que, al prenderse automáticamente al anochecer, proyectan su sombra sobre el techo y las paredes. Hay también un reflector giratorio que recorre el escenario pasando exactamente sobre la mesa del centro.

Conforme avanzan, Dreamfield va adquiriendo soltura para comprender el rito que quiere representar: ayuda con displicencia al chico, lleva un *Gauloise* colgado de los labios, camina entre escombros con una bata manchada de pintura, midiendo la altura de las sombras, modificando la intensidad de las luces, moviendo una maceta, probando el lugar exacto para el piano y que la música de la cinta que ha grabado (con todas las versiones disponibles de *As time goes by*) se escuche en todas partes.

Su ayudante no percibe sus intenciones, pero a él no le importa y va por el piso dándole órdenes con voz gangosa como si estuviera practicando para dar un examen de actuación. El muchacho lo ve sin valorar el esfuerzo que ha requerido iniciar esa obra. “Debe creer que sus pulmones estarán siempre a salvo de sus sueños”, piensa Dreamfield. A pesar de que el joven cumple sus deseos al dedillo, no comprende el significado de llevar a cabo una empresa como aquella en la vejez, cuando se ha perdido la facultad de regenerar las células. “A su edad no se detecta el aleteo metafísico que se necesita con los años, cuyo sinónimo es la palabra anhelo”.

Al final de la tarde (una vez que el chico se ha ido), Dreamfield empieza la velada acicalándose: se rasura, se pone uno de sus smokings blancos, se ajusta la faja, los botones de concha nácar de la pechera, las mancuernillas de oro, anuda la corbata de pajarita y hace muecas al espejo. Hay algo conmovedor en la combinación de botoncitos infantiles con la ropa de un hombre de sienes canosas y ojos atormentados, pero no importa, pues a partir de que termina de vestirse, desde que se inicia el crepúsculo hasta las primeras horas de la madrugada, no tiene que hacer otra cosa que esperar, y enciende la grabadora que está escondida en el piano de utilería, se sienta a la mesa del centro, sirve un poco de güisqui, y mientras la música de *Casablanca* caracolea en el aire se abandona al vértigo de sus añoranzas. La melodía proporciona cobijo a sus sentimientos, sabe que escuchándola una y otra vez ha trazado el inicio de un largo desvarío y, una vez sentada la primera idea (con la terquedad de nuestro hombre en ponerla en práctica), el asunto sigue su camino sin tropiezos.

Para nosotros la vida no había cambiado en nada pero ya estaba signada por su locura. Nos reuníamos en el patio y observábamos el trajín de tablones de madera, de costales de yeso, de rollos de tela y muebles que eran transportados a su piso. Recuerdo que alguna vez vi a Dreamfield recargado en la reja de la entrada, observando el patio con escondida indiferencia. En otra ocasión lo ayudé a subir un macetón que me pidió que dejara junto a la puerta, y desde ahí pude observar su escenografía. No sé qué me alarmó más, que hubiera tantos objetos amontonados en espacio tan pequeño, o un cierto orden en que era posible adivinar las líneas del *Rick's Café*. Esa noche les confirmé a mis amigos que el viejo estaba construyendo un set y que todo indicaba que era el de *Casablanca*. “Pobre loco”, dijo uno de ellos, “está gastándose una fortuna para nada”. ¿Para nada?, me pregunté. Debí comentar que quizá no sabíamos para qué, pero que algo buscaba con aquella fantasía aunque no alcanzáramos a comprenderla.

Que me hubiera pedido que lo ayudara no quiere decir que Miguel Horacio Dreamfield fuera sociable. Para nada, si se encontraba con alguien lo saludaba con corrección pero nunca hizo amistad con ninguno de nosotros: su huida tenía una intención tan precisa que era mucho pedirle que perdiera el tiempo con amigos de vecindad. En una ocasión, sin embargo, no pudo negarse a asistir a una reunión que organizaron los hermanos Solell, un par de catalanes que vivían al otro extremo del piso donde él tenía su departamento.

Ya anticipé que en el Edificio Condesa habitan individuos la mar de extraños, y entre ellos, los Solell no son los menos. Aunque nadie podía constatarlo, se decía que se comunicaban con su difunto padre a través de sesiones espiritistas que organizaba el chino Lee, el personaje más extravagante de nuestra comunidad^[12]. En una ocasión (no recuerdo con qué pretexto) los Solell convocaron a los vecinos a una reunión que pronto adquirió el carácter de verbena, y la fiesta se extendió por el pasillo hasta la puerta donde Dreamfield vivía. Es posible que él no hubiera querido asistir a la reunión pero no tuvo otro remedio: cuando llegaba a su casa o en el momento en que

salía a reclamar la escandalera, se vio arrollado por una turbamulta que lo llevó en andas hasta el piso de los famosos hermanos. Ahí —para su desgracia o fortuna— estaba Lee discutiendo una misteriosa leyenda.

No estoy seguro de la relevancia de ciertos detalles, pero no está demás que sepan que el Condesa tiene una arquitectura que le da apariencia de un cajón oblongo con dos fachadas —la externa y la interna— que obedecen a estilos contradictorios: la cara de afuera da a las cuatro calles de la manzana, y la de adentro mira al hermoso patio central. A todos nos parece curioso que ambas sean tan diferentes: la externa tiene el gusto romántico de los barrios santomeños, llena de orlas talladas en la cantera gris que se extrae de las montañas que rodean la ciudad; mientras que la interna es austera, regida por las líneas rectas de los balcones que forman los largos pasillos cuadrangulares, a través de los cuales se accede a cualquier departamento sin importar por cuál escalera se haya ascendido. Si esto acentúa el efecto de que exterior e interior están dissociados, dentro de cada casa se confirma la sensación de que vivimos divididos, pues los departamentos tienen ventanas que dan tanto a la calle como al pasillo de adentro, con lo que no sólo se repite la sensación esquizofrénica que provocan las fachadas, sino que al asomarse a uno u otro lado no se puede distinguir de qué lado está la realidad y de cuál la fantasía.

Hay quien dice que el estilo de nuestro edificio obedece a un rigor esotérico (que nadie en sus cabales entiende), y que ése es el origen de que los vecinos seamos tan raros. Entre nosotros habitan, por ejemplo, varias familias del exilio español que a pesar de los años que han pasado desde su guerra civil insisten en mantener costumbres anarco-republicanas, una maestra de literatura que se ha especializado en estudiar la biografía de famosos diseñadores de calzado, algunos actores de teatro callejero, un cirquero (trapealista del Ringlin Brothers, para más datos), un millonario que financia películas de cine *underground*, una vedette decrépita que en su tiempo fue una luminaria, tres pintores que pueden convertirse en escultores sin previo aviso, y muchos ex políticos dispuestos a apoyar cualquier manifestación que se organice en Santomás. En particular destacan tres personajes: un viudo, famoso en el mundo de la publicidad, que responde al contradictorio nombre de Cástulo Batalla; un escritor, Felipe Salcedo (periodista como yo), cuyas crónicas para *El Periódico* le valieron un Premio Nacional; y el chino Lee, que es curandero, quiromántico y, según aseguran los Solell, también médium. Es muy probable que si M. H. Dreamfield hubiera conocido nuestra comunidad habría emprendido su aventura en otro lado, aunque también es probable que si había decidido disfrazarse de Humphrey Bogart para lograr sus anhelos, fuéramos nosotros (o algunos de nosotros), quienes comprendiéramos que su disfraz le permitía entrar en sus sueños.

Como dije más arriba, no recuerdo por qué los hermanos Solell habían convocado aquella reunión, pero a lo largo de la noche su casa se mantuvo repleta de gente que entraba y salía sin avisar: unos iban por una bebida, otros a dejar hielo o comida que traían de sus casas. En un rincón de la sala se había formado un corrillo en torno a

Maribel Solell, quien había provocado una discusión que nadie entendía del todo. A su lado (en un sofá protegido por una cubierta de plástico) estaba sentado Cástulo Batalla; le seguía Felipe Salcedo muy agarradito de la mano de Phuong, la asistente del chino; y parado enfrente de ellos, el mismísimo Lee quien reclamaba algo entre las medias palabras que se alcanzaban a entender de su léxico. Dreamfield llegó (o lo trajeron) poco antes de la media noche, y al verlo llegar con el pelo alborotado y cara de asustado, me acerqué al cogollito. Salcedo me sonrió como si tuviéramos el acuerdo tácito de cubrir la conversación entre los dos.

“Eso no ser así”, clamaba el chino. “Pues esa es la leyenda que cuenta la película”, respondió Cástulo. “Quizá usted tenga otra versión, pero la cinta a la que me refiero la representa de la manera que se la estoy contando. No puedo competir con sus conocimientos, doctor Lee, pero así es como yo lo entiendo”.

Tiempo después (cuando me entrevisté con Felipe Salcedo para precisar algunos datos de aquella plática), me contó que Cástulo Batalla acababa de ver una película de un tal Paul Wegener, un olvidado director del expresionismo alemán, quien había filmado tres películas, ni más ni menos que tres, basada en la novela que escribió Gustav Meyrink, en la que aparecía un ser monstruoso, llamado Golem, que según el entender de Cástulo Batalla escondía en su alma los secretos de la cábala judía. Wegener parecía afirmar que ese ser, tuviera la apariencia que tuviera, representaba el alma colectiva de la judería, con todos los sombríos aspectos de las tradiciones fantasmagóricas del medioevo. Yo no estaba al tanto de que el tema de los fantasmas los había llevado a esa discusión, que Maribel había hecho alguna alusión a las sesiones espiritistas en las que se comunicaba con el fantasma (¿con quién más?) de su padre muerto, y que fue el comentario acerca de la cábala lo que motivó que fueran por Dreamfield. Alguien pregunto quién sabía de tradiciones judías, y como yo no quise recordarles mis propios orígenes, dije que Dreamfield era el único judío que había en el edificio.

Me parece poco probable que, cuando lo llevaron en vilo hasta la sala de los Solell, Dreamfield imaginara el efecto que esa plática, en apariencia azarosa, iba a tener en su espíritu. “El azar es algo pavoroso”, debió pensar cuando lo sentaron en medio de la sala y Felipe Salcedo le preguntó a bocajarro si había visto las películas de Paul Wegener o conocía la leyenda del Golem. Todos lo observaron con atención: Maribel se pegó a Cástulo esperando su respuesta, Phuong cubrió sus bellas piernas hasta donde alcanzaba su minifalda, y Lee empezó a moverse con sus típicos pasos de bebé. Apenas escuchó la pregunta, Miguel Horacio se dio cuenta de que el sueño que había tenido después de la función de *Casablanca* estaba inspirado en las cacarizas imágenes del filme de Wegener.

“Bueno... no sé qué puedo decir... o qué quieran saber...”, comentó tartamudeando. “La del Golem es una especie de leyenda... No, perdón, es una leyenda cabalística en toda forma... El Golem fue un hombre artificial creado con métodos mágicos. En alguna versión es un gigante pero en otras es concebido a partir

de una figura de arcilla del tamaño de un niño de diez años, en cuya frente un mago escribe la palabra hebrea que significa vida, con lo que el muñeco no sólo queda dotado de respiración y movimiento, sino que en él queda escondido el mundo de ilusiones de su creador”.

¿Por qué había olvidado que esa película estaba detrás de su sueño?, ¿podía atribuir su olvido a una simple coincidencia? Si como decía su abuelo, coincidencia no era una palabra kosher, ¿a eso se debía que el hombre que en su sueño escapaba con su acompañante por las calles de Praga fuera ese Golem al que aludía el filme, o al menos *un* golem que andaba suelto por sus sueños? Por otro lado, ¿fue a ese mismo golem a quien vio abriendo la reja del Condesa cuando decidió mudarse a nuestro edificio? “Menuda casualidad enterarme hasta ahora que atrás de lo que me sucede hay un golem”.

“Lo que le dije al doctor Lee”, intervino Cástulo, “es que esta leyenda demuestra que, aunque no conozcamos el secreto de nuestro origen, éste puede estar grabado en nuestra alma, como le sucede al Golem, y de ahí derivamos un impulso creativo que puede tener resultados monstruosos. Reconozcámoslo: la trascendencia puede dirigirse hacia arriba, pero también hacia abajo”.

“Yo no saber leyenda”, replicó Lee, “pero ni ser variación de creación ni resultar monstruosa, como tú decir, sino querer decir que hombre ser aprendiz de brujo cuando quiere crear, aunque creación salirle mal. No importar lo que crear sino brujería para crearlo. Quizá tenga secretos en alma pero magia descubrirlos... sólo magia”.

“Puedo aceptar que creación y magia, o mejor, creador y mago son términos más o menos correspondientes”, intervino Felipe, “si a su vez usted acepta que en el origen de cualquier acto mágico están los deseos, o mejor, las ilusiones tanto del mago como de los espectadores que creen en sus hechizos. Ya lo dijo aquí el señor Dreamfield: en el Golem quedan escondidas las ilusiones de su creador”.

Me volví hacia nuestro héroe y noté que la mandíbula se le había caído y le iba a ser imposible volver a cerrarla. Eso es lo que estaba en juego en su sueño, y quizá en la misma vida que había emprendido en el Edificio Condesa, debería estar pensando, el compuesto místico de las fuerzas de la ilusión con las posibilidades creadoras de su propio espíritu.

“¡Magnífica idea!”, gritó Cástulo sin fijarse en nuestro estupor. “Supongamos que esa hechicería de la que usted habla, doctor Lee, tiene razón de ser en función de nuestras ilusiones. Se me ocurre entonces que Golem, en tanto palabra, podría ser sinónimo de ilusión. No conozco su etimología pero no parece una deducción descabellada”.

“En hebreo”, intervino Dreamfield, a quien parecía urgirle decir algo, “golem significa tanto idiota como estupidizado. Parece ser que proviene de una palabra de origen arameo, *gelem*, o *galem*, cuyo significado sería *materia en bruto*. Tal vez hubo un error en la grafía del nombre, por el cual algo que significa *origen* pasó a ser

tonto”.

“Más a mi favor”, agregó Cástulo, “si convenimos que la materia en bruto del deseo son las ilusiones, el Golem representaría esa materia en bruto, sería su materialización, digamos. Vía un acto de magia, en un hombre de barro cristalizan los deseos, *las ilusiones* del hechicero, lo que caza con su etimología, ¿no es así, doctor Lee?”.

Escuché el comentario tan azorado como Dreamfield (en cuyo rostro había aparecido un brote de delirio en su fase fáustica).

“Lo importante de la leyenda del Golem no es la creación de un ser”, murmuró Miguel Horacio como si hablara para sí, “sino que ese ser es el mismo mago: su doble, su otro yo, y eso puede resultar monstruoso”.

“Las ilusiones también pueden ser monstruosas”, apuntó Salcedo, quién seguramente había alcanzado a oír el comentario de Dreamfield, “ya lo dijo Santa Teresa: más daño han hecho las plegarias atendidas”.

El grupo apenas se había movido unos milímetros, parece que esperaban que alguien los retratara: Felipe Salcedo está sentado en la orilla del sofá y sonríe por lo que acaba de decir; Cástulo ve alternadamente las piernas de Maribel Solell y las de Phuong; Lee los observa con descuido, como si pensara en otra cosa, y se vuelve hacia nuestro héroe, quien de nuevo se siente en la obligación de decir algo. Estaba pálido y tenía los ojos dilatados.

“No sé qué podría decir para sacarlos de la confusión que parece haberse creado entre magia, ilusiones, materia en bruto y las leyendas de mi pueblo”, comentó tan desconcertado como yo por lo que habíamos escuchado, “pero quisiera agregar que en la escuela talmúdica nos enseñaban que el Golem también simboliza el combate del hombre por crearse a sí mismo, esto es, el Golem, junto a su creador, simbolizan al hombre en lucha constante con sus pasiones, sus miedos, sus dones y miserias, y lo que dice usted..., don...”

“Cástulo”, intervino él con una sonrisa: “Cástulo Batalla”.

“Muy bien, lo que concluye usted, don Cástulo, querría decir que nuestras ilusiones no son la base, sino la punta del iceberg de los motivos secretos de nuestra personalidad, motivos que sólo podemos conocer si nos atrevemos a llevar a cabo la creación que nos dictan esas ilusiones. Por otro lado, y me mantengo dentro de su razonamiento, quizás esas mismas ilusiones sean la huella que nos dejó el mago o dios que nos creó, y a quien queremos suplantar en cualquier acto creativo que intentemos. ¿Es eso lo que nos quería decir, doctor Lee?”.

“No, no, yo sólo decir que importa magia para hacerse a sí mismo. Ilusiones ser magia, y magia ser secreto y poder. Magia ser resto divino”.

En la entrevista que tuvimos para reconstruir esta conversación, Salcedo me recordó que en ese momento él volvió a intervenir para decir un chiste con aire de sabiondo. “Si damos crédito a lo que hemos dicho, la leyenda del Golem demuestra que variación de la creación o no, acto de hechicería o no, cuando alguien intenta

crear algo se echa encima las cadenas de su ilusión”. Soltó una carcajada, y yo pensé que su sentido del humor era más bien tétrico.

Al escuchar esas palabras, Dreamfield se levantó de un salto. Con su smoking blanco, las cejas a mitad de la frente y la boca abierta, daba más que nunca la impresión de ser un cómico de cine mudo que tenía que exagerar cada ademán para que el público entendiera lo que pretendía transmitir. “No adelantemos vísperas”, le había dicho a Diana Bracho hacía pocas semanas, “primero deberíamos preguntarnos si es legítimo que alguien alimente la imagen de otro dentro de sí mismo, y si al hacerlo no se está echando encima las cadenas de la ilusión”. Es probable que al asociar su recuerdo con lo que había dicho Felipe Salcedo recordara que Paul Wegener había filmado no una, sino tres películas inspirado en la leyenda del Golem, y que ninguna había tenido demasiada fortuna. Quizá Felipe Salcedo tenía razón: cuando intentamos dar a luz a nuestro golem nos volvemos esclavos de la ilusión que nos condujo a haberlo intentado. Ahí estaba Ray Milland en *Días sin huella* para demostrarlo, y el mismo Paul Wegener: el pobre murió tratando de sacar al golem que llevaba dentro sin nunca haberlo conseguido.

Ni Felipe Salcedo ni yo recordamos lo que sucedió después. Teníamos la impresión de que Maribel Solell había intervenido para decir algo en relación con su difunto padre (a lo mejor comentó alguna cosa que había sucedido en las sesiones espiritistas en que conversaba con él), y desvió la conversación al tema que le interesaba; también es posible que fuera Lee, nervioso por el derrotero que tomaba la plática, quien cambiara de tema porque Cástulo lo miraba con recelo; puede ser, incluso, que la charla se prolongara un rato más y el grupito hubiera estado dando vueltas en torno a las ilusiones y el Golem. Para mí terminó en el momento que descubrí el gesto de payaso asustado con que Dreamfield atendió las palabras de Felipe Salcedo, pues algo en su mirada me llevó a recordar el *para nada* que mi amigo había dicho cuando conté que estaba construyendo el escenario de *Casablanca*. ¿De verdad había sido inútil el tiempo, el dinero, lo que fuera, que había invertido en la construcción de su sueño?, ¿qué consecuencias tendría que hubiera recordado la leyenda del Golem a pesar de su mala fortuna cinematográfica?, ¿comprendería a fin de cuentas el sentido que tenía en su vida haberse echado al cuello la cadena de sus ilusiones? Quizá me equivoque pero lo que leí en su rostro fue una sentencia que no debería olvidar pero que desgraciadamente, hasta que he venido ante ustedes, había olvidado: intentar explicarnos la realidad a partir de nuestra percepción es por lo común fuente de contradicciones, y lo más probable es que transformemos un argumento en el pretexto para ilusionarnos.

Vi a Dreamfield en más de una ocasión después de la verbena que convocaron los hermanos Solell, pero tengo la impresión de que, en realidad, me encontré con él sólo una vez, si es que aquello puede llamarse *encuentro*. Fue la primera ocasión en que

pude observar detenidamente su gesto ausente, casi místico, extraviado en sus sueños. Si lo hubiera planeado nunca lo habría descubierto, pero al cabo de unos cuantos días, quizá dos o tres semanas después de haber presenciado la discusión sobre el Golem, me encontraba fumando en el patio. Era una madrugada transparente, profusamente iluminada por el resplandor de la luna. Tal vez venía de regreso de alguna de las fiestas a que era tan afecto, a lo mejor sólo había salido para combatir mi inveterado insomnio, el caso es que estaba ahí sin motivo preciso. Recuerdo, sin embargo, que un pensamiento peregrino picó mi curiosidad y sentí que si no tomaba camino de las escaleras iba a respirar por última vez aquel aire impregnado por el aroma de los huele de noche sembrados al fondo del jardín, y sin pensarlo dos veces subí los tres pisos que me separaban del departamento de Dreamfield. Caminé a lo largo del pasillo hasta su puerta. Un hilo de luz se escurría por debajo, y se escuchaba una canción que provenía del interior. A mi lado las sombras se amontonaban y a través del balcón se percibía el chirriar de las cigarras. Me dije que no debería hacerlo, pensé en tocar pero de inmediato me arrepentí, tenía que ver qué pasaba dentro del departamento, si fuera necesario tal vez entrara más tarde. Me asomé a la ventana que da al corredor y observé a nuestro héroe por la rendija de una persiana. ¿Era él o durante la noche se cambiaba en otro, como los actores se transforman en su personaje horas antes de que se inicie la obra en que trabajan?, ¿repetía aquel gesto todas las noches, todas las horas de todas las noches? No lo sé, juro que sólo puedo evocar su rostro, la mirada ahogada en el vacío para, como dice el narrador al principio de *Casablanca*: esperar y esperar y esperar...

Así lo veo todavía (y lo veré toda mi vida): sentado a una mesa de su sala, entre trozos de madera y aserrín regado por el piso, tratando de alcanzar una botella que está a punto de resbalar por el borde de la mesa, y descubro, o imagino que descubro, da igual, que sus músculos van cediendo ante los sentimientos que penetran en su cuerpo y siente en su boca el sabor de la nostalgia. El bar, su versión del bar de Rick, está sumido en una penumbra luminosa. Al comprobar que la botella de la que ha estado bebiendo está vacía, mira hacia la recámara y puede ver, como un lucero, una botella abandonada en el suelo. La luz imprime entonces un giro de cuarenta y cinco grados (ni uno más), y la estancia se puebla de otras sombras, desaparece el contorno de los rincones, y ocurre un embrujo que yo siento como un escalofrío que me recorre de arriba a abajo: un leve ruido llama la aletargada conciencia de Dreamfield, deja de respirar mientras escucha el chirriar de un picaporte, dirige su mirada hacia el espejo que está tras la barra, y un destello encandila su mirada. Basta ese instante para que el reflejo de una puerta se abra y una silueta se recorte sobre una niebla que parece producida por vapor de hielo seco. No lo podía creer pero ahí estaba, y yo observo que alzando los ojos, Dreamfield también la ve... “¿Dónde quedó la fuente con el chorro en forma de listones?”, se pregunta, “¿dónde voy a conseguir champaña para invitarla a beber aunque sea a pico de botella?”. La felicidad está en el espejo, sólo tiene que avanzar hasta donde ella se encuentra.

Como tantas circunstancias de este relato, espero que lo que voy a contar sirva de prueba para juzgar a M. H. Dreamfield como se merece: al salir, unas semanas antes, del departamento de los hermanos Solell, nuestro héroe repasó la leyenda del Golem en relación con los comentarios de Cástulo Batalla y Felipe Salcedo. Llevaba mucho tiempo tratando de conocer su otro yo —sus otros yos, quizás— y comprendió que ya no era libre de elegir otro camino y tenía que seguir adelante con sus propósitos. Ciertamente se había visto a sí mismo en la entrada del Edificio Condesa, pero no había podido apresarse; sabía que esa otra personalidad —suya, ¿de quién más?— había seducido a la dependienta donde compró sus smokings; y que en una madrugada, inclusive, había visto a su otro yo bebiendo champaña con esa joven que ahora ha aparecido en el espejo. En todas esas ocasiones había sentido que también él vivía esos momentos, pero si se sinceraba consigo mismo sabía que no bastaba con imaginar que era él quien había estado con esa mujer, sino que tenía que convertirse en ese otro yo que ya la había encontrado. Ese era el reto, y comprendió que el sueño que tuvo con su Golem no podía ser baladí. “Coincidencia no es una palabra kosher”, volvió a repetir. La materia en bruto de sus ilusiones debía conducirlo a la concreción de sus deseos. Si había asistido a la conversación en casa de los Solell era por algo, nada ocurría en este mundo por casualidad. No iba a modelar una figura de arcilla, era ridículo, ni iba a escribir ninguna palabra en la frente de algún monigote, pero barruntaba que tenía que hacer algo para obligar a aquella mujer para que, en vez de que cualquiera de sus inapresables otros yos la encontrara, ella viniera hacia él. No lo pensó ni puso en duda el procedimiento que iba a seguir, lo había puesto intuitivamente en práctica desde el primer momento en su oficina: el secreto estaba en convertirse en un sorprendente sosias de Humphrey Bogart, fundirse con sus gestos, calcar cada una de sus actitudes, revivir el momento en que su sombra ocupó su lugar en *Casablanca*. “Debo adueñarme del leve instante en que la inhalación se convierte en exhalación”, agregó pensando en el significado de la palabra sosias: persona que tiene tal parecido con otra que puede ser confundido con ella.

Era evidente que hasta ese día (llevaba fuera de casa diez semanas exactas) había vivido en un estado no de felicidad, sino de frenesí. Su departamento estaba remodelado, el joven que lo ha ayudado ya viene en muy escasas ocasiones, y él no dejaba de escuchar todas las versiones de *As time goes by* que estaban grabadas en un interminable carrete que apenas termina rebobina en automático para empezar de nuevo desde el principio, de tal manera que siempre, cada momento del día y de la noche, pudiera sentarse a una mesa, y mientras bebía sus güiscachos escuchara variaciones infinitas de los mismos acordes y la misma letra. Permanecía en la misma posición ocho, diez horas, más quizá, atacado muy de vez en cuando por el prurito de llevar a cabo una breve salida para recorrer los prados del Edificio Condesa o hacer una extraordinaria excursión por los alrededores. Eran fugas más que paseos, en los cuales su caminar, ora precipitado, ora lento, lo llevaba a los confines de Avellaneda o la Colonia Escandón, donde no hace tanto había conocido a Jazmín Maldonado. La

mayor parte del tiempo, empero, se quedaba en su departamento. Sentado donde se convertía en el sosias de Bogart, ese golem, quien de pronto levantaba la mirada con los ojos brillantes y las mejillas encendidas porque sentía que un punto de luz azul había nacido en el centro de su frente. No quiero, no puedo, describir las fuerzas que favorecían su imaginación, pero siempre que murmuraba, *I'm waiting for a lady, I know she is coming back*, estaba cerca de sus anhelos, y la música que inundaba su departamento empezaba a impregnar sus emociones con un poder demoníaco.

Permítanme, por lo tanto, volver a aquella madrugada —mi madrugada—: llegaré junto a su ventana cerca de veinte minutos. El viento que venía del río se encrespaba a mi espalda. Era un aire salvaje, sin historia, que parecía estar en contra de que observara a mi vecino. Fuera de esa circunstancia no ha pasado nada, cuando me doy cuenta de que con gesto miope Dreamfield ha vuelto los ojos hacia el espejo y escruta en torno suyo antes de reconocer la figura que ha aparecido tras la niebla. Está ahí, lo sabe, tal vez la observa un poco borrosa pues una luz opalina brilla a sus espaldas. Sobre la cadera descansa un brazo mientras el otro continúa apoyado en el picaporte, como ella sabe que la debe ver, medio airosa y un tanto desafiante. *As time goes by* suena por primera vez desde que ha construido su escenario como el auténtico *soundtrack* de su vida. Mientras va recogiendo información en la pantalla imprecisa que tiene frente a él, la imagen empieza a avanzar. Es ella, la mujer que está buscando, con ese gesto con el que parece contener el mundo dentro de sus párpados cerrados. Todos los sentimientos que han ido descubriéndose se agolpan en su corazón. La luz esfumada que cae sobre el rostro de su amada subraya cada una de las facciones que lo arrebatan: ahí están la ternura, las pasiones encendidas, los ojos cálidos y, en el brillo aterciopelado de sus pupilas, el escalofrío de la felicidad perdida. Dreamfield trata de levantarse pero sus piernas se mueven como un barco y no puede controlar sus movimientos. Vuelve su mirada hacia la mujer y siente —piensa, intuye, columbra— que ahí donde existe el amor no existe el mal y que es necesario apostar por ello pero no sabe si la ventanilla de las apuestas estará abierta todavía. De cualquier manera, ella sigue ahí, con su equívoco porte de modelo *Vogue*, como si fuera intemporal. Su piel es de una suntuosa dulzura, de una palidez sin límites, como si fuera una sombra que el artista no ha querido pintar del todo, una silueta casi transparente donde solamente se insinúan algunos rasgos. Sus ojos (cuando ella se para a su lado y recarga los brazos sobre el respaldo de la silla) se envuelven en un gesto de súplica desconcertante y se cubren con la misma sombra tormentosa que Dreamfield había visto en el probador de la boutique donde compró sus *smokings*. La joven trata de explicarle algo, pero él no la escucha, parece que efectivamente estuvieran dentro de una película muda. La luz del reflector giratorio, cayendo fugazmente sobre los dos, ayuda a acentuar tanto la desesperación de ella como la última expresión de él, que parece la de un hombre que se desvanece sonriendo. ¿Qué hizo Bogart entonces?, ¿cómo se comportó cuando la vio buscando consuelo? Con impaciencia, Dreamfield se quita los anteojos y queda paralizado

frente al pandemónium de colores que ha creado su mirada. Yo sudo a pesar del frío que hay en el pasillo, pues no puedo creer lo que estoy viendo. El bar está sumido en una penumbra borrosa y Dreamfield vuelve a colocarse las gafas; tiene los ojos nublados y siente un poco de frío; mira hacia la recámara, y puede ver, como un lucero, una última botella de güisqui abandonada en el suelo. Un ruido lo llama, deja de respirar mientras escucha el chirriar del picaporte, y dirige su mirada hacia el espejo que está detrás de la barra. Un escalofrío lo atraviesa de arriba a abajo y un destello encandila su mirada. En ese instante el reflejo de una puerta se abre como si fuera un dispositivo eléctrico que se enchufa, y una silueta se recorta sobre una niebla que parece producida con vapor de hielo seco. Dreamfield, alzando de repente los ojos, la ve como si estuviera esperando que ocurriera algo que no ocurre. “¿Dónde está la fuente con el chorro de listones?”, se pregunta, pero antes de que pueda responder la imagen se doblega con un gesto desesperado, y él se estremece con el presagio de que venía a decirle algo, o vamos, que se encontraba en el prelude de algo importantísimo. “¡No debo perderla, no ahora!”, dice naufragando en sus angustias. Se hace la promesa de llamarla por teléfono en cuanto amanezca, pero nada más de pensarlo se alarma del estado emocional en el que va desbarrancándose. Todas son imágenes, añoranza y penas. Se escucha la música lánguida de otra versión del tema de *Casablanca*, tal vez sea Duke Ellington, tal vez Satchmo quien la interpreta, en cualquier caso, resulta una versión adecuada a esa madrugada.

Había algo sutil en aquella mujer, un cierto aire de ensoñación, como ausente de este mundo. Dreamfield cree recordar las aletas tensas de su nariz, sus cejas enarcadas (la forma infantil y estereotipada de las vampiresas) y sus pómulos sonrosados por el frío. Sí, sin saber cómo, lo sabe: le gustaba desde que fugazmente cruzó su mirada frente a la puerta de su oficina, o no, le gustaba desde mucho antes: había sido capaz de sostener otras relaciones en su vida pero siempre había permanecido fiel a ella, como si dijéramos que tuvo amores con Eva pero suspiraba por Lilith. De un modo fatal y mágico hace mucho que todas las mujeres han sido esa joven de la que ni siquiera puede recordar el nombre: ella ha sido el fantasma que ronda su vida pero que aparece con extraños y ridículos disfraces: como la secretaria de alguno de sus colegas que venía contoneándose a su oficina para entregarle un memorando; como una señora sentada en un bar ardiente donde él se encontraba amablemente borracho; como la actriz mexicana que festinaba su *delirio cinematográfico*; o como la dependienta que le coqueteó en un espejo. Esa joven ha sido su *bienamada*^[13] un cruce de todas las mujeres que han aparecido en su vida y que se ha transformado en el mito que le ha hecho huir de su casa, que le hace sentir en carne viva la pesada cadena de sus ilusiones, quien no se ha conformado con la mirada torva de Gary Cooper con que a veces la ha mirado y lo ha obsesionado al punto de provocarle la incurable enfermedad del amor perdido.

Como si un cansancio de años le pesara en la espalda, M. H. Dreamfield va a su recámara por la botella de güisqui. Está casi vacía y sirve el resto de licor contando

las últimas diez gotas, como si con eso se burlara del rito de evocar, en cada una, las diez plagas que azotaron Egipto. Mira hacia una mesa, donde hay una cubeta con hielos deshechos. Toma varios trozos con la mano, los echa en su vaso, y se dirige a la ventana exterior. ¿Sería cierto que ahí donde existe el amor no existe el mal? Yo veo su espalda, su torpe caminar, e imagino que la calle le parece carente de esa atmósfera de duermevela que la cámara de cine sabe darle. La madrugada mantiene sus contornos borrosos a pesar de que la niebla se ha levantado. Un tipo barre la entrada del cine Bella Época, consulta su reloj, y se dirige a la lonchería de al lado, donde el dueño está levantando la cortina de metal. ¿Qué tenían que ver ellos con lo que hacía un minuto, o una hora, Dreamfield había vivido?, ¿qué tenía que ver lo que pasaba afuera con lo que se gestaba en el interior de su apartamento?, ¿qué, por ejemplo, la jacaranda que oculta la marquesina del cine con la visión de esa otra vida que le ha producido una transformación más grande que todos los amaneceres, bosques y montañas juntos? La luz de este amanecer es polvo de otros lodos y no podía compartir el peso de su alegría. La luna, el sol, la oscuridad, lo desconocen: la realidad y él son extranjeros. Dreamfield, el de la vida real, ha dejado de existir. Como en las películas, ¿existió realmente Humphrey Bogart o fue nada más una de las caretas que usó Rick para darse a conocer? Siente un ligero mareo, se apoya en la pared, y vuelve la mirada hacia donde yo estoy. Creo que vendrá a reclamarme que lo espíe, pero sólo da un traguito de su vaso.

En el momento en que uno se obliga a sentir lo que otro siente, ya no guarda relación alguna con los objetos ni con las ideas ni con nada. Se tienen sensaciones pero es como cuando uno se golpea el dedo de un pie y le duele pero piensa que no tiene relación con ello. Lo digo por él, pero también por mí, pues no me sorprendió tanto el hecho de que no pudiera identificarme, sino que el espectáculo —el que yo veía, el que Dreamfield vivía— no justificaba mis sensaciones ni la sensación de ser observado justificaba el espectáculo. Yo pensaba que el cine se hace con los recuerdos, que se les toma de la mano, se les hace caminar, creer en sí mismos —en el amor, en la ausencia del mal o en la neblina de un amanecer— y vivir de verdad. Eso es el cine, eso la memoria, de eso está hecho el material de sus sueños, y él no se iba a ocupar de la banalidad de que lo espíaran. La miserable extrañeza de su vida se revela de golpe, abre de pronto los ojos que no había cerrado y grita: “¡Dreamfield, estás vivo!”.

A lo lejos las nubes se volvían como el mar, una tras otra se iban, aparecieron las franjas anaranjadas y moradas del amanecer, como si el cielo hubiera empezado a sangrar. Dreamfield, apartando la mirada, se vuelve y de soslayo mira hacia el espejo que está detrás de la barra. La imagen de su bienamada entrando en el bar le viene a la mente con tanta nitidez, que mientras sombras descascaradas avanzan sobre él, el suelo se alza para encontrar su cara.

A través de los años

Poco a poco Dreamfield se fue convirtiendo en un anacoreta, su vida exterior bordeaba lo inocuo y solamente salía para encargarse al portero sus dos cajas semanales de güisqui, a buscar una aventura de madrugada en algún bar perdido, o a ver con mirada somnolienta el amanecer sentado en un prado del bosque de Palermo. Yo había tomado la costumbre de seguirlo acompañado por un grupo de chiquillos que se juntaba en torno a mí desde que dejábamos el Edificio Condesa. De pura vergüenza, al escuchar la algarabía que hacían los mozalbetes, me retrasaba un poco, pero ellos seguían adelante, escondiéndose tras los autos estacionados, para que nadie descubriera que se burlaban de la desdichada falta de pulcritud de nuestro perseguido. Él, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, caminaba muy erecto, como si fuera el personaje del güisqui *que sigue tan campante*. De esas escapadas regresaba antes de anochecer, saludaba displicente a los vecinos que pasaban a su lado, y se sentaba en cualquier banca del patio sosteniendo entre los dedos una botella que acabaría por resbalar de su mano. Un rescoldo de luz parecía infundirle las esperanzas que requería para volver a esperar, en amaneceres de amatista y noches de viento abrasador, el regreso de su amor.

En alguna ocasión me cansé de ir detrás de él por el callejerío de Santomás y preferí esperarlo mientras evocaba su andar desganado, su indolencia para afrontar el mundo, la manera como empezaba a agitar los brazos en derredor de su cabeza como si espantara un tumulto de mariposas. Imaginaba que su vida, lo que antes era su vida, había adquirido para él un significado impreciso, y que cualquier acontecimiento tenía que parecerle tonto y hasta ridículo si no lo insertaba en la geometría de ensueños que descubrí la noche que lo espí por la ventana de su departamento.

Me gustaría decirles, señoras y señores, cuánto tiempo había transcurrido desde aquella ocasión, qué tantas cosas habrían pasado por su mente, pero como no lo sé, me veo obligado a decir que, después de mucho cavilar en su comportamiento, tuve la impresión de que Miguel Horacio Dreamfield había llegado a la conclusión de que al no haberse metido suficientemente en su pasado para descubrir la identidad de la mujer que cada noche salía del espejo, se había condenado a vivir en una paradoja: huía del pasado para habitar en el presente de sus ilusiones, pero éstas sólo tenían sentido si recordaba los detalles —que estaban en ese pasado— que le revelarían la identidad de su amada. De lo contrario, cada vez que ella descansara el brazo en el respaldo de la silla, él sólo vería el movimiento de sus labios y volvería a sentirse dentro de una película muda. ¿Era culpable de su situación?, ¿por no discernir dónde estaba la verdad y dónde la mentira tenía que pagar las consecuencias de su amnesia? Para serles sincero, yo pienso que Dreamfield creía —o mejor, quería creer; o para ser más preciso aún, no podía dejar de creer— que iba a resolver el acertijo de sus sueños cuando recordara quién era esa mujer. Como lo advirtió Felipe Salcedo, una vez que decidió seguir adelante con su plan dejó de ser libre para cualquier otra cosa que no tuviera que ver con el ejercicio de sus ilusiones, y su responsabilidad se

limitaba a permitir que su memoria y la realidad litigaran en un juicio que pretendía liberar la figura que salía del espejo.

“Esto ya lo he vivido en alguna parte”, se decía horas después de que hubiera visto de nuevo la informe silueta de la mujer. “Estoy tumbado en una habitación como ésta, fresca y sombría, que parece suite de hotel. Bebo una copa mientras escucho el ruido que la gente hace en un salón que está dos o tres pisos más abajo. A lo mejor es el vestíbulo del sitio donde me hospedo, y ella llegó en algún momento”. Le complacía evocar el rumor de voces que venía del exterior como si fueran las mismas que le parecía haber escuchado en aquel hotel, y se volvía buscando algo a su alrededor, un objeto impreciso, un ruido, lo que fuera, que lo pusiera en la pista de su recuerdo. El desorden que reinaba en su piso era tremendo, los objetos estaban fuera de sitio, y las cajas en las que había escondido un sinfín de cachivaches se amontonaban en cualquier lugar: nuestro muchacho había perdido la brújula del orden y la lámpara de su equilibrio se había apagado. “He vivido de ese instante toda la vida sin darme cuenta, y no lo sé, pero seguramente ella vino a acompañar mi melancolía a aquel hotel”, concluía un tanto triste. “Me acuerdo de que al cabo de unos cuantos días me fui y que poco me acordé de que ella vino a verme”.

Así pasaban, uno tras otro, los días fantasmales de su nueva vida y yo, adicto a observarla, me inspiraba en cada uno de sus actos para anotar ideas que alguna vez me servirían para los reportajes que me exigían en mi trabajo. No podía (y quizá ni lo intentaba) dejar de imaginar que cuando lo perdía al fondo de una calle, iba a encontrarse con personas a quienes vestía con el traje de sus sueños. Algo había de verdad en mi fantaseo, pues en una ocasión que lo seguí hasta el centro de la ciudad, lo vi meterse por la calle de Motolinía y empezar a ascender por la escalera del Bar Alfonso. Fui a sentarme a una mesa apartada de su vista, y desde ahí observé que iba a reunirse con una joven que bebía en una esquina de la barra. Algo sucedió entre ellos que no pude captar, pero si al principio creí que la chica parecía no llamarle la atención más que para conseguir un amor de apuro, cuando ella, respondiendo a sus preguntas, dijo que era mecanógrafa (con un gesto de las manos, como si tecleara al aire), Dreamfield se trasladó a otro lado, a otra película, digamos. Yo me sorprendí de que aquel gesto inocente lo hubiera afectado de forma tan evidente. Alguien cerró una puerta con violencia. Tal vez fue el viento. No importó, él siguió hablando hasta que la chica abandonó el bar a la carrera.

De regreso a casa vi que se detenía en una farmacia. Había adoptado pose de hombre de mundo, muy apropiada para asistir a un banquete pero un poco exagerada para comprar una polvera, talco y un estuche de sombras. Lo seguí hasta su departamento y pude ver que, sin sentarse a la mesa de su bar, empezaba a maquillarse frente al gran espejo de la barra. Fue hasta ese instante que comprendí lo que había sucedido: el gesto de las manos de la chica lo hizo sentirse John Barrymore cortejando a Joan Crawford, pues ella, la Crawford, hace el mismo gesto de teclear en una máquina de aire cuando conoce a Barrymore en *Gran Hotel*. Para Dreamfield,

observar la coincidencia de los ademanes había sido un inesperado golpe de suerte que lo instaló de lleno en el Berlín de la entreguerra, un relámpago que sumió su alrededor en la luz ambigua del hotel donde el barón Gaigern da vida a la última versión creíble de Fantomas. En aquel momento Dreamfield debió cambiar de acento y empezar a hablar con un español que tenía un rastro del idioma estropajoso de los inmigrantes judíos de la primera generación que vino a Santomás, e invitó a su posible secretaria a bailar a un sitio de postín. Supuse que si la conversación había empezado en tono amigable, ella acabó por tratarlo de loco y lo despachó con un gesto destemplado antes de salir corriendo. Él la dejó ir con la certeza de quien se sabe poseedor de un poder magnético, seguro de que cuando ella recapacitara lo buscaría por todos los hoteles elegantes de la ciudad.

Mientras se maquillaba para parecerse al barón Gaigern, el corazón de Dreamfield palpitaba viendo aparecer —con cada toque de pintura en los párpados, con los labios ligeramente coloreados y un pellizco de rubor en las mejillas— la lógica del delirio que su mente seguía produciendo. La obsesión le alcanzó para varios días, y compró aquellos muebles *art déco* que trajeron al Edificio Condesa para que amueblara su habitación como si fuera una de las suites del famoso Gran Hotel de Berlín. Debió sentir un placer indescriptible cada vez que pasaba del bar de Rick (en la lejana Casablanca) a una habitación que quería ocultar las miserias de la entreguerra alemana.

Como ustedes supondrán, señoras y señores (si no, ¿por qué me tienen aquí?), podría desvelar muchas aventuras de este calibre, pero sería llover sobre mojado, lo que acabo de contar es más que suficiente para dejar al descubierto la debacle de Dreamfield. Él de ninguna manera pensaba así, antes al contrario, se sentía dueño de sus fantasías. Imaginen, por tanto, su reacción cuando en una de sus caminatas pasó al lado de la vidriera de un almacén y se topó con la imagen de su esposa. Dos o tres personas estaban en la calle mirando la exhibición de televisores en los que la señora Dreamfield platicaba con un locutor. Sintió una piedad inútil: no dejaba de ser curioso que, después de tanto tiempo, viera el rostro de su mujer repetido en todas las pantallas. Claro que no podía escuchar lo que ella decía pero debió deducir que algo grave había sucedido pues de otra manera no contorsionaría su cara en una secuencia de visajes que iban de la melancolía a la desesperación. El locutor estaba conmovido con lo que escuchaba, pero ella (pensó Dreamfield) no aceptaba sus palabras de consuelo y parecía incomodarla que no se uniera a la sinceridad de su llanto. De repente la pantalla cambió de imagen, apareció una vieja fotografía suya, y no pudo reprimir una carcajada. Una de las señoras que a su lado miraba hacia los televisores se volvió a verlo asustada, pero un raptó de misericordia la invadió al percatarse de la figura desgarrada del hombre que estaba a su lado, el smoking arrugado, y la cara en la que destacaban sus labios crispados, brillantes a fuerza de cosméticos. Dreamfield la ignoró al comprobar que a pesar de que durante seis meses no se había acordado de que en el mundo las noticias seguían corriendo, la vida había seguido su curso como

si nada. Un poco cohibido porque lo identificaran con el sujeto de la foto que seguía en todas las pantallas, se apartó de la vidriera —sus antiguas vivencias flotaban en su cabeza como sombras planetarias— y caminó hacia el final de la calle chiflando el tema de *Casablanca*, agitando la mano como si estuviera dando vueltas a un bastón.

¿Qué estaría sucediendo en su casa?, se preguntó antes de meterse a la churrería que está a un lado del cine Bella Época. Pidió un chocolate caliente, y con la inclemente lucidez de su desamor empezó a imaginar que la señora Dreamfield se había presentado a la Procuraduría a denunciar un rapto. Tal vez no utilizó en un principio la palabra *rapto*, pues sólo quería que la ayudaran a localizar a su esposo, quien so pretexto de un viaje a provincia había salido de viaje y a la fecha no había vuelto a tener noticias de él. Sí, claro, había quedado de llamarle pero no lo había hecho; ella misma habló a los hoteles de la ciudad a la que supuestamente había viajado, pero nadie tenía registrado su nombre; no, su secretaria tampoco sabía nada ni le había hecho reservación en ningún lado. Alguien que escuchaba su relato sugirió la posibilidad (algo neurótica pero muy en boga en Santomás) de que si un funcionario como el descrito por la señora no había regresado a su casa, lo más probable era que se encontraran frente a un caso de plagio. La sospecha, la mera posibilidad de que fuera cierto, prendió la mecha en la imaginación colectiva, y a nadie le interesó averiguar si en la denuncia de la señora Dreamfield había algún fundamento para que se hablara de un rapto, ni si en dicha conclusión asomaba algún viso de verdad, pues la historia se avenía con el gusto generalizado por la nota roja. El caso es que todo mundo empezó a calificar la desaparición de nuestro querido héroe de plagio.

Asesorada por abogados de la Procuraduría, la señora Dreamfield hizo una aparición oficial ante los medios. Frente a cámaras y micrófonos contó que una mañana como cualquier otra —no soplaban el viento, el pronóstico del tiempo había anunciado un chipichipi, el termómetro marcaba quince grados (Celsius) y el sol no aparecía por ningún lado— su marido le comunicó que saldría de la ciudad para visitar una de las sucursales del banco. ¿Por qué no se lo dijo la noche anterior?, le preguntó ella, ¿pasaba algo? No, nada, contestó él, una emergencia a la que no había que presentar mayor atención. Se le olvidó decírselo, pero estaría de regreso para la cena del viernes. De modo de que ahí, en el zaguán de su casa, se vieron por última vez.

La imagen que M. H. Dreamfield se hizo de su mujer —diciendo entre gemidos que su esposo era un hombre responsable, que nunca había mentido, y que debido a un presentimiento, miedo, o vaya usted a saber qué, se temía lo peor— lo arrasó con lágrimas de carcajadas. Lo más probable era que por esa razón la hubieran invitado a aquel programa, y que por lo mismo, el licenciado Zabludowsky (el mejor conductor que ha habido en la televisión santomeña) anunciara al auditorio que la abatida señora Dreamfield recompensaría a quien le diera santo y seña de su cónyuge, que por favor tuvieran piedad, y que si estaba en manos de algún secuestrador, por favorcito se

pusiera en contacto con ella y le dijera cuánto dinero exigía por dejarlo en libertad.

Dreamfield imaginó que en alguna de las averiguaciones a la que la policía pudo abocarse, su secretaria habría dicho (comiéndose las uñas y nerviosísima porque estaba con unas greñas espantosas) que todo le parecía inaudito, confuso y escalofriante: “Pobrecito del licenciado Dreamfield, durante el año que trabajé con él tuvo dos periodos que me confundieron mucho: en el primero fue un hombre extravagante que me daba órdenes estropeadas. Mientras que en el segundo, que gracias a Dios sólo duró unos días, fue un hombre estropeado que daba órdenes extravagantes”.

Como nadie —ni en el banco, ni entre sus amistades, ni en ningún lado— daba pista sobre su paradero, se iniciaron varias averiguaciones que a la postre fueron inútiles, y sólo sirvieron para seguir duro que dale con las especulaciones que mantenían a la opinión pública en vilo. Todo ocurrió durante una extraña expansión del tiempo: varias semanas, unos cuantos meses extraviados, días que parecían tener más de veinticuatro horas, incontables minutos derramados en la anarquía del chisme apocalíptico. Dreamfield comprendió que el cotilleo era algo más que una de las vulgares inclinaciones del ser humano, y eso explicaba por qué los medios propagaron tantas especulaciones para comprender su plagio: que para regresarle a su marido, a la señora Dreamfield le habían pedido cifras estratosféricas después de su arenga televisiva; que ella, en combinación con su mismo esposo, había planeado la desaparición para cobrar un jugoso seguro de vida; que él se había enterado de un plan ultra secreto para volver a nacionalizar la banca, y que altos funcionarios del gobierno lo habían hecho desaparecer para que no divulgara los planes del gobierno; que él mismo había planeado la frustrada nacionalización, y un grupo de extrema derecha lo raptó para impedir que siguiera adelante con aquella locura comunista. Al fin, ante la falta de confirmación de tantas hipótesis, se concluyó con una explicación de ahogo: alguien (a quien no le convenía que Dreamfield siguiera con un misterioso plan) lo hizo desaparecer de la siguiente manera: primero le tendió un señuelo para que abandonara su casa sin decirle nada a su mujer, y luego lo raptó. La sombra de la muerte se cernía sobre Miguel Horacio Dreamfield.

Aunque aquella mañana se sentía curado de todo rastro de vanidad, durante el tiempo que estuvo imaginando esta historia, se vio como si fuera Gary Cooper en *Marruecos*, Clark Cable en *San Francisco*, Spencer Tracy en *Conspiración de silencio*, Humphrey Bogart en *A un paso del abismo*, y otra vez, John Barrymore en *Gran Hotel*. Creo que no hace falta repetirlo, señoras y señores: uno de los anhelos que durante años Dreamfield había guardado en secreto se había realizado: se convirtió en todos sus actores preferidos, no era más el pobre diablo que se sintió desde pequeño.

Una duda, sin embargo, lo incomodaba: ¿alguien se daría cuenta de su hazaña?, ¿habría alguien, cuando ya hubiera muerto, que diera testimonio de su descabellada aventura si a nadie se la había comunicado? Era una lástima, pero nadie había

registrado la trabazón monográfica de sus gestos mientras soñaba las visitas de su amada. Fue entonces que imaginó una secuencia que lo pondría a salvo de cualquier posibilidad de olvido: un año o dos después de que los rumores de su plagio se hubieran extinguido, un periodista resucitaría el caso a partir de un cadáver que iba a encontrar en el Edificio Condesa. Serían los restos, según escribiría el reportero, del banquero desaparecido.

M. H. Dreamfield, sorprendido por el cariz que tomaba su relato, miró hacia la entrada de la churrería, donde un montón de chiquillos se juntaba para comprar paletas heladas de un carrito ambulante. Yo me encontraba atrás de ellos y me dio la impresión de que necesitaba que alguien atendiera su vieja manía por los visajes. Dio un sorbo a su taza de chocolate, y al ver mi sombrero de ala curvada rígidamente hacia abajo, creyó que tenía cierto parecido con alguien que había visto junto a la reja de su casa. Se olvidó de mí —lo sentí, lo supe, columbré que esa era su verdad— y deduje que iba a bautizar al periodista que había imaginado con mi nombre, David Serur, pues nadie mejor que yo: un lunático literario, un adicto a la ficción, alguien cuya pasión se centraba en descubrir la gramática de las ilusiones, lo ayudaría a que el secreto de su nueva vida fuera descubierto por una mera casualidad. Claro, ese periodista (o sea, yo mismo, señoras y señores) sería buscado por el conserje del Edificio Condesa para que lo ayudara a resolver un enigma. Resultaba, le diría —me diría— el portero, que desde meses atrás un excéntrico inquilino del tercer piso le pedía comprar güisqui y aguas minerales, llevar ropa a la tintorería, dejar algún mensaje, favores que recompensaba con sustanciosas propinas; el tipo era medio raro y se vestía como si tocara en alguna orquesta; no saludaba a nadie, no era escandaloso, era un ser invisible para los demás. El trato entre ellos, continuaría el conserje, nunca pasó de pedirle algún favor, y él aceptaba cada una de sus solicitudes, seguro de que era un loco más (con perdón del inquilino presente) de los muchos que habitaban el Edificio Condesa. Sin embargo, hacía semanas que aquel individuo no solicitaba sus servicios, ninguno de los vecinos lo había visto salir, y por alguna razón había suspendido la rutina del güisqui y la tintorería. Estaba alarmado (tal vez porque las propinas eran parte importante de su presupuesto) y varias veces fue a llamar a la puerta del departamento. Su ausencia le daba mala espina y por eso le pedía al periodista que lo acompañara para que él mismo investigara. ¿Por qué yo?, preguntó Serur. Bueno, porque lo he visto no sólo observar a este tipo con detenimiento, sino seguirlo con descaro, y ya que usted es reportero debe saber que aquí puede haber un buen reportaje. Con un poco de mala gana (aquello parecería copia de las historias de *La ciudad desnuda*, el viejo programa de televisión), David Serur acompañó al conserje.

Ahí, en esa breve historia, Dreamfield se había encontrado con el viejo placer de la escisión que, adueñado de su imaginación, le dejaba ver cómo el periodista y el conserje tocaban varias veces el timbre de su departamento y golpeaban la puerta sin resultado: si el hombre se encontraba adentro, se había encerrado a piedra y lodo. Un

mal olor, como de huevo podrido, les hizo sospechar que podría estar muerto. La historia era bastante melodramática como para comprometerse con un asesinato, pero aun así, Serur cedió a las suplicas del conserje y fueron en busca de un policía. Encontraron un gendarme junto al cine Bella Época y le pidieron que los autorizara a forzar una entrada. Según informó el conserje para justificar el tono de alarma de su petición, si algo malo había pasado en el departamento, el casero era capaz de echárselo en cara y tal vez hasta de inculparlo.

“Un momento después”, murmuró Dreamfield como si acotara su guión, “con dos o tres empujones, la puerta de mi departamento se abrirá con un crujido sobre la atmósfera cargada de un penetrante olor a desperdicio y a tabaco rancio. Por un instante David Serur pensará que se encuentra frente a uno de los tantos burdeles que abundan en la ciudad, y que el canijo conserje lo ha planeado todo para disimular el accidente de algún cliente. Más que la sala de un departamento, aquello le parecerá una falsificación sin peros de un bar oriental. Aquellos hombres (respetando la tradición de los agarrados por sorpresa) dejarán ver su perplejidad: el rostro del conserje se contraerá en una secuencia que describirá un estupor que difícilmente podría ser fingido; el gendarme mirará a su alrededor buscando putas tiradas por los rincones; y el periodista levantará las cejas, sorprendido por aquel ambiente estrafalario hasta lo sublime”.

Si los muebles, el olor y una cierta neblina colaboraban para que todo pareciera tan poco creíble, una música distorsionada que se escuchaba desde quién sabe dónde convertía la situación en una escena como de novela de misterio echada a perder. En una mesa llena de botellas descubrieron el cadáver de un hombre recostado sobre los brazos. Estaba vestido de smoking blanco, no llevaba camisa ni calcetines, y nada en él sugería una muerte violenta. El conserje lo identificó como el inquilino desaparecido, el que le pedía los favores y, repitió, lo recompensaba con excesivas propinas.

“¿Será David Serur”, se pregunta Dreamfield, “capaz de descubrir en aquel cadáver al hombre con el que se había cruzado en la puerta de la entrada del edificio?, ¿intuirá el enjuague con la mujer de blanco, sus noches luminosas esperándolo, sus visitas fantasmales, su mirada aterciopelada?”.

Puedo decirles, señoras y señores, que a pesar de que ha dado vida a sus fantasías, Miguel Horacio Dreamfield no entiende que sí, que algún día estaré ahí mirando su cadáver, empeñado en adivinar el aspecto que le ha dejado su vida desgraciada... pero esa es otra historia, otro laberinto, otros sueños que no voy a traer a colación.

Con una sensación trémula y con una opresión en el pecho que había ahuyentado la alegría que le despertó ver a su imagen en el televisor, Dreamfield se sintió un sobreviviente de una tragedia por venir, e imaginó a aquellos individuos buscando un papel que identificara al occiso, moviéndose en torno a la mesa que flotaba en el sopor de la muerte. No lo encontrarían ni en los bolsillos del saco, ni en la recámara, ni escondido en la supuesta barra del bar oriental, ni en ningún lado, y el policía les

pedirá que lo esperen mientras reporta el suceso en la comisaría. La primera e inevitable conclusión del periodista será que el conserje lo había querido inmiscuir en un delito, pero hasta donde podía percibir, difícilmente habría delito alguno (el mismo forense, horas después, confirmaría —con una notable manga ancha en causas de defunción— que el sujeto habría fallecido de *muerte natural* por una cirrosis hepática que se combinó con insuficiencia pulmonar). Entonces, una corazonada conduciría a David Serur a una conclusión escalofriante: el muerto podría ser un personaje importante o no —un político desquiciado, uno de los tantos actores que vivían en el Condesa, o un simple loco— pero aquella decoración fantástica en la que lo encontraron podría ser aprovechada en un reportaje que lo conduciría a la fama. Debido a la corazonada que lo abatía (o a una segunda continuación de la primera) el periodista supondría, como si estuviera de tiempo inmemorial destinado a producir tal joya del razonamiento deductivo, que aquel cadáver era el de Miguel Horacio Dreamfield.

Una vez que dejó la lonchería, atisbando la breve tormenta que se abría paso en el cielo para transformar a la ciudad en un territorio feraz, Dreamfield fingió un asombro cómico, y aunque la posibilidad de su muerte le produjo un dolor escurridizo, no dejó de preguntarse cuánto tiempo de vida le quedaría en realidad antes de que lo encontraran muerto en su departamento.

Epílogo

Antes de que emitan su veredicto, señoras y señores del jurado, permitan que trascurren varias semanas, tal vez algunos meses. La niebla que antes nos impedía ver lo que sucedía en el alma de Dreamfield se ha disipado. Lo que en un principio cualquiera de nosotros calificaba de caos, locura, autodestrucción, aquello que con su misteriosa y trágica insensatez nos mataba de risa, comenzó a perfilar los rasgos precisos de la ilusión de nuestro protagonista. En ese lapso, Dreamfield había quedado separado del mundo como si fuera un ser inexistente para todo y para todos: renunció a su lugar y privilegios entre los hombres para ser admitido en la ensoñación de sus imágenes, y su vida transcurría alimentada por un rito de amor. Lo podríamos imaginar en cualquier circunstancia —asomado a la ventana, mirando la banqueta como si allí hubiera descubierto una realidad quimérica; persiguiendo con la mirada a una pareja que consume su tiempo entre abrazos, risas y besos furtivos; murmurando *te adoro* mientras aprieta contra su pecho una nueva botella de güisqui, asombrado de la sencillez filiforme de la vida; pidiendo al conserje que recoja sus smokings blancos de la tintorería y compre su dotación semanal de licor; paseándose por su particular versión del *Rick's Café Américain*, con la mirada ausente, como inspirándose en los perpetuos acordes de *As time goes by* que interminablemente se escapan del falso piano que domina la estancia; meditando en su antigua vida, en sus hijas de las que no se despidió, en sus libros de finanzas, en las reuniones de comité de crédito, en aquella convención bancaria en que, después del coctel de bienvenida, estuvo persiguiendo a una edecán pues estaba convencido de que era una mujer de la vida pública, hasta que los elementos de seguridad lo convencieron a empellones de lo contrario—; en fin, podemos pensar que Dreamfield padecía no tanto un deterioro de la memoria como que vivía un imparable deslizamiento al frenesí. Verlo así daba la impresión de que algo diabólico —algo fáustico— se había instalado en su cerebro. Estaba tan alejado de la realidad que cuando se encontraba con alguien cometía errores al hablar y daba la impresión de haberse extraviado; a veces, si quería que algo no se le olvidara, intentaba hacer alguna anotación en su agenda, pero antes de terminar ya había olvidado lo que quería recordar.

Propongo por tanto que lo veamos al final de este periodo en que en su personalidad ya se ha operado una transformación precisa: es medianoche, está sentado a una de las mesas de su bar, toma un vaso lleno de güisqui con ambas manos y lo bebe a sorbos pequeños. Deja que la ceniza crezca en la punta del cigarrillo que cuelga de sus labios hasta que un leve temblor de hombros la desprende y mancha la solapa de su smoking. La música se detiene y él murmura con voz apenas perceptible *If you can play it for her, you can play it for me*, y la melodía, como por un encantamiento, reinicia en la nota exacta en que puede asociarla con la mirada de Bogart, con la noche en que desalentado espera el regreso de Ingrid Bergman, como si en ello, en esperar, le fuera la vida. Abandona la mirada al centro del bar porque sabe que ahí, cuando adquiere esa pose —encorvado, enjuto, melancólico—, se abrirá paso la ilusión que lo obsesiona, que todo regresará y se encenderá el mecanismo que

hace que su sueño se reinicie en el momento exacto en que alguien había ordenado el corte anterior, y la misma historia, la misma vieja historia, entra en sus ojos con el destello opalino de una figura recortada sobre el callejón de luz de una puerta. Al fin vuelve a encontrar las pupilas verdes, extrañamente aterciopeladas (colocadas un poco más arriba de lo normal), que son la imagen de la sensualidad que transforma el desorden de su departamento en un paisaje idílico. Susurra que está enamorado, que está cautivado con cada acto y cada gesto de su amada. Habla como si fuera un personaje de una novela de Thomas Hardy, pero sus palabras suenan como la obra maestra de un maniático de lo cursi. El corazón de Dreamfield es un órgano histérico que le dicta sus parlamentos y dice con ternura: “A tu lado me siento Van Gogh pintando *Luz de sol*. Soy Horowitz interpretando el *Concierto Emperador*. Soy John Barrymore en sus mejores tiempos”. Ríe, golpea con los talones batiendo palmas, como siempre que está divertido.

Siente el vaho de la sangre en el aire, ve cines deslumbrantes, letreros de cabarets y borrosas parejas bailando al estilo Fred Astaire mientras la neblina se diluye como hojas de un calendario desvaneciéndose en el tiempo. Dreamfield siente ese viento crudo subiendo por sus intestinos como una ola de calor que le llega hasta las mejillas. Permanece bizqueando al amparo de lo que resta de su vaso, viendo su apartamento reflejado en el espejo de la barra. Sus ojos adquieren el color de la luna, y no deberíamos albergar la menor duda: tiene el aire lánguido de un enamorado.

Enciende un nuevo *Gauloise* y aspira el humo invadido por un placer que nunca antes había sentido, placer que cuando era banquero se reducía a ver a Bogart dominando la rebeldía de Lauren Bacall en *Tener y no tener*, o a Gene Kelly bailando bajo la lluvia artificial de un set en Nueva York. Sí, no era que su vida fuera sosa pero el gusto de vivir se reducía a tomar un vaso de cualquier licor mientras escuchaba *Noche y día* de Cole Porter, imaginar la vida depravada de Montgomery Clift en la oscuridad de un bar de medio pelo, que Marlon Brando abusara de la fantasiosa Blanche Dubois en *Un tranvía llamado deseo*, o, en el mejor de los casos, a haber acariciado la mano de Diana Bracho. Los crepúsculos alucinados de *Lo que el viento se llevó*, los pájaros de pesadilla de la película de Hitchcock, los quiméricos ojos de las mujeres en la pantalla de quienes se enamoró, eran parte de un pasado que alquiló por un ratito. Eso y nada más: el placer había sido la efímera satisfacción de un momento prestado. Dreamfield estira las piernas y aspira de su cigarrillo, pues sabe que ya no imagina nada sino que *todo* está ahí. Revive el rostro de Rick cuando recuerda el romance que sostuvo con Ilsa en París, y entrega su memoria al estímulo del güisqui. Sonríe y empieza a silbar la música de *Casablanca*, siguiendo los acordes que flotan en el aire de la estancia.

Mientras su mirada vaga distraídamente, mete la mano bajo el saco y los vellos del pecho le hacen darse cuenta de que no lleva camisa. Siente frío, levanta las solapas del smoking y las detiene con una mano bajo el cuello. Se queda mirando una sombra con la atención que los niños ponen cuando juegan a adivinar las formas de

las nubes. ¿Qué dirían sus amistades si lo vieran ahí, convertido en el actor de su propio filme, disfrazado con su smoking blanco y dibujando una figura sobre el suelo, con sus zapatos de etiqueta en los que sentía sus pies sin calcetines? Echa un vistazo a los vasos ahogados en colillas que están sobre las mesas, enciende un nuevo cigarrillo y aspira hasta arrojar el humo por la nariz. Mira desafiante a su alrededor, y con el corazón presa de vértigos, destapa otra botella, toma un trago y confía en que hoy, mañana, a más tardar el fin de semana, va a reaparecer su amada. En la palidez hética de su rostro surge una sonrisa crispada y fugaz, ensaya su fruncir de cejas, bajo el cual su mirada tierna se extravía en un mundo que parece estar más allá de las cosas. Al cabo de varios tragos siente que el tiempo deja de transcurrir y, en la lucha por conservarse en ese mundo, cae en un estado donde solamente el ardor de ojos lo mantiene medio atento. En un instante impredecible, sin embargo, cae dormido sobre la mesa y sólo queda la música de esa cinta que gira olvidada en el desierto.

En un estado similar, señoras y señores, lo vi por última vez en los alrededores del Edificio Condesa. Quizá salió atraído por la luz adormecida del sol estival que anunciaba la cercanía del fin de las lluvias en Santomás. Descontrolado, cubriéndose los ojos con una mano en visera pues el sol enviaba sondas de dolor contra sus párpados, miró la churrería donde alguna vez había desayunado sin que nadie le prestara más atención que la lástima que producía su cara abotagada de borracho empedernido. Miró la iglesia de Santa Rosa de Lima, cuyas campanadas habían sonado todos los días puntualmente a las cinco de la tarde, y empezó a caminar rumbo a los jardines de Palermo. En la esquina tropezó con su foto, o más bien, descubrió que la fotografía del hombre que fue hasta que se escapó de su casa ocupaba los titulares de *El Periódico*. Tomó un ejemplar con ambas manos, prendido a la vanidad de verse bajo letra de molde: “El banquero desaparecido ha vuelto a ser noticia”. El chiquillo que atiende el kiosco lo mira con sorna. Los pelos parados en la nuca, su smoking manchado, las cejas ensortijadas por tantos días de insomnio, la corbata chueca, la camisa sin botones, le daban, más que un aspecto de desamparo, el de un payaso que ha escapado de algún circo. Miguel Horacio Dreamfield se tomó con bastante mansedumbre las miradas insultantes del chamaco y leyó la nota al pie de la foto. “Después de múltiples investigaciones, nuevos datos sobre el paradero del hombre que aparece en la foto han hecho renacer las esperanzas de encontrarlo. El día de ayer la desconsolada esposa fue entrevistada por nuestro reportero David Serur. Las conjeturas son muchas, información páginas 12 y 13”. Parecía como si estuviera recibiendo noticias de una historia que él había inventado. “Coincidencia no es precisamente un vocablo kosher”, murmura entre dientes con un poco de melancolía. Sacó unas cuantas monedas del bolsillo y se las entregó al niño que no apartaba la mirada de su cara. Dobló el periódico, lo apretó bajo la axila y cruzó la calle para comprar un bocadillo de lomo embuchado. ¿Qué siente al saber que su mujer está

desconsolada, qué de que hayan renacido las esperanzas de encontrarlo? Nada, no siente nada, ni cree en nada. Para el mundo, más que un hombre, es solamente una noticia y su vida pronto se reducirá a un epigrama o un cartón cómico. Dreamfield comprendía que no sólo la realidad había cambiado, también ha cambiado él. Existía el golem, existía un reportero que investigaba su caso (que incluso se llamaba David Serur), él mismo seguía existiendo aunque su mirada estrábica lo confundiera todo.

Salió de la lonchería tropezándose, como si hubiera perdido el control de sus zapatos. Se acarició el pecho y tosió como si tuviera principio de tuberculosis. Entornó los ojos y vio en la acera de enfrente que yo lo observaba con curiosidad. Pareció sorprenderle que vistiera traje de *tweed*, y volvió a pensar que no debería hacer tanto tiempo desde que miró así a su otro yo, a su golem extraviado, como si ambos vinieran de realidades distintas y por un instante coincidieran en la misma dimensión y en el mismo tiempo, aunque la dimensión y el tiempo no les pertenecieran a ninguno de los dos. Se sacó los lentes y se restregó los ojos. Como siempre, no veía más que una mancha de luz rasgando el aire, mientras el ruido de los cláxones y los gritos se hacían más agudos. Dio una mordida a su bocadillo para tener un contacto efímero con todo aquello que se desvanecía en su mirada. Pensé que partía como una voz que no se escucha, o vivía aquel momento temblorosamente sobre aguas eternas. Volvió a colocarse los lentes y como por arte de magia reaparecí yo en la acera de enfrente, igual de desconcertado, igual de sorprendido, igual de fascinado con lo que estaba viendo, rodo igual que antes de que se quitara los anteojos. Es probable que supiera que yo era David Serur, que efectivamente me había entrevistado con su esposa para sustentar las suposiciones que me había hecho a lo largo de las semanas en que lo seguí en sus esporádicas escapadas de su departamento y, en fin, supongo que supo que yo lo había descubierto todo, y fue eso lo que provocó que me sonriera con la valentía cínica de los suicidas. Se volvió hacia la arboleda de Palermo que se veía al final de la avenida y, como siempre, se olvidó de mí confiado en que sí, yo acabaría por escribir el reportaje en el que contaría su historia completa. Es una suposición, pero una suposición eficaz. Permaneció largo rato allí, encorvado, luciendo su maltratado smoking blanco, manteniendo los vestigios de su ilusa gallardía. ¿Tenía algún sentido prolongar este paseo si era otro el recorrido en el que había quedado atrapado, si era otro el laberinto en el que todos — él y yo, ustedes mismos que han escuchado mi confesión— nos habíamos perdido?

Den su veredicto, señoras y señores del jurado. Dreamfield ya no está con nosotros pero me atrevo a sostener que tienen en sus manos los elementos para sustentar su juicio. Por mi parte, he dicho lo que sabía y no he escondido nada, pero antes de que vayan a su conciliábulo contesten por favor unas pocas preguntas que podrían ser relevantes para que aceptemos, sea cual fuere, su sentencia: ¿en qué radica el enigma de la vida?, ¿cómo podemos valorarlo, medirlo, pesarlo?, ¿cuándo,

en qué situación, podemos decir que algo valió la pena?, ¿en qué situaciones podríamos afirmar, como lo hizo uno de mis amigos en el Edificio Condesa, que aunque nuestro esfuerzo sea muy grande, en realidad no sirve *para nada*? Finalmente les pregunto: ¿estarían de acuerdo en que, como dice el doctor José Antonio Marina en su *Diccionario de los sentimientos*, quien siente una ilusión ha de ser, por fuerza léxica, un iluso?



SEALTIEL ALATRISTE. Cinéfilo, amante del bolero y del melodrama, pertenece a una generación de escritores que vio al país vivir en blanco y negro, pero en pantalla grande, y que se dejaba acompañar por la música de fondo de la radio nacional. Personajes que son historia y a la vez mito desfilan por varias de sus novelas, cuya lectura traza un mapa que abarca varias décadas fundacionales de la vida nacional; entre ellas *Por vivir en quinto patio*, *Quien sepa de amores*, *Verdad de amor*, (de próxima publicación), *En defensa de la envidia* y *Conjura en la Arcadia*.

Notas

[1] Enfermedad que se caracteriza por la producción de un narcótico natural en el cuerpo que ocasiona, en las personas que la padecen, alteraciones tan profundas en su forma de percibir la realidad que a pesar de que están despiertos tienden a interpretar lo que pasa como si fuera un sueño. No se sabe con seguridad si este narcótico está asociado a la Dopamina, un neurotransmisor producido por un aminoácido, la Tiroxina, que se asocia a la sensación de felicidad. Vale la pena apuntar que las neuronas que contienen dopamina se encuentran exclusivamente en las zonas cerebrales donde residen los centros ligados al placer. (N, del E.) <<

[2] Entre noviembre y diciembre de 1998, el autor publicó en el suplemento literario de *El Periódico*, una serie de ocho artículos bajo el título de *El Bogart de Santomás*. (N. del E.) <<

[3] Ciudad gemela de Santomás, donde transcurre esta historia, que está al otro lado de la bahía del Gran Río de La Cruz. Para quienes no conozcan nuestra historia, habrá que decir que, según se lee en algunos libros, hacia el final del siglo XVII un grupo de corsarios salió de la originaria ciudad de Santa María, se estableció en la orilla occidental del río De la Cruz y fundó el primer reducto de lo que hoy es Santomás, en el sitio preciso donde se encuentra el obelisco que conmemora ese hecho. Según la leyenda, aquellos mercenarios estuvieron a punto de naufragar pero una corriente los llevó a la costa. Al poco se dieron cuenta de que estaban en una península que no aparecía en ningún mapa, recorrieron los alrededores, y viendo la naturaleza salvaje —las altas escapadas de la sierra, las aves que levantaban el vuelo en parvadas ruidosas, el cielo abierto que se perdía en el horizonte— supusieron que estaban en un sitio tan perdido que nadie los encontraría jamás, y decidieron construir una ciudad cuyas señas de identidad fueran las mismas que Santa María. Se equivocaron, al poco el intercambio con su ciudad gemela fue muy fructífero y ambas eran conocidas en todo el mundo. <<

[4] El licor, el agua y los hielos, cada uno por su lado. <<

[5] Si según el narrador, cuando Dreamfield llegó al Condesa andaría por los sesenta, en ese momento debería tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años cuando mucho, (N. del E.) <<

[6] La entrevista se publicó en la edición vespertina del 16 de octubre de 1998 de *El Periódico*. <<

[7] Para muchos críticos, *Ulises* (la novela que James Joyce hubiera querido que se publicara en París el 2 de febrero de 1922 —fecha cabalística: 2 del 2 del 22—, día de su cuadragésimo cumpleaños, sólo se puede entender si se la lee como una recreación metafórica del regreso de Odiseo a su hogar, en la isla de Ítaca, según se narra en el célebre poema épico de Homero. <<

[8] Novela de Malcolm Lowry, originalmente publicada por la editorial Jonathan Cape (Nueva York, 1947), en la que narra el último día de la vida de un alcoholizado cónsul británico, retirado en la ciudad de Cuernavaca, México, a la que se refiere como Quaunahuac. (N. del E.) <<

[9] Filme de Robert Siodmak que se tradujo al español como *El abrazo de la muerte*.
(N. del E.) <<

[10] Ya que ustedes, señoras y señores, insisten en encontrar alguna razón científica para comprender el comportamiento de Miguel Horacio Dreamfield, y poder justificar estas visiones que a partir de este momento se volvieron tan frecuentes, déjenme informarles que dichas experiencias son comunes en pacientes que han sufrido crisis epilépticas del lóbulo temporal complejo, pues a partir de esas crisis tienden a evocar —a creer que tienen— recuerdos de experiencias que no saben cuándo vivieron. En relación a ciertos estímulos musicales que producen estas crisis, el Dr. Macdonald Critchley cuenta que un paciente le hizo una revelación en relación a un insistente recuerdo, muy vívido, que lo asaltaba después de escuchar una determinada música: “Tengo la sensación de que es algo por lo que ya he pasado, como si reviviera la misma escena. Es lo mismo en cada ocasión. La gente está ahí, bailando, y yo creo hallarme en un barco. La escena no tiene que ver con ningún lugar o suceso real que yo pueda recordar”. Como el paciente identifica esta crisis con haber escuchado música, El Dr. Critchley la llama de epilepsia musicogénica. ¿Será posible que lo que a Dreamfield le sucede sea un tipo no clasificado de epilepsia del lóbulo temporal complejo que podríamos llamar cinematogénica, ya que su origen está en el cine? <<

[11] Marca de la Casa Domecq, que las tiendas de ultramarinos de Santomás importaron durante muchos años de la Ciudad de México. <<

[12] Lee no era chino sino vietnamita, un veterano de la resistencia contra los muchos extranjeros que invadieron su país. Le decían chino porque en Santomás se les dice chinos a todos los orientales; desde los japoneses hasta los malayos aquí todos son chinos. <<

[13] En 1987 Thomas Hardy publicó una narración breve con el título de *The Well-Beloved*, *La Bienamada*, en la que noveló el espíritu del amor, y trató de explicar que la pasión que los hombres sienten por diferentes mujeres a lo largo de su vida se debe a que se someten a un deseo implacable: la incansable búsqueda del amor ideal. <<